

Lorenzo Scupoli

**El
Combate
Espiritual**

The Ivory Falls
Book

Lorenzo Scúpoli

EL COMBATE ESPIRITUAL

©2015 THE IVORY FALLS BOOK

CONTENIDOS

PRIMERA PARTE

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPÍTULO XXIII](#)

[CAPÍTULO XXIV](#)

[CAPÍTULO XXV](#)

[CAPÍTULO XXVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XXVIII](#)

[CAPÍTULO XXIX](#)

[CAPÍTULO XXX](#)
[CAPÍTULO XXXI](#)
[CAPÍTULO XXXII](#)
[CAPÍTULO XXXIII](#)
[CAPÍTULO XXXIV](#)
[CAPÍTULO XXXV](#)
[CAPÍTULO XXXVI](#)
[CAPÍTULO XXXVII](#)
[CAPÍTULO XXXVIII](#)
[CAPÍTULO XXXIX](#)
[CAPÍTULO XL](#)
[CAPÍTULO XLI](#)
[CAPÍTULO XLII](#)
[CAPÍTULO XLIII](#)
[CAPÍTULO XLIV](#)
[CAPÍTULO XLV](#)
[CAPÍTULO XLVI](#)
[CAPÍTULO XLVII](#)
[CAPÍTULO XLVIII](#)
[CAPÍTULO XLIX](#)
[CAPÍTULO L](#)
[CAPÍTULO LI](#)
[CAPÍTULO LII](#)
[CAPÍTULO LIII](#)
[CAPÍTULO LIV](#)
[CAPÍTULO LV](#)
[CAPÍTULO LVI](#)
[CAPÍTULO LVII](#)
[CAPÍTULO LVIII](#)
[CAPÍTULO LIX](#)
[CAPÍTULO LX](#)
[CAPÍTULO LXI](#)
[CAPÍTULO LXII](#)
[CAPÍTULO LXIII](#)
[CAPÍTULO LXIV](#)

[CAPÍTULO LXV](#)

[CAPÍTULO LXVI](#)

SEGUNDA PARTE

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPÍTULO XXIII](#)

[CAPÍTULO XXIV](#)

[CAPÍTULO XXV](#)

[CAPÍTULO XXVI](#)

[CAPÍTULO XXVIII](#)

[CAPÍTULO XXIX](#)

[CAPÍTULO XXX](#)

[CAPÍTULO XXXIII](#)

[CAPÍTULO XXXIV](#)

[CAPÍTULO XXXV](#)

[CAPÍTULO XXXVI](#)
[CAPÍTULO XXXVII](#)
[CAPÍTULO XXXVIII](#)

PRÓLOGO

Al supremo Capitán y gloriosísimo Triunfador JESUCRISTO Hijo DE MARÍA SANTÍSIMA, y SEÑOR NUESTRO

Siempre agradaron, Señor, a Vuestra Divina Majestad los sacrificios y ofrendas que los mortales hacen con pura intención de vuestra santísima gloria. Por esta razón os ofrezco este breve tratado del Combate espiritual. No me desanima que la ofrenda sea pequeña; porque no ignoro que sois aquel sublime Señor que se deleita en las cosas humildes, y desprecia las grandezas del mundo, su ambición y sus vanidades. Pero, ¿cómo pudiera yo, sin grave detrimento mío, y sin que se me imputase a culpa, dedicarlo a otro que a Vuestra Divina Majestad, Rey del cielo y de la tierra? Los documentos de este libro salieron de vuestra escuela, y vuestra es su doctrina; pues nos enseñáis y mandáis que, Desconfiando de nosotros,

Confiemos en Vós,

Combatamos y oremos.

Además, en todo combate se necesita de un capitán experimentado que guíe los escuadrones, y anime los soldados, que tanto más valerosamente pelean cuanto creen más invencible al capitán debajo de cuya bandera militan. Y ¿no tendrá necesidad de un valeroso y experimentado caudillo, este espiritual Combate? A Vós, pues, poderosísimo Jesús, escogemos por nuestro Capitán, todos los que estamos resueltos a combatir nuestras pasiones, y a vencer a nuestros enemigos; a Vós, digo, que habéis vencido al mundo y al príncipe de las tinieblas, y con vuestra preciosísima sangre, y sacratísima pasión y muerte habéis fortalecido la fragilidad de los que valerosamente pelearon, y pelearán hasta el fin del mundo. Cuando disponía, Señor, y ordenaba este Combate, me venían a la memoria aquellas palabras de vuestro vaso de elección: Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis, que sin Vós y sin vuestra asistencia no podemos tener un solo pensamiento que sea bueno; ¿cómo, pues, podremos, solos, pelear con tantos y tan poderosos enemigos, y no caer en las ocultas redes que nos tienden, ni en los lazos que para nuestra ruina disimuladamente nos arman? Vuestro es, Señor, este Combate por todas las razones; porque, como he dicho, vuestra es su doctrina, y vuestros son los que militan en esta espiritual milicia, entre los cuales estamos alistados los Clérigos regulares Teatinos; y así postrados todos a vuestros sacratísimos pies, os pedimos que aceptéis esta ofrenda, y recibáis este Combate, moviendo siempre, y esforzando nuestra flaqueza con el auxilio de vuestra gracia actual, para pelear generosa mente; estando, como estamos, ciertos de que, peleando Vós en nosotros y con nosotros, alcanzaremos la deseada victoria, para gloria vuestra y de vuestra Madre, María santísima, nuestra Señora.

Vuestro más humilde siervo, redimido con vuestra preciosísima sangre,
Lorenzo Scúpoli C. R.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

En qué consiste la perfección cristiana, y que para adquirirla es necesario pelear y combatir; y de cuatro cosas que se requieren para este combate.

Si deseas, oh hija muy amada en Jesucristo, llegar al más alto y eminente grado de la santidad y de la perfección cristiana, y unirte de tal suerte a Dios, que vengas a ser un mismo espíritu con Él, que es la mayor hazaña y la más alta y gloriosa empresa que puede decirse e imaginarse, conviene que sepas primeramente en qué consiste la verdadera y perfecta vida espiritual. Muchos atendiendo a la gravedad de la materia, creyeron que la perfección consiste en el rigor de la vida, en la mortificación de la carne, en los cilicios, disciplinas, ayunos, vigiliass y otras penitencias y obras exteriores. Otros, y particularmente las mujeres, cuando rezan muchas oraciones, oyen muchas misas, asisten a todos los oficios divinos y frecuentan las iglesias y comuniones, creen que han llegado al grado supremo de la perfección. Algunos, aun de los mismos que profesan vida religiosa, se persuaden de que la perfección consiste únicamente en frecuentar el coro, en amar la soledad y el silencio, y en observar exactamente la disciplina regular, y todos sus estatutos.

Así, los unos ponen todo el fundamento de la perfección evangélica en éstos, los otros en aquellos o semejantes ejercicios; pero es cierto, que todos igualmente se engañan, porque no siendo otra cosa las mencionadas obras que disposiciones y medios para adquirir la santidad, o frutos de ella, no puede decirse que en semejantes obras consista la perfección cristiana, y el verdadero espíritu.

No es dudable que son medios muy poderosos para adquirir la verdadera perfección y el verdadero espíritu, en los que los usan con prudencia y con discreción, para fortalecerse contra la propia malicia y fragilidad; para defenderse de los asaltos y tentaciones de nuestro común enemigo; y en fin, para obtener de la misericordia de Dios los auxilios y socorros que son necesarios a todos los que se ejercitan en la virtud, y particularmente a los nuevos y principiantes.

Son también frutos del Espíritu Santo en las personas verdaderamente espirituales y santas, las cuales afligen y mortifican su cuerpo para castigar sus rebeldías pasadas contra el espíritu, y para humillarlo y tenerlo sujeto a su Creador; viven en la soledad y en una entera abstracción de las criaturas para preservarse de los menores defectos, y no tener conversación sino en el cielo (Phil, III, 20), con los Ángeles y bienaventurados; ocúpanse en el culto divino y en las buenas obras; se aplican a la oración, y meditan en la vida y pasión de nuestro Redentor, no por curiosidad, ni por gustos o consolaciones sensibles, sino para conocer mejor la bondad y misericordia divinas, y la ingratitud y malicia, propia, y para ejercitarse más, cada día, en el amor de Dios y en el odio de sí mismas, siguiendo con la cruz, y con la renunciación (Mt. XVI, 24) de la propia voluntad los pasos del Hijo de Dios. Frecuentan los Sacramentos con el fin de honrar y glorificar a Dios, unirse más estrechamente con su divina Majestad, y cobrar nuevo vigor y fuerza contra sus enemigos. Lo contrario sucede a las almas imperfectas, que ponen todo el fundamento de su devoción en las obras exteriores, las cuales muchas veces son causa de su perdición y ruina, y les ocasionan mayor daño que los pecados manifiestos; no porque semejantes obras no sean buenas y loables en sí mis más, sino porque se ocupan de tal

suerte en ellas, que se olvidan enteramente de la reforma del corazón, y de velar sobre sus movimientos; y dejándole que siga libremente sus inclinaciones, lo exponen a las asechanzas y lazos del demonio; y entonces este maligno espíritu, viendo que se divierten y apartan del verdadero camino, no solamente les deja continuar con gusto sus acostumbrados ejercicios, pero llena su imaginación de quiméricas y vanas ideas de las delicias y deleites del paraíso, donde piensan algunas veces que se hallan ya, entre los coros de los Ángeles, como almas singularmente escogidas y privilegiadas, y que sienten a Dios dentro de sí mismas. Usa también el demonio del artificio de sugerirles en la oración pensamientos sublimes, curiosos y agradables, a fin de que, imaginándose arrebatadas al tercer cielo como S. Pablo (II Co. XII, 2), y persuadiéndose de que no son ya de esta baja región del mundo, vivan en una abstracción total de sí mismas, y en un profundo olvido de todas aquellas cosas en que más deberían ocuparse.

Mas, en cuantos errores y engaños vivan envueltas semejantes almas, y cuán lejos se hallen de la perfección que vamos buscando, se puede reconocer fácilmente por su vida y costumbres. Porque en todas las cosas, grandes o pequeñas, desean ser siempre preferidas a los demás: son caprichosas, indóciles y obstinadas en su propio parecer y juicio; y siendo ciegas en sus propias acciones, tienen siempre los ojos abiertos para observar y censurar las ajenas; y si alguno las toca, aunque sea muy levemente, en la opinión y estimación que tienen concebida de sí mismas, o las quiere apartar de aquellas devociones en que se ocupa por costumbre, se enojan, se turban y se inquietan sobremanera; y en fin, si Dios, para reducir las al verdadero conocimiento de sí mismas y al camino de la perfección, les envía trabajos, enfermedades y persecuciones (que son las pruebas más ciertas de la fidelidad de sus siervos, y que no suceden jamás sin orden o permisión de su providencia), entonces descubren su falso fondo, y su interior corrompido y gastado, de la soberbia. Porque, en ningún suceso, triste o alegre, feliz o adverso, de esta vida, quieren formar su voluntad con la de Dios, ni humillarse debajo de su divina mano, ni rendirse a sus adorables juicios, no menos justos que impenetrables; ni sujetarse, a imitación de su santísimo Hijo, a todas las criaturas, ni amar a sus perseguidores como instrumentos de la bondad divina, que cooperan a su mortificación, perfección y eterna salud.

De aquí nace el hallarse siempre en un funesto y evidente peligro de perecer; porque como tienen viciados y oscurecidos los ojos con el amor propio y apetito de la propia estimación, y se miran siempre con ellos a sí mismas, y sus obras exteriores, que de sí son buenas; se atribuyen muchos grados de perfección, y, llenas de presunción y soberbia, censuran y condenan a los demás. A veces las deslumbra y ciega de tal suerte su orgullo, que es necesaria una gracia extraordinaria del cielo para convertirlas y sacarlas de su engaño, pues, como muestra cada día la experiencia, con más facilidad se convierte y se reduce al bien el pecador manifiesto que el que se oculta y cubre con el manto de la virtud.

De todo lo referido, podrás, hija mía, comprender con claridad que la vida espiritual no consiste en alguno de estos ejercicios y obras exteriores con que suele confundirse la santidad, y que son muchos los que en este punto padecen graves errores.

Si quieres, pues, entender en qué consiste el fondo de la verdadera piedad, y toda la perfección del Cristianismo, sabe que no consiste en otra cosa sino en conocer la bondad y la grandeza infinita de Dios, y la bajeza y propensión de nuestra naturaleza al mal; en amar a Dios, y aborrecernos a nosotros mismos; en sujetarnos, no solamente a su divina Majestad, sino también a todas las criaturas, por su amor; en renunciar enteramente a nuestra propia voluntad, a fin de seguir siempre la suya; y sobre todo en hacer todas estas cosas únicamente por la honra y gloria de Dios, sin otra intención o fin que agradarle, y porque su divina Majestad quiere y merece ser amado y servido de sus criaturas.

Ésta es aquella ley de amor que el Espíritu Santo ha grabado en los corazones de los justos (Dt, VI, 5,—Mt. XX, 37); ésta es aquella abnegación de sí mismo y crucifixión del hombre interior, tan encomendada de Jesucristo en el Evangelio (Mt. XVIII,) ésta es su yugo suave y su peso ligero (Mt. XI, 22); ésta es aquella perfecta obediencia que este divino Maestro nos enseñó siempre con sus palabras y ejemplos (Flp. II).

Si aspiras, pues, hija mía, no solamente a la santidad, sino a la perfección de la santidad, siendo forzoso para adquirirla en este sublime grado, combatir todas las inclinaciones viciosas, sujetar los sentidos a la razón, y desarraigar los vicios (lo cual no es posible sin una aplicación infatigable y continua); conviene que con ánimo pronto y determinado, te dispongas y prepares a esta batalla, porque la corona no se da sino a los que combaten generosamente (II Tm. II, 25). Pero advierte, hija mía, que así como esta guerra es la más difícil de todas, pues combatiendo contra nosotros mismos somos de nosotros mismos combatidos (I P. II), así la victoria que se alcanza es la más agradable a Dios y la más gloriosa al vencedor; porque quien con valor y resolución mortifica sus pasiones, doma sus apetitos y reprime hasta los menores movimientos de su propia voluntad, ejecuta una obra de mucho mayor mérito a los ojos de Dios, que si conservando alguna de ellas viva en su corazón, afligiese y maltratase su cuerpo con los más ásperos cilicios y disciplinas, o ayunase con más austeridad y rigor que los antiguos anacoretas del desierto, o convirtiese a Dios millares de pecadores. Porque aunque no es dudable que Dios estima y aprecia más la conversión de un alma, considerando este ejercicio en sí, que la mortificación de un apetito o deseo desordenado; sin embargo, tú no debes poner tu principal cuidado en querer y ejecutar lo que según su naturaleza es más noble y excelente, sino en obrar lo que Dios pide y desea particularmente de ti. Y es evidente que Dios se agrada más de que trabajes en mortificar tus pasiones que, si dejando advertidamente una sola en tu corazón, le sirves en cualquier otra cosa, aunque sea de mayor importancia.

Pues ya has visto, hija mía, en qué consiste la perfección cristiana, y que para adquirirla es necesario que te determines a una continua guerra contra ti misma; conviene que te proveas de cuatro cosas, como de armas seguras y necesarias para conseguir la palma, y quedar vencedora en esta espiritual batalla; éstas son, la desconfianza de nosotros mismos, la confianza en Dios, el ejercicio y la oración; de las cuales trataremos clara y sucintamente, con la ayuda de Dios, en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO II

De la desconfianza de sí mismo.

La desconfianza propia, hija mía, nos es tan necesaria en el combate espiritual, que sin esa virtud no solamente no podremos triunfar de nuestros enemigos, pero ni aun vencer la más leve de nuestras pasiones.

Debes imprimir y grabar profundamente en tu espíritu esta verdad; porque aunque verdaderamente no somos más que nada, no obstante no dejamos de concebir una falsa estimación de nosotros mismos, y persuadiéndonos sin fundamento que somos algo, presumimos vanamente de nuestras propias fuerzas.

Este vicio, hija mía, es un funesto y monstruoso efecto de la corrupción de nuestra naturaleza, y desagrada mucho a los ojos de Dios, el cual desea siempre en nosotros un fiel y profundo conocimiento de esta verdad: que no hay virtud ni gracia en nosotros que no proceda de su bondad, como de fuente y origen de todo bien, y que de nosotros no puede nacer algún pensamiento que le sea agradable.

Pero si bien esta importante desconfianza de nosotros mismos es un don del cielo que Dios comunica a sus escogidos, ya con santas aspiraciones, ya con ásperos castigos, ya con violentas y casi insuperables tentaciones, porque su divina Majestad quiere que hagamos de nuestra parte todo el esfuerzo posible para adquirirla, te propongo cuatro medios con los cuales, ayudada del socorro de la gracia, infaliblemente la alcanzarás.

El primero es que consideres tu vileza y tu nada, y reconozcas que con tus fuerzas naturales no eres capaz de obrar algún bien por el cual merezcas entrar en el reino de los cielos.

El segundo, que con fervor y humildad pidas frecuentemente a Dios esta virtud; porque es don suyo, y para obtenerla debes desde luego persuadirte, no solamente de que no la tienes, sino también de que nunca podrás adquirirla por ti misma. Después, postrándote en la presencia del Señor, se la pedirás con fe viva de que por su infinita bondad se dignará concedértela; y si perseveras constante en esta esperanza, por todo el tiempo que dispusiere su providencia, no dudes que la alcanzarás.

El tercer medio es que te acostumbres poco a poco a no fiarte de ti misma, y a temer las ilusiones de tu propio juicio, la violenta inclinación de nuestra naturaleza al pecado, y la terrible multitud de enemigos que nos cercan de todas partes, que son sin comparación más astutos y fuertes que nosotros, que saben transformarse en ángeles de luz (II Co. XI, 14), y ocultamente nos tienden lazos en el camino mismo del cielo.

El cuarto medio es que, cuando cayeres en alguna falta entres más vivamente en la consideración de tu propia flaqueza, y entiendas que Dios no permite nuestras caídas sino solamente a fin de que, alumbrados de una buena luz, nos conozcamos mejor, y aprendamos a menospreciarnos como viles criaturas, y concibamos un sincero deseo de ser menospreciados de los demás.

Sin este menosprecio, hija mía, no esperes adquirir jamás, perfectamente, la desconfianza de ti misma, la cual se funda en la verdadera humildad, y en un conocimiento experimental de nuestra miseria; porque es cosa inefable y clara que, quien desea unirse con la soberana luz y verdad increada, debe conocerse bien a sí mismo, y

no ser como los soberbios y presuntuosos, que se instruyen con sus propias caídas, y sólo empiezan a abrir los ojos cuando han incurrido en algún grave error y desorden de que vanamente imaginaban que podrían defenderse. Lo cual Dios permite así a fin de que reconozcan su flaqueza, y con esa funesta experiencia vengan a desconfiar de sus propias fuerzas.

Pero Dios no se sirve ordinariamente de un remedio tan áspero para curar esta presunción, sino cuando los remedios más fáciles y suaves no han producido el efecto que su divina Majestad pretende. Su providencia permite que el hombre caiga más o menos veces, según ve que es mayor o menor su presunción y soberbia; de manera que, si se hallase alguno tan exento de este vicio, como lo fue la bienaventurada Virgen María, nuestra Señora, es claro que no caería jamás en ninguna falta.

Todas las veces, pues, que cayeres, recurre sin tardanza al humilde conocimiento de ti misma, y con ferviente oración pide al Señor que te dé su luz para que te conozcas tal cual eres verdaderamente a sus ojos, y no presumas de tu virtud; de otra suerte no dejarás de reincidir de nuevo en las mismas faltas, y por ventura cometerás otras más graves, que causarán la pérdida de tu alma.

CAPÍTULO III

De la confianza en Dios.

Aunque la desconfianza propia es tan importante y necesaria en este combate, como hemos mostrado, no obstante, si se halla sola esta virtud en nosotros, y no tiene otros socorros, seremos fácilmente desarmados y vencidos por nuestros enemigos. Por esta causa es necesario que a la desconfianza propia añadas una entera confianza en Dios, que es el autor de todo nuestro bien, y de quien solamente debemos esperar la victoria. Porque así como de nosotros, que nada somos, no podemos prometernos sino frecuentes y peligrosas caídas, por lo cual debemos desconfiar siempre de nuestras propias fuerzas; así como con el socorro y asistencia de Dios conseguiremos grandes victorias y ventajas sobre nuestros enemigos, si, convencidos perfectamente de nuestra flaqueza, armamos nuestro corazón de una viva y generosa confianza en su infinita bondad.

Cuatro son los medios con que podrás adquirir esta excelente virtud:

El primero, es pedirla con humildad al Señor.

El segundo, considerar y mirar con los ojos de la fe la omnipotencia y sabiduría infinita de aquel Ser soberano, a quien nada es imposible ni difícil, y que, por su bondad suma, y por el exceso con que nos ama, se halla pronto y dispuesto a darnos a cada hora y cada instante todo lo que nos es necesario para la vida espiritual, y para la entera victoria de nosotros mismos como recurramos a sus brazos con filial confianza. ¿Cómo será posible que este dulce y amable Pastor que por espacio de treinta y tres años ha corrido tras la oveja perdida y descaminada (Lc. XV, 7), con tanto sudor sangre y costa suya, para reducirla y traerla de los despeñaderos y veredas peligros a un camino santo y seguro: de la perdición a la salud, del daño al remedio, de la muerte a la vida; cómo será posible que este Pastor divino viendo que su ovejuela lo busca y lo sigue con la obediencia de sus preceptos o a lo menos con un deseo sincero (bien que imperfecto y flaco) de obedecerle, no vuelva a ella sus ojos de vida y de misericordia, no oiga sus gemidos, y no la recoja amorosamente y la ponga sobre sus divinos hombros alegrándose con los Ángeles del cielo de que vuelva a su redil y ganado y deje el pasto venenoso y mortal del mundo por el manjar suave y regalado de la virtud? Si con tanto ardor y diligencia busca la dracma del Evangelio (idem v. 8), que es la figura del pecador, ¿cómo será posible que abandone a quien como ovejuela triste y afligida de no ver a su pastor, lo busca y lo llama?

¿Quién podrá persuadirse de que Dios, que llama continuamente a la puerta de nuestro corazón (Ap. III, 21) con deseo de entrar en él, y comunicarse a nosotros, y colmarnos de sus dones y gracias, hallando la puerta abierta, y viendo que le pedimos que nos honre con su visita, no se dignará concedernos el favor que deseamos?

El tercer medio para adquirir esta santa confianza es recorrer con la memoria las verdades y oráculos infalibles de la divina Escritura, que nos aseguran clara y expresamente que los que esperan y confían en Dios no caerán jamás en la confusión (Sal. II, 17.—Qo. II).

El cuarto y último medio con que juntamente podremos adquirir la desconfianza de nosotros mismos y la confianza de Dios, es que cuando nos resolviéramos a ejecutar

alguna obra buena, o a combatir alguna pasión viciosa, antes de emprender cosa alguna, pongamos por una parte los ojos en nuestra flaqueza, y por otra en el poder, sabiduría y bondad infinita de Dios; y templando el temor que nace de nosotros con la seguridad y confianza que Dios nos inspira, nos determinemos a obrar y combatir generosamente. Con estas armas, unidas a la oración, como diremos en su lugar, serás capaz, hija mía, de obrar cosas grandes, y de conseguir insignes victorias.

Pero si no observas esta regla, aunque te parezca que obras animada de una verdadera confianza en Dios, te hallarás engañada; porque es tan natural en el hombre la presencia de sí mismo, que insensiblemente se mezcla con la confianza que imagina tener en Dios, y con la desconfianza que cree tener de sí mismo.

Para alejarte, pues, hija mía, cuanto te sea posible, de la presunción, y para obrar siempre con las dos virtudes que son opuestas a este vicio, es necesario que la consideración de tu flaqueza vaya delante de la consideración de la omnipotencia de Dios, y que la una y la otra precedan a todas tus obras.

CAPÍTULO IV

Cómo podremos conocer si obramos con la desconfianza de nosotros mismos y con la confianza en Dios.

Muchas veces imagina y cree un alma presuntuosa que ha adquirido la desconfianza de sí misma y la confianza en Dios; pero éste es un engaño que no se conoce bien sino cuando se cae en algún pecado; porque entonces si el alma se inquieta, si se aflige, si se desalienta y pierde la esperanza de hacer algún progreso en la virtud, es señal evidente de que puso su confianza no en Dios, sino en sí misma; y si fuere grande su tristeza y desesperación, es argumento claro de que confiaba mucho en sí y poco en Dios.

Porque si el que desconfía mucho de sí mismo y confía mucho en Dios comete alguna falta, no se maravilla, ni se turba o entristece, conociendo que su caída es efecto natural de su flaqueza, y del poco cuidado que ha tenido de establecer su confianza en Dios; antes bien con esta experiencia aprende a desconfiar más de sus propias fuerzas, y a confiar con mayor humildad en Dios, detestando sobre todas las cosas su falta, y las pasiones desordenadas que la ocasionaron; y con un dolor quieto y pacífico de la ofensa de Dios, vuelve a sus ejercicios, y persigue a sus enemigos con mayor ánimo y resolución que antes.

Esto sería bien que considerasen algunas personas espirituales, que apenas caen en alguna falta se afligen y se turban con exceso, y muchas veces, más por librarse de la inquietud y pena que les causa su amor propio que por algún otro motivo, buscan con impaciencia a su director o padre espiritual, al cual deberían recurrir principalmente para lavarse de sus pecados por el sacramento de la Penitencia, y fortalecerse contra sus recaídas por el de la Eucaristía.

CAPÍTULO V

Del error de algunas personas que tienen a la pusilanimidad por virtud.

Es también una ilusión muy común el atribuir a virtud la pusilanimidad y la inquietud que se siente después del pecado; porque, aunque la inquietud que nace del pecado vaya acompañada de algún dolor, no obstante, siempre procede de una secreta presunción y soberbia, nacida de la confianza que se tiene de las propias fuerzas. Ordinariamente las almas presuntuosas, que, por juzgarse bien fundadas en la virtud, menosprecian los peligros y tentaciones, si vienen a caer en alguna falta, y a conocer por experiencia su fragilidad y miseria, se maravillan y turban de su caída como cosa nueva; y viendo derribado el apoyo en que vanamente habían confiado, pierden el ánimo, y como pusilánimes y flacas, se dejan dominar de la tristeza y de la desesperación.

Esta desgracia, hija mía, no sucede jamás a las almas humildes que no presumen de sí mismas, y se apoyan únicamente en Dios; porque cuando caen en alguna falta, aunque sientan grande dolor de haberla cometido, no se maravillan ni se inquietan, porque conocen con la luz de la verdad que las ilumina, que su caída es un efecto natural de su inconstancia y flaqueza.

CAPÍTULO VI

De otros avisos importantes para adquirir la desconfianza de sí mismo y la confianza en Dios.

Como toda la fuerza de que necesitamos para vencer a nuestros enemigos depende de la confianza en Dios, me ha parecido darte algunos nuevos avisos, que son muy útiles y necesarios para obtener estas virtudes.

Primeramente, hija mía, has de tener por verdad indubitable, que ni con todos los talentos o dones, ya sean naturales, ya adquiridos, ni con todas las gracias gratuitas, ni con la inteligencia de toda la sagrada Escritura, ni con haber servido a Dios por largo espacio de tiempo, y estar acostumbrada a servirle, te hallarás capaz de cumplir la voluntad divina y de satisfacer a tus obligaciones, o de hacer alguna obra buena, o vencer alguna tentación, o salir de algún peligro, o sufrir alguna cruz, si la mano poderosa de Dios con protección especial no te fortifica en cualquier ocasión que se presentare.

Es necesario, pues, que imprimas profundamente en tu corazón esta importante verdad, y que no pase día alguno sin que la medites y consideres; y por este medio te alejarás y preservarás del vicio de la presunción, y no te atreverás a confiar temerariamente en tus propias fuerzas. En lo que toca a la confianza en Dios, has de creer constantemente que es muy fácil a su poder vencer a todos tus enemigos, sean pocos o muchos (1 Reg. XVI, 6), sean fuertes y aguerridos, o flacos y sin experiencia.

De este principio fundamental inferirás, como consecuencia precisa, que aunque un alma se encuentre llena de todos los pecados, imperfecciones y vicios imaginables, y después de haber hecho grandes esfuerzos para reformar sus costumbres, en lugar de hacer algún progreso en la virtud, sienta y reconozca en sí mayor inclinación y facilidad al mal; no obstante, no por eso debe perder el ánimo y la confianza en Dios, ni abandonar las armas y los ejercicios espirituales, sino más bien combatir siempre generosamente. Porque has de saber, hija mía, que en esta pelea espiritual no puede ser vencido quien no deja de combatir y de confiar en Dios, cuya asistencia y socorro no falta jamás a sus soldados, bien que algunas veces permite que sean heridos. Combatamos, pues, constantes hasta el fin, que en esto consiste la victoria; porque los que combaten por el servicio de Dios y en Él solo ponen su confianza, hallan siempre para las heridas que reciben un remedio pronto y eficaz, y cuando menos piensan ven al enemigo a sus pies.

CAPÍTULO VII

Del ejercicio y buen uso de las potencias, y primeramente del entendimiento; y necesidad que tenemos de guardarlo de la ignorancia y de la curiosidad.

Si en el combate espiritual no tuviésemos otras armas que la desconfiar de nosotros mismos y la confianza en Dios, no solamente no podríamos vencer nuestras pasiones, más caeríamos en frecuentes y graves faltas. Por esta causa es necesario añadir a estas virtudes el ejercicio y buen uso de nuestras potencias, que es la tercera cosa que hemos propuesto como medio necesario para adquirir la perfección.

Este ejercicio consiste principalmente en reglar bien el entendimiento y voluntad.

El entendimiento debe conservarse siempre libre y exento de dos grandes vicios que suelen pervertirlo: el uno es la ignorancia, la cual le impide el conocimiento de la verdad, que es su propio objeto. Es necesario, pues, iluminarlo de tal suerte con el ejercicio, que vea y conozca con claridad lo que se debe hacer para purificar el alma de las pasiones desordenadas, y adornarla de virtudes. Esta luz se alcanza por dos medios: el primero y más importante es la oración, pidiendo al Espíritu Santo que se digne infundirla en nuestros corazones; y no dudes, hija mía, que el Señor te la comunicará abundantemente, siempre que de veras lo busques y desees cumplir su divina ley, y sujetes tu propio juicio al de tus superiores o padres espirituales.

El segundo es una aplicación continua a considerar y examinar bien las cosas que se presentan, para conocer si son buenas o malas, juzgando de su bondad o de su malicia, no por la exterior apariencia con que se presentan a los sentidos (1 Reg. XVI, 7), ni según la opinión del mundo, sino según la idea que nos da el Espíritu Santo. Esta consideración y examen nos hará conocer con evidencia que lo que el mundo ama y busca con tanto ardor es ilusión y mentira; que los honores y placeres de la tierra no son otra cosa que vanidad y aflicción de espíritu (Qo. X); que las injurias y los oprobios son para nosotros ocasiones de verdadera gloria, y las tribulaciones, de verdadero contento; que el perdonar y hacer bien a nuestros enemigos es magnanimidad, y una de las acciones que nos hacen más semejantes a Dios; que vale más despreciar el mundo, que poseerlo; que es mayor generosidad y grandeza de ánimo obedecer con gusto por amor de Dios a las más viles criaturas, que mandar a grandes príncipes; que el humilde conocimiento de nosotros mismos debe apreciarse más que las ciencias más sublimes; y últimamente que el vencer y mortificar los propios apetitos por pequeños que sean, merece mayor alabanza que conquistar muchas ciudades, vencer grandes ejércitos con las armas, obrar milagros y resucitar muertos.

CAPÍTULO VIII

De las causas que nos impiden el juzgar rectamente de las cosas, y de la regla que se debe observar para conocerlas bien.

La causa por que no juzgamos rectamente de las cosas, es porque apenas se presentan a nuestra imaginación, nos dejamos llevar o del amor o del odio a ellas; y estas pasiones ciegas que pervierten la razón, nos las desfiguran de tal suerte, que nos parecen diferentes de lo que verdaderamente son en sí mismas.

Si quieres, pues, hija mía, preservarte de un engaño común y tan peligroso, es necesario que estés siempre advertida y sobre aviso, para tener, cuanto te fuere posible, la voluntad libre y purificada de la acción desordenada de cualquier cosa.

Y cuando se te presentare algún objeto, deberás considerarlo y examinarlo bien con el entendimiento, antes que la voluntad se determine a abrazarlo si fuere agradable, o a aborrecerlo si fuere contrario a tus inclinaciones naturales; porque entonces el entendimiento, no hallándose preocupado con la pasión, queda libre y claro para conocer la verdad, y discernir el mal (encubierto con el velo de un bien aparente), del bien que tiene la apariencia de un verdadero mal; pero si la voluntad primero se inclina a amar el objeto o aborrecerlo, el entendimiento queda incapaz de conocerlo como es verdaderamente en sí, porque la pasión se lo desfigura, de suerte que le obliga a formar una falsa idea; y representándolo entonces segunda vez a la voluntad en todo diferente de lo que es, esta potencia, ya movida y excitada, pasa a amarlo o a aborrecerlo con mayor vehemencia que antes; y no puede guardar reglas ni medidas, ni escuchar la razón.

En esta confusión y desorden, el entendimiento se oscurece más cada instante, y representa siempre a la voluntad el objeto, o más odioso, o más amable que antes; de suerte que si no se observa muy exactamente la regla que dejo escrita, que es muy importante en este ejercicio, las dos más nobles facultades del alma vienen a caminar siempre como dentro de un círculo, de errores en errores, de tinieblas en tinieblas, de abismo en abismo.

Guárdate, pues, hija, con todo cuidado, del afecto desordenado de las cosas, antes de examinar y conocer lo que son verdaderamente en sí mismas con la luz de la razón, y principalmente con la sobrenatural que el Espíritu Santo te comunicare, o por sí mismo, o por medio de tu padre espiritual. Pero advierte que este documento es más necesario en algunas obras exteriores que de sí son buenas, que en otras menos loables; porque en semejantes obras, por ser buenas en sí mismas, hay de nuestra parte mayor peligro de engaño o de indiscreción. Conviene, pues, que no te empeñes en ellas ciegamente y sin reflexión, porque una sola circunstancia de lugar o de tiempo que se omita puede causar grave daño; y basta el no hacer las cosas en un cierto modo o seguir el orden de la obediencia, para cometer grandes faltas, como lo acredita el ejemplo de muchos que se perdieron en los ministerios y ejercicios más loables y santos.

CAPÍTULO IX

*De otro vicio de que debemos guardar el entendimiento para que pueda conocer lo que
es útil.*

El otro vicio de que debemos guardar nuestro entendimiento es la curiosidad; porque cuando lo llenamos de pensamientos nocivos, impertinentes y vanos, lo inhabilitamos enteramente para unirse y aplicarse a lo que es más propio para mortificar nuestros apetitos desordenados, y para llevarnos a la verdadera perfección.

Por esta causa, hija mía, conviene que estés como muerta a las cosas terrenas, y que no procures saberlas ni investigarlas, si no son absolutamente necesarias, aunque sean lícitas.

Restringe y recoge cuanto pudieres tu entendimiento, y no le permitas que se derrame vana mente en muchos objetos. No des jamás oídos a las nuevas que corren; los sucesos del mundo no hagan en tu espíritu más impresión que si fuesen imaginaciones o sueños. Aun en el deseo de saber las cosas del cielo has de procurar también ser humilde y moderada, no queriendo saber otra cosa que a Jesucristo crucificado (1 Co. II, 2), su vida y su muerte, y lo que Él desea y pide particularmente de ti. De las demás cosas no tengas algún cuidado o solicitud, y de este modo agradarás a este divino Maestro, cuyos verdaderos discípulos no buscan ni desean saber sino lo que puede contribuir a su aprovechamiento, y serles de algún socorro para servirle y hacer su voluntad. Cualquier otro deseo, inquisición o cuidado, puede nacer del amor propio, soberbia espiritual o lazo del demonio.

Si tú, hija mía, observas estos avisos, te librarás de muchas asechanzas y engaños, porque la serpiente antigua, viendo en los que abrazan con fervor los ejercicios de la vida espiritual, una voluntad firme y constante, los combate de parte del entendimiento, a fin de ganar por esta noble potencia a la voluntad, y hacerse señor de los dos. Con este fin suele inspirarles en la oración pensamientos sublimes y sentimientos elevados, principalmente si son espíritus vivos, agudos, curiosos y fáciles, prontos a ensoberbecerse y enamorarse de sus propias ideas, para que, ocupándose con deleite en el discurso y consideración de aquellos puntos en que falsamente se persuaden tener con Dios las más íntimas comunicaciones, no cuiden de purificar su corazón, ni de adquirir el conocimiento de sí mismos, ni la verdadera mortificación, de donde nace que, llenos de presunción y vanidad, se formen un ídolo de su entendimiento, y acostumbrándose poco a poco a no consultar en todas las cosas sino a su propio juicio, vengán a imaginarse y persuadirse de que no necesitan del consejo ni dirección ajena.

Éste es un mal muy peligroso y casi incurable; porque es más difícil de curarse la soberbia del entendimiento que la de la voluntad; porque la soberbia de la voluntad, siendo descubierta y reconocida por el entendimiento, puede fácilmente remediarse con una voluntaria y rendida sumisión a las órdenes de aquel a quien debe obedecer. Mas a quien está firme en la opinión de que su parecer es mejor que el de los otros, ¿quién será capaz de desengañarle? ¿Cómo podrá reconocer su error? ¿Cómo se sujetará con docilidad a la dirección y consejo de otro, quien se imagina más sabio y más iluminado que todos los demás? Si el entendimiento, que es la luz del alma con que solamente se puede ver y conocer la soberbia de la voluntad, está enfermo, ciego y lleno de la misma

soberbia, ¿quién podrá curarlo?, ¿quién hallará remedio a su mal? Si la luz se trueca en tinieblas, si la regla es falsa y torcida, ¿qué será de todo lo demás?

Procura, pues, hija mía, oponerte desde luego a un vicio tan pernicioso, antes que se apodere de tu alma. Acostúmbrate a sujetar tu juicio al ajeno, a no sutilizar demasiado en las cosas espirituales, a amar aquella simplicidad evangélica que tanto nos recomienda el Apóstol (II Co. I–Ef VI.– Col. III), y serás incomparablemente más sabia que Salomón.

CAPÍTULO X

*Del ejercicio de la voluntad, y del fin a que debemos dirigir todas nuestras acciones,
así interiores como exteriores.*

Después de haber corregido los vicios del entendimiento, es necesario que corrijas los de la voluntad, regulándola de tal suerte, que renunciando a sus propias inclinaciones, se conforme enteramente con la voluntad divina.

Pero advierte, hija mía, que no basta querer y procurar las cosas que son más agradables a Dios, sino que es necesario también que las quieras y las obres como movida de su gracia, y con el solo fin de agradarle.

En esto principalmente necesitamos combatir y luchar contra la propia naturaleza, la cual, como inficionada y depravada por el pecado, es tan inclinada a sí misma, que en todas las cosas, y tal vez en las espirituales con más cuidado que en las demás, busca su propia satisfacción y deleite, alimentándose de ellas sin recelo ni escrúpulo, como de un manjar agradable y nada sospechoso. De donde nace que, cuando se nos ofrece y presenta la ocasión de ejercitar alguna obra, luego la abrazamos y la queremos, no como movidos de la voluntad de Dios, y solamente por agradarle, sino por el gusto y satisfacción que algunas veces hallamos en hacer las cosas que Dios nos manda.

Este engaño es tanto más oculto y menos advertido, cuanto es mejor en sí misma la cosa que queremos. Hasta en los deseos de unirnos a Dios y de poseerlo suelen mezclarse los engaños del amor propio. Porque en desear poseer a Dios, miramos más a nuestro interés propio, y al bien que de ello esperamos, que a su gloria y al cumplimiento de su voluntad, que es el único objeto que se deben proponer quienes lo aman y lo buscan, y hacen profesión de guardar su divina ley.

Para evitar este peligroso lazo, que es de grande impedimento en el camino de la perfección, y acostumbrarse a no querer ni obrar cosa alguna sino según la impresión o impulso del Espíritu Santo, y con intención pura de honrar y agradar únicamente a Dios (que debe ser el primer principio y el último fin de todas nuestras acciones), observarás esta regla:

Cuando se te presentare ocasión de ejercitar alguna obra buena, no inclines tu voluntad a quererla, sin haber levantado primeramente el espíritu a Dios, para saber si es voluntad suya que la hagas, y examinar si la quieres puramente por agradarle. De este modo tu voluntad, prevenida y regulada por la de Dios, se inclinará a querer lo mismo que Dios quiere, por el único motivo de agradarle y procurar su mayor gloria.

De la misma suerte te gobernarás en las cosas que Dios no quiere; porque antes de repelerlas o desecharlas, deberás elevar tu espíritu a Dios para conocer su voluntad, y para tener alguna certeza de que repeliéndolas y desechándolas, podrás agradarle.

Pero es bien que adviertas, hija mía, que son grandes y muy poco conocidos los artificios y engaños de nuestra naturaleza corrompida, la cual buscándose siempre a sí misma con especiosos pretextos, nos hace creer que en todas nuestras obras no nos proponemos otro fin que el de agradar a Dios. De aquí nace que lo que abrazamos o repelemos sólo con el fin de satisfacernos y contentarnos a nosotros mismos, nos persuadimos que no lo abrazamos ni lo repelemos sino por el deseo de agradar a Dios, o por el temor de ofenderle. El remedio más esencial y propio de este mal, consiste en la pureza de

corazón, que todos los que se empeñan en este espiritual combate deben proponerse como fin, desnudándose del hombre viejo para vestirse del nuevo (Col, III, 9, 10).

El modo de usar y poner en práctica este divino remedio, es que al principio de tus acciones procures desnudarte siempre de todas las cosas en que se mezcle algún motivo natural y humano, y no te determines a obrar o a repeler cosa alguna, si primero no te sintieres movida y guiada de la pura voluntad de Dios.

Si en todas tus operaciones y particularmente en las interiores del alma, y en las exteriores que pasan prontamente, no pudieres sentir siempre la impresión actual de este motivo, procura a lo menos tenerlo virtualmente, conservando dentro del corazón un verdadero y sincero deseo de no agradar sino solamente a Dios.

Pero en las acciones que duran algún espacio de tiempo, no basta que al principio dirijas tu intención a este fin; es necesario también que la renueves muchas veces, y que procures conservarla en su primera pureza y fervor; porque de otra manera podrás fácilmente caer en los lazos del amor propio, que prefiriendo en todas las cosas la criatura al Creador, suele encantarnos, de suerte que en breve tiempo nos hace mudar inadvertidamente de intención y de objeto.

El siervo de Dios que en este punto no vive muy advertido y con cautela, empieza ordinariamente sus obras sin otra intención o fin que agradar a Dios; pero después, poco a poco, y sin conocerlo, se deja inducir y llevar a la vanagloria. Porque olvidándose de la divina voluntad, se aplica y aficiona al solo placer y gusto que halla en su trabajo, y no mira sino la utilidad o la gloria que le puede resultar; de manera que, si el mismo Dios le impide el progreso de su obra con alguna enfermedad o accidente, o por medio de alguna criatura, se turba, se enoja y se inquieta, y a veces murmura, ya contra éste, ya contra aquél, por no decir contra el mismo Dios. De donde viene a conocerse con claridad que su intención no era recta y pura, y que nacía de un mal principio; porque cualquiera que obra por el movimiento de la gracia y con intención pura de agradar a Dios, no se inclina ni aficiona más a un ejercicio que a otro; y si desea alguna cosa, no pretende obtenerla sino en el modo y tiempo que Dios quiere; sujetándose siempre a las órdenes de su providencia, y quedando en cualquier suceso, favorable o contrario, igualmente tranquilo y contento; porque no quiere ni desea sino solamente el cumplimiento de la voluntad divina.

Por esta causa, hija mía, debes estar siempre muy recogida en ti misma, procurando dirigir todas tus acciones a un fin tan excelente y tan noble. Y si alguna vez, pidiéndolo así la disposición interior de tu alma, te movieres a obrar bien por el temor de las penas del infierno, o por la esperanza de la gloria, podrás también en esto proponerte por último fin el agrado y voluntad de Dios, que quiere que no te pierdas ni te condenes, sino que entres en la posesión de la bienaventuranza de su gloria.

No se puede fácilmente decir ni comprender cuán eficaz y poderosa es la virtud de este motivo; pues cualquiera acción, aunque sea vilísima en sí misma, si se hace puramente por Dios, es de mayor excelencia y precio que infinitas otras, aunque sean de mucho valor y mérito en sí mismas, si se obran con otro fin. De este principio nace, que una pequeña limosna dada a un pobre por la sola honra y gloria de Dios, es sin comparación

más agradable a sus ojos, que si con otro fin nos despojásemos de todos nuestros bienes; aunque nos moviésemos a esto por la esperanza de los bienes del cielo, bien que este movimiento sea, muy loable en sí mismo, y digno de que nos lo propongamos.

Este santo ejercicio de hacer todas nuestras obras con el solo fin de agradar a Dios, te parecerá difícil en los principios; pero con el tiempo se te hará no solamente fácil, sino gustoso si te acostumbras a buscar a Dios, y a desearlo con los más vivos afectos del corazón, como a tu único y perfectísimo bien, que por sí mismo merece que todas las criaturas lo busquen, sirvan y amen sobre todas las cosas.

Y advierte, hija mía, que cuanto más continua y profundamente entrases en la consideración de su mérito infinito, tanto más tiernos y frecuentes serán los afectos de tu corazón a este divino objeto, y por este medio adquirirás más fácil y prontamente la costumbre de dirigir todas tus acciones a su honor y gloria.

Últimamente te aviso que, para adquirir un motivo tan excelente y elevado, se lo pidas con oración importuna a Dios, y consideres los innumerables beneficios que te ha hecho y te hace continuamente por puro amor y sin algún interés suyo.

CAPÍTULO XI

*De algunas consideraciones que mueven la voluntad a querer en todas las cosas el
agrado de Dios.*

Para inclinar más fácilmente tu voluntad a querer en todas las cosas el agrado y honra de Dios, deberás considerar que su bondad infinita te ha prevenido con sus beneficios y misericordias, amándote, honrándote, y obligándote en diversos modos.

En la creación, formándote de la nada a su imagen y semejanza, y dando el ser a todas las demás criaturas para que te sirvan (Gn. I). En la redención, enviando no un ángel, sino a su unigénito Hijo (Hb. I. 2.—I Jn. IV, 9), para rescatarte, no a precio de plata ni de oro, que son cosas corruptibles, sino de su propia sangre (I P. I). En la Eucaristía, ofreciéndote, en este inefable y augusto Sacramento, el cuerpo de su unigénito amado en comida y alimento de vida eterna (Jn. VI).

Después de esto no hay hora ni momento en que no te conserve y te proteja contra el furor y envidia de tus enemigos, y en que no combata por ti con su divina gracia. ¿No son éstas, hija mía, señales y pruebas evidentes del amor que te tiene este inmenso y soberano Dios?

¿Quién podrá comprender hasta dónde llega la estimación y aprecio que esta Majestad infinita hace de nuestra vileza y miseria, y hasta dónde debe llegar nuestra gratitud y reconocimiento con un Señor tan alto y liberal, que ha obrado y obra por nosotros cosas tan grandes y maravillosas?

Si los grandes de la tierra se juzgan obligados a honrar a los que los honran, aunque sean de humilde condición, ¿qué deberá hacer nuestra vileza con el soberano Rey del universo, que nos da tantas señales de su amor y de su estimación?

Sobre todo, hija mía, debes considerar y tener siempre en la memoria, que esta Majestad infinita merece por sí misma que la amemos, la honremos y sirvamos puramente por agradarle.

CAPÍTULO XII

Que en el hombre hay dos voluntades que se hacen continuamente guerra.

Dos voluntades se hallan en el hombre: la una superior y la otra inferior; a la primera llamamos comúnmente razón, a la segunda, damos nombre de apetito de carne, de sentido y de pasión. Pero como, hablando propiamente, el ser del hombre consiste principalmente en la razón, cuando queremos alguna cosa con los primeros movimientos del apetito sensitivo, no se entiende que verdaderamente la queremos si después no la quiere y no la abraza la voluntad superior.

Por esta causa toda nuestra guerra espiritual consiste en que la voluntad superior y racional, estando como en medio de la voluntad divina y la voluntad inferior, que es el apetito sensitivo, se halla igualmente combatida de la una y de la otra; porque Dios de una parte, y la carne de la otra, la solicitan continuamente, procurando cada una atraerla a sí, y sujetarla a su obediencia.

Esto causa una pena indecible a los que, habiendo contraído malos hábitos en su juventud, se resuelven finalmente a mudar de vida, y romper las cadenas que los tienen en la esclavitud del mundo y de la carne, para consagrarse enteramente al servicio de Dios; porque entonces su voluntad superior se halla poderosamente combatida a un mismo tiempo de la voluntad divina y del apetito sensitivo, y son tan fuertes y tan violentos los golpes que recibe de una y de otra parte, que no puede resistirlos sin mucha pena y trabajo.

No padecen este combate y lucha interior los que se han habituado ya en la virtud o en el vicio, y quieren vivir siempre de la manera que han vivido; porque las almas habituadas a la virtud se conforman fácilmente con la voluntad de Dios; y las corrompidas por el vicio ceden sin resistencia a la sensualidad.

Pero ninguno presuma que podrá adquirir las verdaderas virtudes, y servir Dios como conviene, si no se determina generosamente a hacerse fuerza y violencia a sí mismo, y a sufrir y vencer la pena y contradicción que se siente en renunciar, no solamente a los mayores placeres del mundo, sino también a los más pequeños, a que antes tenía apegado el corazón con afecto terreno. De aquí procede ordinariamente que sean tan pocos los que llegan a un alto grado de perfección; porque después de haber sujetado los mayores vicios y vencido las mayores dificultades, pierden el ánimo y no quieren continuar en hacerse fuerza a sí mismos; bien que no tengan ya que sostener sino muy fáciles y ligeros combates para destruir algunas flacas reliquias de su propia voluntad, y sujetar algunas pequeñas pasiones que, fortificándose de día en día, se apoderan finalmente de su corazón.

Entre éstos se hallan muchos, por ejemplo, que si bien no roban los bienes ajenos, aman no obstante apasionadamente los propios; si no procuran con medios ilícitos los honores del mundo, no los aborrecen como deberían, ni dejan de desearlos, y algunas veces de pretenderlos por otros caminos que juzgan legítimos; guardan rigurosamente los ayunos de obligación, pero no quieren mortificar la gula, absteniéndose de manjares exquisitos y delicados; son castos y continentos, pero no dejan ciertas conversaciones y pláticas de su gusto, que son de grande impedimento para los ejercicios de la vida espiritual y para la

íntima unión con Dios.

Como estas conversaciones y pláticas son peligrosas para todo género de personas, y principalmente para las que no temen sus consecuencias funestas, conviene que cada uno ponga particular cuidado en evitarlas, porque de otra manera será imposible que no haga todas sus obras con tibieza de espíritu, y que no mezcle en ellas muchos intereses, imperfecciones y defectos ocultos, y una vana estimación de sí mismo, y deseo desordenado de ser aplaudido del mundo.

Los que se descuidan en este punto, no solamente no progresan en el camino de la perfección, sino que retroceden con evidente peligro de recaer en sus vicios antiguos, porque no aman ni buscan la verdadera virtud, ni agradecen el beneficio que el Señor les hizo en librarlos de la tiranía del demonio; y no conociendo, como ignorantes y ciegos, el infeliz y peligroso estado en que se hallan, viven siempre en una falsa paz y en una seguridad engañosa.

Aquí debes observar, hija mía, una ilusión tanto más digna de temerse, cuanto es más difícil de descubrirse. Muchos de los que se entregan a la vida espiritual, amándose con exceso a sí mismos (si es que puede decirse que se aman a sí mismos), eligen los ejercicios que se conforman más con su gusto, y dejan los que se oponen a sus propias y naturales inclinaciones y apetitos sensuales, contra los cuales deberían emplear todas sus fuerzas en este espiritual combate. Por esto, hija mía, te exhorto a que te enamores de las penas y dificultades que ocurren en el camino de la perfección, porque cuanto fueren mayores los esfuerzos que hicieres para vencer las primeras dificultades de la virtud, será más pronta y segura la victoria; y si te enamoraras más de las dificultades y penas del combate, que de la victoria misma y de sus frutos, que son las virtudes, conseguirás más en breve y seguramente lo que pretendes.

CAPÍTULO XIII

Del modo de combatir la sensualidad, y de los actos que debe hacer la voluntad para adquirir el hábito de las virtudes.

Siempre que la voluntad, superior y racional, fuere combatida por una parte, de la inferior y sensual y, por otra, de la divina, es necesario que te excites de muchas maneras para que prevalezca enteramente en ti la voluntad divina, y consigas la palma y la victoria.

Primeramente, cuando los primeros movimientos del apetito sensitivo se levanten contra la razón, procurarás resistirlos valerosamente, a fin de que la voluntad superior no los consienta.

Lo segundo, cuando hubieren ya cesado estos movimientos, los excitarás de nuevo en ti, para reprimirlos con mayor ímpetu y fuerza.

Después podrás llamarlos a tercera batalla para acostumbrarte a propulsarlos con un generoso menosprecio.

Pero advierte, hija mía, que en estos dos modos de excitar en ti las propias pasiones y apetitos desordenados, no tienen lugar los estímulos y movimientos de la carne, de que hablaremos en otra parte.

Últimamente, conviene que formes actos de virtud contrarios a todas las pasiones que pretendes vencer y sujetar. Por ejemplo: tú te hayas por ventura combatida de los movimientos de la impaciencia; si procuras entonces recogerte en ti misma y consideras lo que pasa en tu interior, verás, sin duda, que estos movimientos que nacen y se forman en el apetito procuran introducirse en tu voluntad, y ganar la parte superior de tu alma.

En este caso, hija mía, conforme al primer aviso que te he dado, deberás hacer todo el esfuerzo posible para detener el curso de estos movimientos; y no te retires del combate hasta tanto que tu enemigo, vencido y postrado, se sujete a la razón.

Pero repara en el artificio y malicia del demonio. Cuando este espíritu maligno ve que resistimos valerosamente alguna pasión violenta, no solamente deja de excitarla y moverla en nuestro corazón, sino que si la halla ya encendida, procura extinguirla por algún tiempo, a fin de impedir que adquiramos con una firme consistencia la virtud contraria y hacernos caer después en los lazos de la vanagloria, dándonos arteramente a entender que, como valientes y generosos soldados, hemos triunfado muy pronto de nuestro enemigo. Por esta causa, hija mía, conviene que en este caso pases al segundo combate, trayendo a tu memoria, y despertando de nuevo en tu corazón, los pensamientos que fueron causa de tu impaciencia; y apenas hubieren excitado algún movimiento en la parte inferior, procurarás emplear todos los esfuerzos de la voluntad para reprimirlos. Pero, como muchas veces sucede que después de haber hecho grandes esfuerzos para resistir y rechazar los asaltos del enemigo, con la reflexión de que esta resistencia es agradable a Dios, no estamos seguros ni libres del peligro de ser vencidos en una tercera batalla; por eso conviene que entres por tercera vez en el combate contra el vicio que pretendes vencer y sujetar, y concibas contra él, no solamente aversión y menosprecio, sino abominación y horror.

En fin, para adornar y perfeccionar tu alma con los hábitos de las virtudes, has de producir muchos actos interiores, que serán directamente contrarios a tus pasiones

desordenadas. Por ejemplo: si quieres adquirir perfectamente el hábito de la paciencia, cuando alguno, menospreciándote, te diere ocasión de impaciencia, no basta que te ejercites en los tres combates de que hemos hablado para vencer la tentación; es necesario, además de esto, que ames el menosprecio y ultraje que recibiste, que desees recibir de nuevo, de la misma persona, la misma injuria y, finalmente, que te propongas sufrir mayores y más sensibles ultrajes y menosprecios.

La razón por la cual no podemos perfeccionarnos en la virtud sin los actos que son contrarios al vicio que deseamos corregir, es porque todos los demás actos, por muy frecuentes y eficaces que sean, no son capaces de extirpar la raíz que produce aquel vicio. Así, por no mudar de ejemplo aunque no consientas los movimientos de la ira y de la impaciencia, cuando recibes alguna injuria, antes bien los resistas y los combates con las armas de que hemos hablado; persuádate, hija mía, que si no te acostumbras a amar el oprobio, y a gloriarte de las injurias y menosprecios, no llegarás jamás a desarraigar de tu corazón el vicio de la impaciencia, que no nace en nosotros de otra causa que de un temor excesivo de ser menospreciados del mundo, y de un deseo ardiente de ser estimados. Y mientras esta viciosa raíz se conservare viva en tu alma, brotará siempre y, enflaqueciendo de día en día tu virtud, llegará con el tiempo a oprimirla, de manera que te hallarás en un continuo peligro de caer en los desórdenes pasados.

No esperes, pues, obtener jamás el verdadero hábito de las virtudes, si con sus repetidos y frecuentes actos no destruyes los vicios que le son directamente opuestos. Digo con actos repetidos y frecuentes, porque así como se requieren muchos pecados para formar el hábito vicioso, así también se requieren muchos actos de virtud para producir y formar un hábito santo y perfecto, enteramente incompatible con el vicio. Y añadido que se requiere mayor número de actos buenos para formar el hábito de la virtud, que de actos pecaminosos para formar el del vicio; pues los hábitos de la virtud no son ayudados, como los del vicio, de la naturaleza corrompida y viciada por el pecado. Además de esto te advierto que, si la virtud en que desees ejercitarte no puede adquirirse sin algunos actos exteriores, conformes a los interiores, como sucede en el ejemplo ya propuesto de la paciencia, debes no solamente hablar con amor y dulzura al que te hubiere ofendido y ultrajado, sino también servirle, agasajarle y favorecerle en lo que pudieres. Y aunque estos actos, ya interiores, ya exteriores, sean acompañados de tanta debilidad y flaqueza de espíritu que te parezca que los haces contra tu voluntad, no obstante no dejes de continuarlos; porque, aunque sean muy débiles y flacos, te mantendrán firme y constante en la batalla, y te servirán de un socorro eficaz y poderoso para alcanzar la victoria.

Vela, pues, hija mía, con atención y cuidado sobre tu interior, y no contentándote con reprimir los movimientos más fuertes y violentos de las pasiones, procura sujetar también los más pequeños y leves; porque éstos sirven ordinariamente de disposiciones para los otros, de donde nacen finalmente los hábitos viciosos. Por la negligencia y descuido que han tenido algunos en mortificar sus pasiones en cosas fáciles y ligeras después de haberlas mortificado en las más difíciles y graves, se han visto, cuando menos lo imaginaban, más poderosamente asaltados de los mismos enemigos y vencidos con mayor daño.

También te advierto, que atiendas a mortificar y quebrantar tus apetitos en las cosas que fueren lícitas, pero no necesarias; porque de esto se te seguirán grandes bienes, pues podrás vencerte más fácilmente en los demás apetitos desordenados; te harás más experta y fuerte en las tentaciones; te librarás mejor de los engaños y lazos del demonio, y agradarás mucho al Señor. Yo te digo, hija mía, lo que siento: no dejes de practicar estos santos ejercicios que te propongo, y de que verdaderamente necesitas para la reformation de tu vida interior; pues si los practicares, yo te aseguro que alcanzarás muy en breve una gloriosa victoria de ti misma, harás en poco tiempo grandes progresos en la virtud, y vendrás a ser sólida y verdaderamente espiritual.

Pero obrando de otra suerte, y siguiendo otros ejercicios, aunque te parezcan muy excelentes y santos, y experimentes con ellos tantas delicias y gustos espirituales que juzgues que te hayas en perfecta unión y dulces coloquios con el Señor, ten por cierto que no alcanzarás jamás la virtud ni verdadero espíritu; porque el verdadero espíritu, como dijimos en el capítulo I, no consiste en los ejercicios deleitables y que lisonjean a la naturaleza, sino en los que la crucifican con sus pasiones y deseos desordenados. De esta manera, renovado el hombre interiormente con los hábitos de las virtudes evangélicas, viene a unirse íntimamente con su Creador y su Salvador crucificado.

Es también indubitable y cierto que así como los hábitos viciosos se forman en nosotros con repetidos y frecuentes actos de la voluntad superior, cuando cede a los apetitos sensuales; así, las virtudes cristianas se adquieren con repelidos y frecuentes actos de la misma voluntad, cuando se conforma con la de Dios, que excita y llama continuamente al alma, ya a una virtud, ya a otra. Como la voluntad, pues, no puede ser viciosa y terrena por grandes esfuerzos que haga el apetito inferior para corromperla, si ella no consiente, así no puede ser santa y unirse con Dios por fuertes y eficaces que sean las inspiraciones de la divina gracia que la excitan y llaman, si no coopera con los actos interiores, a la vez que con los exteriores, si fueren necesarios.

CAPÍTULO XIV

De lo que se debe hacer cuando la voluntad superior parece vencida de la inferior y de otros enemigos.

Si alguna vez te pareciere que tu voluntad superior se halla muy flaca para resistir a la inferior y a otros enemigos, porque no sientes en ti, ánimo y resolución bastante para sostener sus asaltos, no dejes de mantenerte firme y constante en la batalla, ni abandones el campo. Porque has de persuadirte siempre de que te hayas victoriosa, mientras no reconocieres claramente que cediste y te dejaste vencer y sujetar. Pues así como nuestra voluntad superior no necesita del consentimiento del apetito inferior para producir sus actos, así, aunque sean muy violentos y fuertes los asaltos con que la combatiere este enemigo doméstico, conserva siempre el uso de su libertad, y no puede ser forzada a ceder y consentir si ella misma no quiere; porque el Creador le ha dado un poder tan grande y un imperio tan absoluto, que aunque todos los sentidos, todos los demonios y todas las criaturas conspirasen juntamente contra ella para oprimirla y sujetarla, no obstante, podría siempre querer o no querer con libertad lo que quiere o no quiere, tantas veces, y por tanto tiempo, y en el modo, y para el fin que más le agradare.

Pero si alguna vez estos enemigos te asaltasen y combatiesen con tanta violencia que tu voluntad ya oprimida y cansada no tuviese vigor ni espíritu para producir algún acto contrario, no pierdas el ánimo ni arrojes las armas; mas sirviéndote en este caso de la lengua, te defenderás, diciendo: No me rindo, no quiero ni consiento, como suelen hacer los que hallándose ya oprimidos, sujetos y dominados de su enemigo, no pudiendo con la punta de la espada, lo hacen con el pomo. Y así como éstos, desasiéndose con industria de su contrario, se retiran algunos pasos para volver sobre su enemigo, y herirlo mortalmente, así tú procurarás retirarte al conocimiento de ti misma, que nada puedes, y animada de una generosa confianza en Dios, que lo puede todo, te esforzarás a combatir y vencer la pasión que te domina, diciendo entonces: Ayudadme, Señor, ayudadme, Dios mío, no abandonéis a vuestra sierva, no permitáis que yo me rinda a la tentación.

Podrás también, si el enemigo te diere tiempo, ayudar la flaqueza de la voluntad llamando en su socorro al entendimiento, y fortificándola con diversas consideraciones que sean propias para darle aliento y animarla al combate; como, por ejemplo, si hallándote afligida de alguna injusta persecución o de otro trabajo, te sintieres de tal suerte tentada y combatida de la impaciencia, que tu voluntad no pudiese ni quisiese sufrir cosa alguna, procurarás esforzarla y ayudarla con la consideración de los puntos siguientes, o de otros semejantes:

1. Considera si mereces el mal que padeces, y si tú misma diste la ocasión y el motivo, pues si te hubiere sucedido por culpa tuya, la razón pide que toleres y sufras pacientemente una herida que tú misma te has hecho con tus propias manos.

2. Mas cuando no tengas alguna culpa en tu daño, vuelve los ojos y el pensamiento a tus desórdenes pasados, de que todavía no te ha castigado la divina Justicia, ni tú has hecho la debida penitencia; y viendo que Dios por su misericordia te trueca el castigo que había de ser, o más largo en el purgatorio, o eterno en el infierno, en otro más ligero y más breve, recíbelo, no solamente con paciencia, sino también con alegría y con rendimiento de gracias.

3. Pero si te pareciere que has hecho mucha penitencia, y que has ofendido poco a Dios (cosa que debe estar siempre muy lejos de tu pensamiento), deberás considerar que en el reino de los cielos no se entra sino por la puerta estrecha de las tribulaciones y de la cruz (Hch. XIV, 21).

4. Considera asimismo que aun cuando pudieres entrar por otra puerta, la ley sola del amor debería obligarte a escoger siempre la de las tribulaciones, por no apartarte un punto de la imitación del Hijo de Dios y de todos sus escogidos, que no han entrado en la bienaventuranza de la gloria sino por medio de las espinas y tribulaciones.

5. Mas a lo que principalmente debes atender y mirar, así en ésta como en cualquier otra ocasión, es la voluntad de Dios, que por el amor que te tiene se deleita y complace indeciblemente de verte hacer estos actos heroicos de virtud, y corresponder a su amor con estas pruebas de tu valor y fidelidad. Y ten por cierto que cuanto más grave fuere la persecución que padeces, y más injusta de parte de su autor, tanto más estimará el Señor tu fidelidad y constancia, viendo que en medio de tus aflicciones adoras sus juicios, y te sujetas a su providencia, en la cual todos los sucesos, aunque nos parezcan muy desordenados, tienen regla y orden perfectísimo.

CAPÍTULO xv

De algunas advertencias importantes para saber de qué modo se ha de pelear, contra qué enemigos se debe combatir, y con qué virtud pueden ser vencidos.

Ya has visto, hija mía, el modo con que debes combatir para vencerte a ti misma, y adornarte de las virtudes. Ahora conviene que sepas que para conseguir más fácil y prontamente la victoria, no te basta combatir y mostrar tu valor una sola vez; mas es necesario que vuelvas cada día a la batalla y renueves el combate, principalmente contra el amor propio, hasta tanto que vengas a mirar como preciosos y amables todos los desprecios y disgustos que pudieren venirte del mundo.

Por la inadvertencia y descuido que se tiene comúnmente en este combate, sucede muchas veces que las victorias son difíciles, imperfectas, raras y de poca duración. Por esta causa te aconsejo, hija, mía, que pelees con esfuerzo y resolución, y que no te excuses con el pretexto de tu flaqueza natural; pues si te faltan las fuerzas, Dios te las dará, como se las pidas.

Considera, además de esto, que si es grande la multitud y el furor de tus enemigos, es infinitamente mayor la bondad de Dios, y el amor que te tiene, y que son más los Ángeles del cielo y las oraciones de los Santos que te asisten y combaten en tu defensa. Estas consideraciones han animado de tal suerte a muchas mujeres sencillas y flacas que han podido vencer toda la sabiduría del mundo, resistir todos los atractivos de la carne, y triunfar de todas las fuerzas del infierno.

Por esta causa no debes desmayar jamás o perder el ánimo en este combate, aunque te parezca que los esfuerzos de tantos enemigos son difíciles de vencer, que la guerra no tendrá fin sino con tu vida, y que te hayas de todas partes amenazada de una ruina casi inevitable; porque es bien que sepas que ni las fuerzas ni los artificios de nuestros enemigos pueden hacernos algún daño sin la permisión de nuestro divino Capitán, por cuyo honor se combate, el cual nos exhorta y llama a la pelea; y no solamente no permitirá jamás que los que conspiran a tu perdición logren su intento, sino más bien combatirá por ti; y cuando será de su agrado, te dará la victoria con grande fruto y ventaja tuya, aunque te la dilate hasta el último día de tu vida.

Lo que desea, hija mía, y pide únicamente de ti, es que combatas generosamente, y que, aunque salgas herida muchas veces, no dejes jamás las armas ni huyas de la batalla. Finalmente, para excitarte a pelear con resolución y constancia, considerarás que esta guerra es inevitable y que es forzoso pelear o morir; porque tienes que luchar contra enemigos tan furiosos y obstinados, que no podrás tener jamás paz ni tregua con ellos.

CAPÍTULO XVI

Del modo cómo el soldado de Cristo debe presentarse al combate por la mañana.

La primera cosa que debes hacer cuando despiertes es abrir los ojos del alma, y considerarte como en un campo de batalla en presencia de tu enemigo, y en la necesidad forzosa de combatir o de perecer para siempre. Imagínate que tienes delante de tus ojos a tu enemigo, esto es, al vicio o pasión desordenada que deseas domar y vencer, y que este monstruo furioso viene a arrojar sobre ti para oprimirte y vencerte. Representate al mismo tiempo que tienes a tu diestra a tu invencible capitán Jesucristo, acompañado de María y de José, y de muchos escuadrones de Ángeles y bienaventurados particularmente, y del glorioso arcángel San Miguel; y a la siniestra, a Lucifer con sus ministros, resueltos a sostener con todas sus fuerzas y la pasión o vicio que pretendes combatir, y a usar de todos los artificios y engaños que caben en su malicia para rendirte. Asimismo te imaginarás que oyes en el fondo de tu corazón una secreta voz de tu Ángel custodio que te habla de esta suerte: Éste es el día en que debes hacer los últimos esfuerzos para vencer a este enemigo, y a todos los demás que conspiran a tu perdición y ruina; ten ánimo y constancia; no te dejes vencer de algún vano temor o respeto, porque tu capitán, Jesucristo, está a tu lado con todos los escuadrones del ejército celestial para defenderte contra todos los que te hacen guerra, y no permitirá que prevalezcan contra ti sus fuerzas ni sus artificios. Procura estar firme y constante: hazte fuerza y violencia, y sufre la pena que sintieres en violentarte y vencerte. Da voces al Señor desde lo más íntimo de tu corazón, invoca continuamente a Jesús y María; pide a todos los Santos y bienaventurados que te socorran y asistan; y no dudes que alcanzarás la victoria.

Aunque seas flaca y estés mal habituada, y tus enemigos te parezcan formidables por su número y por sus fuerzas, no temas; porque los escuadrones que vienen del cielo para tu socorro y defensa son más fuertes y numerosos que los que envía el infierno para quitarte la vida de la gracia. El Dios que te ha creado y redimido es todopoderoso, y tiene sin comparación más deseo de salvarte que el demonio de perderte.

Pelea, pues, con valor, y entra desde luego con esfuerzo y resolución en el empeño de vencerte y mortificarte a ti misma; porque de la continua guerra contra tus malas inclinaciones y hábitos viciosos ha de nacer, finalmente, la victoria, y aquel gran tesoro con que se compra el reino de los cielos, donde el alma se une para siempre con Dios. Empieza, pues, hija mía, a combatir en el nombre del Señor, teniendo por espada y por escudo la desconfianza de ti misma, la confianza en Dios, la oración y el ejercicio de tus potencias.

Asistida de estas armas provocarás a la batalla a tu enemigo, esto es, a aquella pasión o vicio dominante que hubieres resuelto combatir y vencer, ya con un generoso menosprecio, ya con una firme resistencia, ya con actos repetidos de la virtud contraria, ya, finalmente, con otros medios que te inspirará el cielo para exterminarlo de tu corazón. No descanses ni dejes la pelea hasta que lo hayas domado y vencido enteramente, y merecerás por tu constancia recibir la corona de manos de Dios, que con toda la Iglesia triunfante estará mirando desde el cielo tu combate.

Vuelvo a advertirte, hija mía, que no desistas ni ceses de combatir, atendiendo a la

obligación que tenemos de servir y agradar a Dios, y a la necesidad de pelear; pues no podemos excusar la batalla, ni salir de ella sin quedar muertos o heridos. Considera que cuando, como rebelde, quisieres huir de Dios, y darte a las delicias de la carne, te será forzoso, a pesar tuyo, el combatir con infinitas contrariedades, y sufrir grandes amarguras y penas para satisfacer a tu sensualidad y ambición. ¿No sería una terrible locura elegir y abrazar penas y afanes que nos llevan a otros afanes y penas mayores, y aun a los tormentos eternos, y huir de algunas ligeras tribulaciones que se acaban presto, y nos encaminan y guían a una eterna felicidad, y nos aseguran el ver a Dios y gozarle para siempre?

CAPÍTULO XVII

Del orden que se debe guardar en el combate contra las pasiones y vicios.

Importa mucho, hija mía, que sepas el orden que se debe guardar para combatir como se debe y no, acaso, por costumbre, como hacen muchos, que por esta causa pierden todo el fruto de su trabajo.

El orden de combatir contra tus vicios y malas inclinaciones es recogerte dentro de ti misma, a fin de examinar con cuidado cuáles son ordinariamente tus deseos y aficiones, y reconocer cuál es la pasión que en ti reina; y a ésta particularmente has de declarar la guerra como a tu mayor enemigo. Pero si el maligno espíritu te asaltare con otra pasión o vicio, deberás entonces acudir sin tardanza a donde fuere mayor y más urgente la necesidad, y volverás después a tu primera empresa.

CAPÍTULO XVIII

De qué manera deben reprimirse los movimientos repentinos de las pasiones.

Si no estuvieres acostumbrada a reparar y resistir los golpes repentinos de las injurias, afrentas y demás penas de esta vida, conseguirás esta costumbre previéndolas con el discurso y preparándote de lejos a recibirlas.

El modo de preverlas es que, después de haber examinado la calidad y naturaleza de tus pasiones, consideres las personas con quienes tratas, y los lugares y ocasiones donde te hayas ordinariamente; y de aquí podrás fácilmente conjeturar todo lo que puede sucederte. Pero si bien en cualquiera accidente imprevisto te aprovechará mucho el haberte preparado contra semejantes motivos y ocasiones de mortificación y pena, podrás no obstante servirte también de este otro medio:

Apenas empieces a sentir los primeros golpes de alguna injuria, o de cualquiera otra aflicción, procura levantar tu espíritu a Dios, considerando que este accidente es un golpe del cielo que su misericordia te envía para purificarte, y para unirme más estrechamente a sí. Y después que hayas reconocido que su bondad inefable se deleita y complace infinitamente de verte sufrir con alegría las mayores penas y adversidades por su amor, vuelve sobre ti misma, y reprendiéndote dirás: ¡Oh cuán flaca y cobarde eres! ¿por qué no quieres tú sufrir, y llevar una cruz que te envía, no esta o aquella persona, sino tu Padre celestial? Después, mirando la cruz, abrázala, y recíbela no solamente con sumisión, sino con alegría, diciendo: ¡Oh cruz que el amor de mi Redentor crucificado me hace más dulce y apetecible que todos los placeres de los sentidos! Úneme desde hoy estrechamente contigo, para que por ti pueda yo unirme estrechamente con el que me ha redimido, muriendo entre tus brazos.

Pero si prevaleciendo en ti la pasión en los principios, no pudieres levantar el corazón a Dios, y te sintieres herida, no por esto desmayes, ni dejes de hacer todos los esfuerzos posibles para vencerla, implorando el socorro del cielo.

Después de todo esto, hija mía, el camino más breve y seguro para reprimir y sujetar estos primeros movimientos de las pasiones, es quitar la causa de donde proceden. Por ejemplo: si por tener puesto tu afecto en alguna cosa de tu gusto, observas que te turbas, te enojas y te inquietas cuando te tocan en ella, procura desnudarte de este afecto, y gozarás de un perfecto reposo. Mas si la inquietud que sientes procede, no de amor desatregado a algún objeto de tu gusto, sino de aversión natural a alguna persona, cuyas menores acciones te ofenden y desagradan, el remedio eficaz y propio de este mal es que, a pesar de tu antipatía, te esfuerces por amar a esta persona, no solamente porque es una criatura formada de la mano de Dios, y redimida con la preciosa sangre de Jesucristo, de la misma suerte que tú, sino también porque sufriendo con dulzura y paciencia sus defectos, puedes hacerte semejante a tu Padre celestial, que con todos es generalmente benigno y amoroso (Mt. V, 45).

CAPÍTULO XIX

Del modo cómo se debe combatir contra el vicio deshonesto.

Contra este vicio has de hacer la guerra de un modo particular, y con mayor resolución y esfuerzo que contra los demás vicios. Para combatirlo como conviene, es necesario que distingas tres tiempos: El primero, antes de la tentación; El segundo, cuando te hallares tentada; El tercero, después que se hubiere pasado la tentación.

1. Antes de la tentación, tu pelea ha de ser contra las causas y personas que suelen ocasionarla. Primeramente has de pelear no buscando ni acometiendo a tu enemigo, sino huyendo cuanto te sea posible de cualquiera cosa o persona que te pueda ocasionar el mínimo peligro de caer en este vicio; y cuando la condición de la vida común, o la obligación del oficio particular, o la caridad con el prójimo te obligaren a la presencia y conversación de tales objetos, procurarás contenerte severamente dentro de aquellos límites que hace inculpable la necesidad, usando siempre de palabras modestas y graves, y mostrando un aire más serio y austero que familiar y afable. No presumas de ti misma, aunque en todo el decurso de tu vida no hayas sentido los penosos estímulos de la carne; porque el espíritu de la impureza suele hacer en una hora lo que no ha podido en muchos años. Muchas veces ordena y dispone ocultamente sus máquinas para herir con mayor ruina y estrago; y nunca es más de recelar y de temer que cuando más se disimula y da menos sospechas de sí.

La experiencia, nos muestra cada día que nunca es mayor el peligro que cuando se contraen o se mantienen ciertas amistades en que no se descubre algún mal, por fundarse sobre razones y títulos especiosos, ya de parentesco, ya de gratitud, ya de algún otro motivo honesto, ya sobre el mérito y virtud de la persona que se ama; porque con las visitas frecuentes y largos razonamientos se mezcla insensiblemente en estas amistades el venenoso deleite del sentido; el cual, penetrando con un pronto y funesto progreso hasta la médula del alma, oscurece de tal suerte la razón, que vienen finalmente a tenerse por cosas muy leves el mirar inmodesto, las expresiones tiernas y amorosas; las palabras libres, los donaires y los equívocos, de donde nacen tentaciones y caídas muy graves.

Huye, pues, hija mía, hasta de la mínima sombra de este vicio, si quieres conservarte inocente y pura. No te fíes de tu virtud, ni de las resoluciones o propósitos que hubieres hecho de morir antes que ofender a Dios; porque si el amor sensual que se enciende en estas conversaciones dulces y frecuentes se apodera una vez de tu corazón, no tendrás respeto a parentesco, por contentar y satisfacer tu pasión; serán inútiles y vanas todas las exhortaciones de tus amigos; perderás absolutamente el temor de Dios; y el fuego mismo del infierno no será capaz de extinguir tus llamas impuras. Huye, huye, si no quieres ser sorprendida y presa, y lo que es más, perderte para siempre.

2. Huye de la ociosidad, procura vivir con cautela, y ocuparte en pensamientos y en obras convenientes a tu estado.

3. Obedece con alegría a tus superiores, y ejecuta con prontitud las cosas que te ordenaren, abrazando con mayor gusto las que te humillan y son más contrarias a tu voluntad y natural inclinación.

4. No hagas jamás juicio temerario del prójimo, principalmente en este vicio; y si por

desgracia hubiere caído en algún desorden, y fuere manifiesta y pública su caída, no por eso lo menosprecies o lo insultes; mas compadeciéndote de su flaqueza, procura aprovecharte de su caída humillándote a los ojos de Dios, conociendo y confesando que no eres sino polvo y ceniza, implorando con humildad y fervor el socorro de su gracia, y huyendo desde entonces con mayor cuidado de todo comercio y comunicación en que pueda haber la menor sombra de peligro.

Advierte, hija mía, que si fueres fácil y pronta en juzgar mal de tus hermanos y en despreciarlos, Dios te corregirá a tu costa permitiendo que caigas en las mismas faltas que condenas, para que así vengas a conocer tu soberbia, y humillada, procures el remedio de uno y otro vicio.

Pero, aunque no caigas en alguna de estas faltas, sabe, hija mía, que si continuas en formar juicios temerarios contra el prójimo, estarás siempre en evidente peligro de perecer.

Últimamente, en las consolaciones y gustos sobrenaturales que recibieres del Señor, guárdate de admitir en tu espíritu algún sentimiento de complacencia o vanagloria, persuadiéndote de que has llegado ya al colmo de la perfección, y de que tus enemigos no se hallan ya en estado de hacerte guerra, porque te parece que los miras con menosprecio, aversión y horror; pues si en esto no fueres muy cauta y advertida, caerás con facilidad.

En cuanto al tiempo de la tentación, conviene considerar si la causa de donde procede es interior o exterior.

Por causa exterior entiendo la curiosidad de los ojos y de los oídos, la delicadeza y lujo de los vestidos, las amistades sospechosas, y los razonamientos que incitan a este vicio.

La medicina en estos casos es el pudor y la modestia que tienen cerrados los ojos y los oídos a todos los objetos que son capaces de alborotar la imaginación; pero el principal remedio es la fuga, como dije.

La interior procede, o de la vivacidad y lozanía del cuerpo, o de los pensamientos de la mente que nos vienen de nuestros malos hábitos, o de las sugestiones del demonio.

La vivacidad y lozanía del cuerpo se ha de mortificar con los ayunos, con las disciplinas, con los cilicios, con las viglias y con otras austeridades semejantes; mas sin exceder los límites de la discreción y de la obediencia.

Por lo que mira a los pensamientos, sea cual fuere la causa o principio de donde nacieren, los remedios y preservativos son éstos: la ocupación en los ejercicios que son propios de tu estado, la oración y la meditación.

La oración se ha de hacer en esta forma: apenas te vinieren semejantes pensamientos, y empuerases a sentir su impresión, procura luego recogerte dentro de ti misma, y poniendo los ojos en Jesucristo, le dirás: ¡Oh mi dulce Jesús, acudid prontamente a mi socorro para que yo no caiga en las manos de mis enemigos! Otras veces, abrazando la cruz de donde pende tu Señor, besarás repetidas veces las sacratísimas llagas de sus pies, diciendo con fervor y confianza: ¡Oh llagas adorables! ¡Oh llagas infinitamente santas! imprimid vuestra figura en este impuro y miserable corazón, preservándome de vuestra ofensa.

La meditación, hija mía, yo no quisiera que en el tiempo en que abundan las tentaciones

de los deleites carnales, fuese sobre ciertos puntos que algunos libros espirituales proponen como remedios de semejantes tentaciones. Así, por ejemplo, el considerar la vileza de este vicio, su insaciabilidad, los disgustos y amarguras que lo acompañan, y las ruinas que ocasiona en la hacienda, en el honor, en la salud y en la vida; porque no siempre éste es medio seguro para vencer la tentación, antes bien puede acrecentarla más; pues si el entendimiento por una parte arroja y desecha estos pensamientos, y los excita y llama por otra, pone a la voluntad en peligro de deleitarse con ellos y de consentir en el deleite.

Por esta causa el medio más seguro para librarte y defenderte de tales pensamientos, es apartar la imaginación, no solamente de los objetos impuros, sino también de los que les son contrarios; porque esforzándote a repelerlos por los que les son contrarios, pensarás en ellos aunque no quieras, y conservarás sus imágenes. Conténtate, pues, en éstos, con meditar sobre la pasión de Jesucristo; y si mientras te ocupas en este santo ejercicio volvieren a molestarte y afligirte con más vehemencia los mismos pensamientos, no por esto pierdas el ánimo ni dejes la meditación, ni para resistirlos te vuelvas contra ellos; antes bien menospreciándolos enteramente como si no fuesen tuyos, sino del demonio, perseverarás constante en meditar con toda la atención que te fuere posible sobre la muerte de Jesucristo. Porque no hay medio más poderoso para arrojar de nosotros el espíritu inmundo, aun cuando estuviere resuelto y determinado a hacernos perpetuamente la guerra.

Concluirás después tu meditación con esta súplica o con otra semejante: ¡Oh Creador y Redentor mío! libradme de mis enemigos por vuestra infinita bondad, y por los méritos de vuestra sacratísima pasión. Pero guárdate, mientras dijeres esto, de pensar en el vicio de que deseas defenderte, porque la menor idea será peligrosa.

Sobre todo no pierdas el tiempo en disputar contigo misma para saber si consentiste o no consentiste en la tentación; porque este género de ensayo es una invención del demonio, que con pretexto de un bien aparente o de una obligación quimérica, pretende inquietarte y hacerte tímida y desconfiada, o precipitarte en algún deleite sexual con estas imaginaciones impuras en que ocupa tu espíritu.

Todas las veces, pues, que en estas tentaciones no fuere claro el consentimiento, bastará que descubras brevemente a tu padre espiritual lo que supieres, quedando después quieta y sosegada con su parecer, sin pensar más en semejante cosa. Pero no dejes de descubrirle con fidelidad todo el fondo de tu corazón, sin ocultarle jamás alguna cosa, o por vergüenza, o por cualquiera otro respeto; porque si para vencer generalmente a todos nuestros enemigos es necesaria la humildad, ¿cuánta necesidad tendremos de esta virtud para librarnos y defendernos de un vicio que es casi siempre pena y castigo de nuestro orgullo?

Pasado el tiempo de la tentación, la regla que deberás guardar es ésta: aunque goces de una profunda calma y de un perfecto sosiego, y te parezca que te hayas libre y segura de semejantes tentaciones, procura, no obstante, tener lejos de tu pensamiento los objetos que te las causaron, y no permitas que vuelvan a entrar en tu espíritu con algún color o pretexto de virtud, o de otro bien imaginado; porque semejantes pretextos son engaños

de nuestra naturaleza corrompida, y lazos del demonio que se transforma en ángel de luz (II Co. XI, 14) para inducirnos a las tinieblas exteriores, que son las del infierno.

CAPÍTULO XX

Del modo de pelear contra el vicio de la pereza.

Importa mucho, hija mía, que hagas la guerra a la pereza, porque este vicio no solamente nos aparta del camino de la perfección, sino que nos pone enteramente en las manos de los enemigos de nuestra salud.

Si quieres no caer en la mísera servidumbre de este vicio, has de huir de toda curiosidad y afecto terreno, y de cualquiera ocupación que no convenga a tu estado. Asimismo serás muy diligente en corresponder a las inspiraciones del cielo, en ejecutar las órdenes de tus superiores, y en hacer todas las cosas en el tiempo y en el modo que ellos desean.

No tardes ni un breve instante en cumplir lo que se te hubiere ordenado, porque la primera dilación o tardanza ocasiona la segunda, y la segunda la tercera y las demás, a las cuales el sentido se rinde y cede más fácilmente que a las primeras, por haberse ya aficionado al placer y dulzura del descanso; y así, o la acción se empieza muy tarde, o se deja como pesada y molesta.

De esta suerte viene a formarse en nosotros el hábito de la pereza, el cual es muy difícil de vencer, si la vergüenza de haber vivido en una suma negligencia y descuido no nos obliga al fin a tomar la resolución de ser en lo venidero más laboriosos y diligentes.

Pero advierte, hija mía, que la pereza es un veneno que se derrama en todas las potencias del alma, y no solamente inficiona la voluntad, haciendo que aborrezca el trabajo, sino también el entendimiento, cegándole para que no vea cuán vanos y mal fundados son los propósitos de los negligentes y perezosos; pues lo que deberían hacer luego y con diligencia, o no lo hacen jamás, o lo difieren y dejan para otro tiempo.

Ni basta que se haga con prontitud la obra que se ha de hacer, sino que es necesario hacerla en el tiempo que pide la calidad y naturaleza de la misma obra, y con toda la diligencia y cuidado que conviene, para darle toda la perfección posible; porque, en fin, no es diligencia sino una pereza artificiosa y fina hacer con precipitación las cosas, no cuidando de hacerlas bien, sino de concluir las presto, para entregarnos después al reposo en que teníamos fijo todo el pensamiento. Este desorden nace ordinariamente de no considerarse bastantemente el valor y precio de una buena obra, cuando se hace en su propio tiempo, y con ánimo resuelto a vencer todos los impedimentos y dificultades que impone el vicio de la pereza a los nuevos soldados que comienzan a hacer guerra a sus pasiones y vicios.

Considera, pues, hija mía, que una sola aspiración, una oración jaculatoria, una reflexión, y la menor demostración de culto y de respeto a la Majestad divina, es de mayor precio y valor que todos los tesoros del mundo; y cada vez que el hombre se mortifica en alguna cosa, los Ángeles del cielo le fabrican una bella corona en recompensa de la victoria que ha ganado sobre sí mismo. Considera, al contrario, que Dios quita poco a poco sus dones y gracias a los tibios y perezosos, y los aumenta a los fervorosos y diligentes para hacerlos entrar después en la alegría y gozo de su bienaventuranza.

Pero si al principio no te sintieres con fuerza y vigor bastante para sufrir las dificultades y penas que se presentan en el camino de la perfección, es necesario que procures ocultártelas con destreza a ti misma, de suerte que te parezcan menores de lo que suelen

figurarse los perezosos. Por ejemplo, si para adquirir una virtud necesitas ejercitarte en repetidos y frecuentes actos, y combatir con muchos y poderosos enemigos que se oponen a tu intento, empieza a formar dichos actos como si hubiesen de ser pocos los que has de producir, trabaja como si tu trabajo no hubiese de durar sino muy breve tiempo, y combate a tus enemigos, uno en pos de otro, como si no tuvieses sino uno solo que combatir y vencer, poniendo toda tu confianza en Dios, y esperando que con el socorro de su gracia serás más fuerte que todos ellos. Pues si obrares de esta suerte, vendrás a librarte del vicio de la pereza y a adquirir la virtud contraria.

Lo mismo practicarás en la oración. Si tu oración debe durar una hora, y te parece largo este tiempo, proponte solamente orar medio cuarto de hora, y pasando de este medio cuarto de hora a otro, no te será difícil ni penoso el llenar, finalmente, la hora entera. Pero si al segundo o tercero medio cuarto de hora, sintieres demasiada repugnancia y pena, deja entonces el ejercicio para no aumentar tu desabrimiento y disgusto; porque esta interrupción no te causará ningún daño, si después vuelves a continuarlo.

Este mismo método has de observar en las obras exteriores y mentales. Si tuvieses diversas cosas que hacer, y, por parecerte muchas y muy difíciles, sientes inquietud y pena, comienza, siempre por la primera, con resolución, sin pensar en las demás, porque haciéndolo así con diligencia, vendrás a hacerlas todas con menos trabajo y dificultad de lo que imaginabas.

Si no procuras, hija mía, guardar esta regla, y no te esfuerzas a vencer el trabajo y dificultad que nace de la pereza, advierte que con el tiempo vendrá a prevalecer en ti de tal manera este vicio, que las dificultades y penas, que son inseparables de los primeros ejercicios de la virtud, no solamente te molestarán cuando estén presentes, sino que desde luego te causarán disgusto y congojas, porque estarás siempre con un continuo temor de ser ejercitada y combatida de tus enemigos, y en la misma quietud vivirás inquieta y turbada.

Conviene, hija mía, que sepas que en este vicio hay un veneno oculto que oprime y destruye no solamente las primeras semillas de las virtudes, sino también las virtudes que están ya formadas; y que como la carcoma roe y consume insensiblemente la madera, así este vicio roe y consume insensiblemente la médula de la vida espiritual; y por este medio suele el demonio tender sus redes y lazos a los hombres, y particularmente a los que aspiran a la perfección.

Vela, pues, sobre ti misma dándote a la oración y a las buenas obras, y no aguardes a tejer el paño de la vestidura nupcial para cuando ya habías de estar vestida y adornada de ella para salir a recibir al esposo (Mt. XXII et XXV).

Acuérdate cada día de que no te promete la tarde quien te da la mañana, y quien te da la tarde no te asegura la mañana (Véase en la 2a. part. trat. 4. capítulo XIV).

Emplea santamente cada hora del día como si fuese la última; ocúpate toda, en agradar a Dios y teme siempre la estrecha y rigurosa cuenta que le has de dar de todos los instantes de tu vida.

Últimamente te advierto que tengas por perdido aquel día en que, aunque hayas trabajado con diligencia, y concluido muchos negocios, no hubieres alcanzado muchas victorias

contra tu propia voluntad y malas inclinaciones, ni hubieres rendido gracias y alabanzas a Dios por sus beneficios; y principalmente por el de la dolorosa muerte que padeció por ti, y por el suave y paternal castigo que te da, si por ventura te hubiese hecho digna del tesoro inestimable de alguna tribulación.

CAPÍTULO XXI

Cómo debemos gobernar los sentidos exteriores y servirnos de ellos para la contemplación de las cosas divinas.

Grande advertencia y continuado ejercicio pide el gobierno y buen gusto de los sentidos exteriores; porque el apetito sensitivo, de donde nacen todos los movimientos de la naturaleza corrompida, se inclina desenfrenadamente a los gustos y deleites, y no pudiendo adquirirlos por sí mismo, se sirve de los sentidos como de instrumentos propios y naturales para traer a sí los objetos, cuyas imágenes imprime en el alma; de donde se origina el placer sensual, que por la estrecha comunicación que tienen entre sí el espíritu y la carne, derramándose desde luego en todos los sentidos que son capaces de aquel deleite, pasa después a inficionar, como un mal contagioso, las potencias del alma, y viene finalmente a corromper todo el hombre.

Los remedios con que podrás preservarte de un mal tan grave, son éstos:

Estarás siempre advertida y sobre aviso de no dar mucha libertad a tus sentidos, y de no servirte de ellos para el deleite, sino solamente para algún buen fin, o por alguna necesidad o provecho; y si por ventura, sin que tú lo adviertas, se derramaren a vanos objetos para buscar algún falso deleite, recógelos luego y réglalos de suerte que se acostumbren a sacar de los mismos objetos grandes socorros para la perfección del alma, y no admitir otras especies que las que puedan ayudarla para elevarse por el conocimiento de las cosas creadas a la contemplación de las grandezas de Dios, la cual podrás practicar en esta forma:

Cuando se presentare a tus sentidos algún objeto agradable, no consideres lo que tiene de material, sino míralo con los ojos del alma; y si advirtieres o hallares en él alguna cosa que lisonjee y agrade a tus sentidos, considera que no la tiene de sí, sino que la ha recibido de Dios, que con su mano invisible lo ha creado, y le comunica toda la bondad y hermosura que en él admiras.

Después te alegrarás de ver que este Ser soberano e independiente, que es el único Autor de tantas bellas cualidades que te hechizan en las criaturas, las contiene todas en sí mismo con eminencia, y que la más excelente de aquéllas no es sino una sombra de sus infinitas perfecciones.

Cuando vieres o contemplares alguna obra excelente y perfecta de tu Creador, considera su nada, y fija los ojos del entendimiento en el divino Artífice que le dio el ser, y poniendo en Él solo toda tu alegría, le dirás: ¡Oh esencia divina, objeto de todos mis deseos y única felicidad mía; cuánto me alegro que tú seas el principio infinito de todo el ser y perfección de las criaturas!

De la misma suerte, cuando vieres árboles, plantas, flores o cosas semejantes, considera que la vida que tienen no la tienen de sí, sino del espíritu que no ves y las vivifica, al cual podrás decir: Vos sois, Señor, la verdadera vida, de quien, en quién y por quien viven y crecen todas las cosas. ¡Oh única alegría de mi corazón! Asimismo, de la vista de los animales levantarás el pensamiento a Dios que les ha dado el sentido y movimiento, y le dirás: ¡Oh gran Dios, que moviendo todas las cosas en el mundo, sois siempre inmóvil en Vos mismo! ¡Cuánto me alegro de vuestra perpetua estabilidad y firmeza!

Cuando sintieres que se inclina tu afecto a la belleza de las criaturas, separa luego lo que

ves de lo que no ves; deja el cuerpo, y vuelve el pensamiento al espíritu. Considera que todo lo que parece hermoso a tus ojos viene de un principio invisible, que es la hermosura increada, y te dirás a ti misma: Estos no son sino destellos o arroyuelos de aquella fuente increada, o gotas de aquel piélago infinito de donde manan todos los bienes. ¡Oh cómo me alegro en lo íntimo del corazón pensando en la eterna belleza, que es origen y causa de todas las bellezas creadas!

Cuando vieres alguna persona en quien resplandezca la bondad, la sabiduría, la justicia o alguna otra virtud, distingue igualmente lo que tiene de sí misma, de lo que ha recibido del cielo, y dirás a Dios: ¡Oh riquísimo tesoro de todas las virtudes! Yo no puedo explicar la alegría que siento cuando considero que no hay algún bien que no proceda de Vos, y que todas las perfecciones de las criaturas son nada en comparación de las vuestras. Yo os alabo y bendigo, Señor, por éste y por todos los demás bienes que os habéis dignado comunicar a mi prójimo. Acordaos, Señor, de mi pobreza, y de la necesidad que tengo de tal y tal virtud.

Cuando hicieres alguna cosa, considera que Dios es la primera causa de aquella obra, y que tú no eres sino un vil instrumento; y levantando el pensamiento a su divina Majestad, le dirás: ¡Oh soberano Señor del mundo! Yo reconozco con alegría indecible que sin Vos no puedo obrar cosa alguna, y que Vos sois el primero y principal Artífice de todas.

Cuando comieres alguna vianda que sea de tu gusto, harás esta reflexión: que sólo el Creador es capaz de darle este gusto que encuentras, y que te es tan agradable; y poniendo en Él solo todas tus delicias, te dirás a ti misma: Alégrate, alma mía, de que, como fuera de Dios no hay verdadero ni sólido contento, así en solo Dios puedas verdaderamente deleitarte en todas las cosas.

Cuando percibieres algún olor suave y agradable no te detengas en el deleite o gusto que te causa; mas pasa con el pensamiento al Señor, de quien tiene su origen aquella fragancia, y con una interior consolación le dirás: Haced, Dios y Señor mío, que así como yo me alegro de que de Vos proceda toda suavidad, así mi alma, desasida de los placeres sensuales, no tenga cosa alguna que le impida elevarse a Vos, como el humo de un agradable incienso.

Finalmente, cuando oyeres alguna suave armonía de voces e instrumentos, volviéndote con el espíritu a Dios, dirás: ¡Oh Señor, Dios mío, cuánto me alegro de vuestras infinitas perfecciones, que unidas forman una admirable armonía y concierto, no solamente en Vos mismo sino también en los Ángeles, en los cielos y en todas las criaturas!

CAPÍTULO XXII

Cómo podrán ayudarnos las cosas sensibles para la meditación de los misterios de la vida y pasión de Cristo nuestro Señor.

Ya te he mostrado, hija mía, cómo podrás elevarte de la consideración de las cosas sensibles a la contemplación de las grandezas de Dios. Ahora quiero enseñarte el modo de servirte de estas mismas cosas para meditar y considerar los sagrados misterios de la vida y pasión de Jesucristo nuestro Redentor.

No hay cosa alguna en el Universo que no pueda servirte para este efecto.

Considera en todas las cosas a Dios, como única y primera causa que les ha dado el ser, la hermosura y la excelencia que tienen. Después admirarás su bondad infinita; pues siendo único principio y señor de todo lo creado, quiso humillar su dignidad y grandeza hasta hacerse hombre y vestirse de nuestras flaquezas, y sufrir una muerte afrentosa por nuestra salud, permitiendo que sus mismas criaturas lo crucificasen.

Muchas cosas podrán representarte particular y distintamente estos santos misterios, como armas, cuerdas, azotes, columnas, espinas, cañas, clavos, tenazas, martillos y otras cosas que fueron instrumentos de la sacratísima pasión.

Los pobres albergues nos traerán a la memoria el establo y pesebre en que quiso nacer el Señor. Si llueve podremos acordarnos de aquella divina lluvia de sangre que en el huerto salió de su sacratísimo cuerpo y regó la tierra. Las piedras que miráremos nos servirán de imágenes de las que se rompieron en su muerte. La tierra nos representará el movimiento que entonces hizo. El sol, las ti nieblas que lo oscurecieron. Cuando viéremos el agua, podremos acordarnos de la que salió de su sacratísimo costado; y lo mismo digo de otras cosas semejantes.

Si bebieres vino u otro licor, acuérdate de la hiel y vinagre que a tu divino Salvador presentaron sus enemigos. Si te deleitare la suavidad y fragancia de los perfumes, figúrate en tu imaginación el hedor de los cuerpos muertos que sintió en el Calvario. Cuando te vistieres, considera que el Verbo eterno se vistió de nuestra carne para vestirnos de su divinidad. Cuando te desnudares, imagínate que lo ves desnudo entre las manos de los verdugos para ser azotado y morir en la cruz por nuestro amor. Cuando oyeres algunos rumores o gritos confusos, acuérdate de las voces abominables de los judíos cuando, amotinados contra el Señor, gritaban que fuese crucificado: *Tolle, tolle, crucifige, crucifige*.

Todas las veces que sonare el reloj para dar las horas, te representarás la congoja, palpitación y angustias mortales que sintió en su corazón Jesús en el huerto, cuando empezó a temer los crueles tormentos que se le preparaban; o te figurarás que oyes los duros golpes de los martillos que los soldados le dieron cuando lo clavaron en la cruz. En fin, en cualesquiera dolores y penas que padecieres o vieres padecer a otro, considerarás que son muy leves en comparación de las incomprensibles angustias que penetraron y afligieron el cuerpo y el alma de Jesucristo en el curso de su pasión.

CAPÍTULO XXIII

De otros modos de gobernar nuestros sentidos según las ocasiones que se ofrecieren.

Después de haberte mostrado cómo podemos levantar nuestros espíritus de las cosas sensibles a las cosas de Dios, y a los misterios de la vida de Jesucristo, quiero también enseñarte otros modos de que podemos servirnos para diversos manjares con que puedan satisfacer a su devoción. Esta variedad será de grande utilidad y provecho, no solamente para las personas sencillas, sino también para las espirituales, porque no todas van por un mismo camino a la perfección, ni tienen el espíritu igualmente pronto y dispuesto para las más altas especulaciones.

No temas que tu espíritu se embarace y confunda con esta diversidad de cosas, si te gobiernas con la regla de la discreción y con el consejo de quien te guiare en la vida espiritual, cuya dirección deberás seguir siempre, así en éstas como en todas las demás advertencias que te haré.

Siempre que mirares tantas cosas hermosas y agradables a la vista, y que el mundo tiene en grande aprecio y estimación, considera que todas son vilísimas y como de barro en comparación de las riquezas y bienes celestiales, a que solamente (despreciando el mundo) debes aspirar de todo corazón.

Cuando miras el sol, imagina y piensa que tu alma, si se halla adornada de la gracia, es más hermosa y resplandeciente que el sol y que todos los astros del firmamento; pero que sin el adorno y hermosura de la gracia, es más oscura y abominable que las mismas tinieblas del infierno.

Alzando los ojos corporales al cielo, pasa adelante, con los del entendimiento, hasta el empíreo, y considera que es lugar prevenido para tu feliz morada por una eternidad, si en este mundo vi vieres cristianamente.

Cuando oyeres cantar los pájaros, acuérdate del paraíso, donde se cantan incesantemente a Dios himnos y cánticos de alabanza (Ap. XIX); y pide al mismo tiempo al Señor que te haga digna de alabarle eternamente en compañía de los espíritus celestiales.

Cuando advirtieres que te deleita y hechiza la belleza de las criaturas, imagina que debajo de aquella hermosa apariencia se oculta la serpiente infernal, pronta, a morderte para inficionarte con su veneno, y quitarte la vida de la gracia; y con santa indignación le dirás: Huye, maldita serpiente, en vano te ocultas para devorarme. Después, volviéndote a Dios, le dirás: Bendito seáis, Señor, que os habéis dignado descubrirme mi enemigo y salvarme de sus asechanzas. Y luego retírate a las llagas de tu Redentor como a un asilo seguro, y ocupa tu espíritu con los dolores incomprensibles que padeció en su sacratísima carne para librarte del pecado, y hacerte odiosos los deleites sensuales.

Otro medio quiero enseñarte para defenderte de los atractivos de las hermosuras creadas, y es que pienses y consideres qué vendrán a ser, después de la muerte, estos objetos que te parecen ahora tan hermosos. Cuando caminares, acuérdate de que a cada paso que das te acercas a la muerte. El vuelo de un pájaro, el curso de un río impetuoso, te advierten que tu vida corre y vuela con mayor velocidad a su fin.

En la tempestad de vientos, relámpagos y truenos, acuérdate del tremendo día del juicio; y postrándote profundamente en la presencia de Dios, lo adorarás pidiéndole con

humildad que te conceda gracia y tiempo para disponerte y prepararte, de suerte que puedas comparecer entonces con seguridad delante de su altísima Majestad.

En la variedad de accidentes a que está sujeta la vida humana; te ejercitarás de esta manera: Si, por ejemplo, te hallares oprimida de algún dolor o tristeza, si padecieres calor o frío o alguna otra incomodidad, levanta tu espíritu al Señor, y adora el orden inmutable de su providencia, que por tu bien ha dispuesto que en aquel tiempo padezcas aquella pena o trabajo; y reconociendo con alegría el amor tierno y paternal que te muestra, y la ocasión que te da de servirle en lo que más le agrada, dirás dentro de tu corazón: Ahora se cumple verdaderamente en mí la voluntad de Dios, que tan benigna y amorosamente dispuso en su eternidad que yo padeciese esta mortificación. Sea para siempre bendito y alabado.

Cuando se despertare en tu alma algún buen pensamiento, vuélvete luego a Dios, y reconociendo que debes a su bondad y misericordia este favor, le darás con humildad las gracias.

Si leyeres algún libro espiritual y devoto, imagínate que el Señor te habla en aquel libro para tu instrucción, y recibe sus palabras como si saliesen de su divina boca.

Cuando miras la cruz, considérala como el estandarte de Jesucristo, tu Capitán; y entiende que si te apartas de este sagrado estandarte, caerás en las manos de tus más crueles enemigos; pero si lo sigues constantemente, te harás digna de entrar algún día en triunfo en el cielo, cargada de gloriosos despojos.

Cuando vieres alguna imagen de María santísima, ofrece tu corazón a esta Madre de misericordia, muéstrale el gozo y alegría que sientes de que haya cumplido siempre con tanta diligencia y fidelidad la voluntad divina; de que haya dado al mundo a tu Redentor, y lo haya sustentado de su purísima leche; y en fin, dale muchas bendiciones y gracias por la asistencia y socorro que da a todos los que la invocan en este espiritual combate contra el demonio.

Las imágenes de los Santos te representarán a la memoria aquellos dignos y generosos soldados de Jesucristo, que combatiendo valerosamente hasta la muerte, te han abierto el camino que debes seguir para llegar a la gloria.

Cuando vieres alguna iglesia, entre otras devotas consideraciones, pensarás que tu alma es templo vivo de Dios (I Co. II id. IV), y que como estancia y morada suya, debes conservarla pura y limpia.

En cualquier tiempo que se tocare la campana para la Salutación angélica, podrás hacer alguna nueva reflexión sobre las palabras que preceden a cada Ave María. En el primer toque o señal darás gracias a Dios por aquella célebre embajada que envió a María santísima, y fue el principio de nuestra salud. En el segundo, te congratularás con esta purísima Señora de la alta dignidad a que la sublimó Dios en recompensa de su profundísima humildad. En el tercero, adorarás al Verbo encarnado, y al mismo tiempo darás a tu bienaventurada Madre y al arcángel San Gabriel el honor y culto que merecen. En cada uno de estos toques será bien que se incline un poco la cabeza en señal de reverencia, y particularmente en el último.

A más de estas breves meditaciones, que podrás practicar igualmente en todos tiempos,

quiero, hija mía, enseñarte otras de que podrás servirte por la tarde, por la mañana y al mediodía, y pertenecen al misterio de la pasión de nuestro Señor; porque todos estamos obligados a pensar frecuentemente en el cruel martirio que entonces padeció nuestra Señora, y sería en nosotros monstruosa ingratitud el no hacerlo.

Por la tarde pensarás en el dolor y pena de esta purísima Señora, por el sudor de sangre, prisión en el huerto, y angustias interiores de su santísimo Hijo en aquella triste noche. Por la mañana, compadécete de la aflicción que tuvo cuando con tanta ignominia presentaron a su Hijo ante Pilato y Herodes, y cuando lo condenaron a muerte, y obligaron a llevar la cruz sobre sus espaldas para ir al lugar del suplicio.

Al mediodía considera aquella espada de dolor que penetró el alma de esta Madre afligida por la crucifixión y muerte del Señor, y por la cruel lanzada que recibió, ya difunto, en su sacratísimo costado.

Estas piadosas reflexiones sobre los dolores y penas de nuestra Señora, las podrás hacer desde la tarde del jueves hasta el mediodía del sábado; las otras, en los otros días. Pero en éstos seguirás siempre tu devoción particular, según te sintieres movida de los objetos exteriores.

Finalmente, para explicarte en pocas palabras el modo como debes usar de los sentidos, sea para ti regla inviolable el no dar entrada en tu corazón al amor o a la aversión natural de las cosas que se te presentaren, reglando de tal suerte todas tus inclinaciones con la voluntad divina, que no te determines a aborrecer o amar sino lo que Dios quiere que aborrezcas o ames.

Pero advierte, hija mía, que aunque te doy todas estas reglas para el buen uso y gobierno de tus sentidos, no obstante, tu principal ocupación ha de ser siempre estar recogida dentro de ti misma en el Señor, el cual quiere que te ejercites interiormente en combatir tus viciosas inclinaciones, y en producir actos frecuentes de virtudes contrarias. Solamente te las enseño y propongo para que sepas gobernarte en las ocasiones en que tuvieres necesidad; porque has de saber que no es medio seguro para aprovechar en la virtud el sujetarnos a muchos ejercicios exteriores, que aunque de sí son loables y buenos, no obstante muchas veces no sirven sino para embarazar el espíritu, fomentar el amor propio, entretener nuestra inconstancia, y dar lugar a las tentaciones del enemigo.

CAPÍTULO XXIV

Del modo de gobernar la lengua.

La lengua del hombre, para ser bien gobernada, necesita freno que la contenga dentro de las reglas de la sabiduría y discreción cristiana; porque todos somos naturalmente inclinados a dejarla correr y discurrir libremente sobre lo que agrada y deleita a los sentidos.

El hablar mucho nace ordinariamente de nuestra soberbia y presunción; porque persuadiéndonos de que somos muy entendidos y sabios, nos esforzamos con sobradas réplicas a imprimirlos en los ánimos de los demás, pretendiendo dominar en las conversaciones, y que todo el mundo nos escuche como maestros.

No se pueden explicar con pocas palabras los daños que nacen de este detestable vicio. La locuacidad es madre de la pereza, indicio de ignorancia y de locura, ocasiona la detracción y la mentira, entibia el fervor de la devoción, fortifica las pasiones desordenadas, y acostumbra a la lengua no decir sino palabras vanas, indiscretas y ociosas.

No te alargues jamás en discursos y razonamientos prolijos con quien no te oye con gusto, para no darle enfado; y haz lo mismo con quien te escucha cortesantemente, para no exceder los términos de la modestia.

Huye siempre de hablar con demasiado énfasis y alta voz, porque ambas cosas son odiosas, y muestran mucha presunción y vanidad.

No hables jamás de ti misma, de tus cosas, de tus padres o de tus parientes, sino cuando te obligare la necesidad, y entonces lo harás muy brevemente y con toda la moderación y modestia posible; y si te pareciere que alguno habla sobradamente de sí y de sus cosas, no por eso lo menosprecies; pero guárdate de imitarle, aunque sus palabras no se dirijan sino a la acusación y al menosprecio de sí mismo y a su propia confusión.

Del prójimo y de las cosas que le pertenecen no hables jamás sino cuando se ofreciere la ocasión de confesar su mérito y su virtud, para no defraudarle de la aprobación o alabanza que se le debe. Habla con gusto de Dios, y particularmente de su amor y de su bondad infinita. Pero temiendo que puedes errar en esto, y no hablar con la dignidad que conviene, gustarás más de escuchar con atención lo que otros dijeren, conservando sus palabras en lo íntimo de tu corazón.

En cuanto a los discursos y razonamientos profanos, si llegaren a tus oídos, no permitas que entren en tu corazón; pero si te fuere forzoso escuchar al que te habla, para responderle, no dejes de dar con el pensamiento una breve vista al cielo donde reina tu Dios, y desde donde aquella soberana Majestad no se desdeña de mirar tu profunda bajeza.

Examina, bien todo lo que quisieres decir antes que del corazón pase a la lengua. Procura usar en esto de toda la circunspección posible; porque muchas veces se fían inadvertidamente a la lengua algunas cosas que deberían sepultarse en el silencio; y no pocas palabras que en la conversación parecen buenas y dignas de decirse, sería mejor suprimirlas; lo cual se conoce claramente pasada la ocasión del razonamiento.

La virtud del silencio, hija mía, es un poderoso escudo en el combate espiritual, y los que

lo guardan pueden prometerse con seguridad grandes victorias; porque ordinariamente desconfían de sí mismos, confían en Dios, sienten mucho atractivo hacia la oración, y una grande inclinación y facilidad para todos los ejercicios de la virtud.

Para aficionarte y acostumbrarte al silencio, considera a menudo los grandes bienes que proceden de esta virtud, y los males infinitos que nacen de la locuacidad y de la destemplanza de la lengua (Jacob. III, 2 et seqs.); pero si quieres adquirir en breve tiempo esta virtud, procura callar, aun cuando tuvieres ocasión o motivo de hablar, con tal que tu silencio no te cause a ti o al prójimo algún perjuicio. Huye sobre todo de las conversaciones profanas; prefiere la compañía de los Ángeles, de los Santos, y del mismo Dios, a la de los hombres. Acuérdate, finalmente, de la difícil y peligrosa guerra que tienes dentro y fuera de ti misma, porque viendo cuánto tienes que hacer para defenderte de tus enemigos, dejarás sin dificultad las conversaciones y discursos inútiles.

CAPÍTULO XXV

Que para combatir bien contra los enemigos, debe el soldado de Cristo huir cuanto le fuere posible de las inquietudes y perturbaciones del corazón.

Así como cuando hemos perdido la paz del corazón, debemos emplear todos los esfuerzos posibles para recobrarla; así has de saber, hija mía, que no puede ocurrir en el mundo accidente alguno que deba quitarnos este inestimable tesoro.

De los pecados propios no es dudable que debemos dolernos; pero con un dolor tranquilo y pacífico, como muchas veces he dicho. Asimismo, justo es que nos compadezcamos de otros pecadores, y que a lo menos interiormente lloremos su desgracia; pero nuestra compasión, como nacida puramente de la caridad, ha de estar libre y exenta de toda inquietud y perturbación de ánimo.

En orden a los males particulares y públicos a que estamos sujetos en este mundo, como son las enfermedades, las heridas, la muerte, la pérdida de los bienes, de los parientes y de los amigos; la peste, la guerra, los incendios y otros muchos accidentes tristes y trabajosos, que los hombres aborrecen como contrarios a la naturaleza, podemos siempre, con el socorro de la gracia, no solamente recibirlos sin repugnancia, de la mano de Dios, sino también abrazarlos con alegría y contento, considerándolos, o como castigos saludables para los pecadores, o como ocasiones de mérito para los justos.

Por estos dos fines, hija mía, suele Dios afligirnos; pero si nuestra voluntad estuviere resignada en la suya, gozaremos de perfecta paz y quietud interior entre todas las amarguras y contrariedades de esta vida. Y has de tener por cierto, que toda la inquietud desagrade a sus divinos ojos; porque de cualquiera naturaleza que sea, nunca se halla sin alguna imperfección, y procede siempre de una raíz, que es el amor propio.

Procura, pues, hija mía, acostumbrarte a prever desde lejos todos los accidentes que puedan inquietarte, y prepárate a sufrirlos con paciencia. Considera que los males presentes no son efectivamente males, que no son capaces de privarnos de los verdaderos bienes, y que Dios los envía o los permite por los dos fines que hemos dicho; o por otros que nos son ocultos, pero que no pueden dejar de ser siempre muy justos.

Conservando de esta suerte un espíritu siempre igual entre los diversos accidentes de esta vida, aprovecharás mucho, y harás grandes progresos en la perfección; pero sin esta igualdad de espíritu todos tus ejercicios serán inútiles y de ningún provecho. Además de esto, mientras tuvieres inquieto y turbado el corazón, te hallarás expuesta a los insultos del enemigo, y no podrás en este estado descubrir la senda y verdadero camino de la virtud.

El demonio procura con todo esfuerzo desterrar la paz de nuestro corazón; porque sabe que Dios habita en la paz, y que la paz es el lugar en que suele obrar cosas grandes. De aquí nace que no hay artificio de que no se sirva para robarnos este inestimable tesoro, y a este fin nos inspira diversos deseos que parecen buenos y son verdaderamente malos. Este engaño se puede conocer fácilmente, entre otras señales, en que tales deseos nos quitan la paz y quietud del corazón.

Para remediar un daño tan grave, conviene que, cuando el enemigo se esfuerza a excitar en ti algún nuevo deseo, no le des entrada en tu corazón sin que primeramente, libre y desnuda de todo afecto de propiedad y querer, ofrezcas y presentes a Dios este nuevo

deseo; y, confesando tu ceguera e ignorancia, le pidas con eficacia que su divina luz te haga conocer si viene de su Majestad o del enemigo. Recurre también, cuando pudieres, al consejo de tu padre espiritual.

Aun cuando estuvieres cierta y segura de que el deseo que se forma en tu corazón es un movimiento del Espíritu Santo, no debes ponerlo en obra sin haber mortificado primero tu demasiada vivacidad; porque una buena obra, a la cual precede esta mortificación, es más perfecta y más agradable a Dios que si se hiciese con un ardor y ansia natural; y muchas veces la buena obra le agrada menos que esta mortificación.

De esta suerte, desechando y repeliendo los deseos no buenos, y no efectuando los buenos sino después de haber reprimido los movimientos de la naturaleza, conservarás tu corazón libre de todo peligro y perfectamente tranquilo.

Para conservar esta paz y tranquilidad del corazón, conviene también que lo defiendas y guardes de ciertas represiones o remordimientos interiores contra ti misma, que si bien nos parece que vienen de Dios, porque te acusan de alguna verdadera falta, no obstante, no vienen sino del demonio. Por sus frutos conocerás la raíz (Mt. VII) de donde proceden. Si los remordimientos de conciencia te humillan, si te hacen más diligente y fervorosa en el ejercicio y práctica de las buenas obras, y no disminuyen tu confianza en la divina misericordia, debes recibirlos con gratitud y reconocimiento, como favores del cielo; pero si te inquietan, te turban y te confunden; si te hacen pusilánime, tímida y perezosa en el bien, debes creer que son sugerencias del enemigo; y así, sin darles oído, proseguirás tus ejercicios.

Mas como fuera de todo esto nuestras inquietudes nacen comúnmente de los males de esta vida, para que puedas defenderte y librarte de estos golpes, has de hacer dos cosas:

La primera, considerar qué es lo que estos males pueden destruir en nosotros, si es el amor de la perfección o el amor propio. Si no destruyen más que el amor propio, que es nuestro capital enemigo, no debemos quejarnos; antes bien, aceptarlos con alegría y reconocimiento, como gracias que Dios nos hace, y como socorros que nos envía; pero si pueden apartarnos de la perfección, y hacernos aborrecible y odiosa la virtud, no por esto debemos desalentarnos ni perder la paz del corazón, como veremos en el capítulo siguiente. La otra cosa es que, levantando tu espíritu a Dios, recibas indiferentemente todo lo que te viniere de su divina mano, persuadiéndote de que las mismas cruces que nos envía son para nosotros fuente de infinitos bienes que entonces no apreciamos porque no los conocemos.

CAPÍTULO XXVI

De lo que debernos hacer cuando hemos recibido alguna herida en el combate espiritual.

Cuando te sintieres herida, esto es, cuando conocieres que has cometido alguna falta, o por pura fragilidad o con reflexión y malicia, no por esto te desanimes o te inquietes; mas volviéndote luego a Dios, le dirás con humilde confianza:

Ahora, Dios mío, acabo de mostrar lo que soy; porque ¿qué podía esperarse de una criatura flaca y ciega como yo, sino caídas y pecados?

Gasta, después un breve rato en la consideración de tu propia vileza, y, sin confundirte, enójate contra tus pasiones viciosas, y principalmente contra aquella que fue causa de tu caída, y proseguirás diciendo: No hubiera yo parado aquí, Dios mío, si por vuestra bondad infinita Vos no me hubierais socorrido.

Aquí le darás muchas gracias, y amándole más fervorosamente admirarás su infinita clemencia; pues siendo ofendido de ti, te da su poderosa mano para que no caigas de nuevo.

En fin, llena de confianza en su misericordia, le dirás: Obrad Vos, Señor, como quien sois; perdonadme las ofensas que os he hecho, no permitáis que yo viva un solo instante apartada de Vos, y fortificadme de tal suerte con vuestra gracia que yo no os ofenda jamás.

Hecho esto, no te detengas en pensar si Dios te ha perdonado o no; porque esto no es otra cosa que soberbia, inquietud de espíritu, pérdida de tiempo o engaño del demonio, que con pretextos especiosos procura causarte inquietud y pena. Ponte libremente en las piadosas manos de tu Creador, y continúa tus ejercicios con la misma tranquilidad que si no hubieras cometido alguna falta; y aunque hayas caído muchas veces en un mismo día, no te desalientes ni pierdas jamás tu confianza en Dios; practica lo que te he dicho, en la segunda, en la tercera y en la última vez, como en la primera. Concibe un grande menosprecio de ti misma, y un santo horror del pecado, y esfuérzate a vivir en adelante con mayor cuidado y cautela.

Este modo de combatir contra el demonio agrada mucho al Señor; y reconociendo este astuto enemigo que no hay arma tan poderosa para quebrantar su orgullo y desarmar los ocultos lazos que siembra en el camino del espíritu, como este santo ejercicio, no hay artificio de que no se valga para obligarnos a que lo dejemos, y muchas veces logra su intento por nuestra inadvertencia y descuido en velar sobre nosotros mismos.

Por esta causa, hija mía, cuanto mayor fuere la repugnancia y dificultad que sintieres en el uso de un ejercicio tan importante, tanto mayores han de ser tus esfuerzos para violentarte y vencerte a ti misma.

Y no te contentes con practicarlo una sola vez, mas repítelo muchas veces, aunque no hayas cometido sino una sola falta; y si después de tu caída te sintieres inquieta, confusa y desconfiada, la primera cosa que has de hacer es recobrar la paz del corazón y la confianza; después levantarás tu espíritu al Señor, persuadiéndote de que la inquietud que sigue a la culpa no tiene por objeto su ofensa sino el daño propio.

El modo de recobrar esta paz es que por entonces te olvides enteramente de tu caída, y consideres únicamente la inefable bondad de Dios, que está siempre pronto y dispuesto a

perdonamos las más enormes faltas, y no se olvida de nosotros ni omite medio alguno para llamarnos, atraernos y unirnos a sí, a fin de sacrificarnos en esta vida y hacernos eternamente bienaventurados en la otra. Después que con estas o semejantes consideraciones hubieres calmado tu espíritu, podrás pensar en tu caída, y harás lo que te he dicho.

En fin, en el sacramento de la Penitencia, que te aconsejo frecuentes muy a menudo, reconoce y examina todas tus faltas, y con nuevo dolor de la ofensa de Dios, y propósito de no ofenderle más, las declararás sinceramente a tu padre espiritual.

CAPÍTULO XVII

*Del orden que guarda el demonio en combatir, así a los que quieren darse a la virtud,
como a los que se hallan en la servidumbre del pecado.*

Has de saber, hija mía, que el demonio nada desea con tanto ardor como nuestra ruina, y que no combate con todos de una misma suerte. Para empezar, pues, a descubrirete algunos de tus artificios y engaños, te representaré diferentes estados y disposiciones del hombre.

Algunos se hallan esclavos del pecado y no piensan en romper sus cadenas.

Otros desean salir de esta esclavitud, pero nunca empiezan la empresa.

Otros se persuaden de que siguen el camino de la perfección, pero andan muy apartados de él.

Otros, en fin, después de haber llegado a un grado muy alto de virtud, vienen a caer con mayor ruina y peligro. De todos discurriremos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XXVIII

*De los artificios que usa el demonio para acabar de perder a los que tiene ya en la
servidumbre del pecado.*

Cuando el demonio llega a tener un alma en la servidumbre del pecado, no hay artificio de que no se valga para cegarla más, y divertirla de cualquier pensamiento que pueda inducirle al conocimiento del infeliz estado en que se halla. No se contenta este espíritu de iniquidad con removerla de los pensamientos y buenas inspiraciones que la llaman a la conversión; mas procura empeñarla en las ocasiones, y le tiende continuamente peligrosos lazos, a fin de que caiga de nuevo en el mismo pecado o en otros más enormes; de donde nace que destituida de la divina luz, aumente de día en día sus desórdenes, y se endurezca más en el pecado. De esta suerte, corriendo continuamente sin ningún freno a la perdición, y precipitándose de tinieblas en tinieblas, y de abismo en abismo, se aleja siempre más del camino de la salud, y multiplica sus caídas si Dios no la detiene con un milagro de su gracia.

El remedio más eficaz y pronto para el que se halla en tan triste y funesto estado es que reciba sin resistencia las inspiraciones divinas que lo llaman de las tinieblas a la luz, y del vicio a la virtud; y que clame fervorosamente a su Creador: ¡Ah Señor, asistidme, asistidme: acudid prontamente en mi socorro; no permitáis que viva más tiempo sepultado en la sombra de la muerte y del pecado! Repita muchas veces éstas o semejantes palabras, y si le fuere posible, acuda luego a su padre espiritual para pedirle ayuda y consejo contra su enemigo; pero si no pudiere ir luego a su padre espiritual, recurra prontamente a un Crucifijo, postrándose a sus sacratísimos pies, con el rostro en tierra; y alguna vez a María santísima, implorando su misericordia y su ayuda. Y sabe, hija mía, que en esta diligencia consiste la victoria, como verás en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIX

De las invenciones de que se sirve el demonio para impedir la entera conversión de los que hallándose convencidos del mal estado de su conciencia, desean corregir y reformar su vida; y de dónde nace que los buenos deseos y resoluciones muchas veces no tengan efecto.

Los que conocen el mal estado de su conciencia, y desean mudar de vida, se dejan ordinariamente engañar del demonio con estos artificios:

Después, después, mañana, mañana: quiero primeramente desembarazarme de este negocio, y después me daré con mayor quietud al espíritu.

Este es un lazo en que han caído y caen continuamente innumerables almas; pero no se debe atribuir la causa de esta infelicidad sino a suma negligencia y descuido, pues en un negocio en que se interesa su eterna salud, y el honor y gloria de Dios, no recurren con prontitud a aquella arma tan poderosa: Ahora, ahora, ¿y para qué después? Hoy, hoy, ¿y por qué mañana? diciéndose a sí mismo: ¿Quién sabe si yo veré el día de mañana? Mas aun cuando yo tuviere de esto una indubitable certeza, ¿es querer salvarme, el diferir mi penitencia? ¿es querer alcanzar la victoria, el hacer nuevas heridas?

Para evitar, pues, esta ilusión funesta, y la que he tocado en el capítulo precedente, es necesario que el alma obedezca con prontitud a las inspiraciones del cielo, porque los propósitos solos muchas veces son ineficaces y estériles; y así, infinitas almas quedan engañadas con buenas resoluciones por diversos motivos.

El primero, de que tratamos arriba, es porque nuestros propósitos no se fundan en la desconfianza propia, y en la confianza de Dios; y nuestra grande soberbia no permite que conozcamos de dónde procede este engaño y ceguedad. La luz para alcanzar este conocimiento, y el remedio para curar este mal, vienen de la bondad de Dios, el cual permite que caigamos a fin de que, instruidos y adoctrinados con nuestras propias caídas, pasemos de la confianza que ponemos en nuestras fuerzas a la que debemos poner únicamente en su gracia; y de un orgullo, casi imperceptible, a un humilde conocimiento de nosotros mismos; y así, si quieres que tus buenas resoluciones y propósitos sean eficaces, es necesario que sean constantes y firmes; y no pueden serlo si no tienen por fundamento la desconfianza de nosotros mismos, y la confianza de Dios.

El segundo, porque cuando nos movemos a formar estos buenos deseos y resoluciones nos proponemos únicamente la hermosura y la excelencia de la virtud, que por sí misma atrae poderosamente las voluntades más flacas, y no consideramos los trabajos que cuesta el adquirirla; de donde nace que, a la menor dificultad, un alma tímida y pusilánime se acobarda y se retira de la empresa.

Por esta causa, hija mía, conviene que te enamores más de las dificultades con que se adquieren las virtudes, que de las virtudes mismas, y que alimentes tu voluntad de estas dificultades, preparándote a vencerlas según las ocasiones; y sabe que cuanto más generosamente las abrazares tanto más fácil y libremente te vencerás a ti misma, triunfarás de tus enemigos, y adquirirás las virtudes.

El tercero, porque nuestros propósitos muchas veces no miran a la virtud y a la voluntad divina, sino al interés propio, el cual se aviva en las resoluciones que se forman cuando abundan consolaciones y gustos espirituales, pero principalmente en las que se forman en el tiempo de las adversidades y tribulaciones. Porque no hallando entonces algún alivio nuestros males, hacemos propósitos de darnos enteramente a Dios, y de no aplicarnos

sino a los ejercicios de la virtud.

Para no caer en este inconveniente, procura en el tiempo de las delicias y gustos espirituales ser muy circunspecta y humilde en los propósitos y resoluciones, y particularmente en las promesas y votos; mas cuando te hallares atribulada, todos tus propósitos se han de dirigir únicamente a llevar con paciencia la cruz que el Señor te envía, y a exaltarla, rehusando todos los consuelos y alivios de la tierra, y aun del cielo. No has de pedir ni desear otra cosa sino que la mano poderosa de Dios te sostenga en tus males, para que puedas tolerarlos sin algún menoscabo de la virtud de la paciencia, y sin desagrado de Dios.

CAPÍTULO XXX

Del engaño de algunos que piensan que están en el camino de la perfección.

El enemigo, vencido en el primero y segundo asalto, recurre al tercero, el cual consiste en hacer que nos olvidemos de las pasiones y vicios que actualmente nos combaten, y nos ocupemos en deseos y vanas ideas de una perfección imaginaria y quimérica, a que sabe muy bien que no llegaremos jamás.

De aquí nace el que recibamos continuas y peligrosas heridas, y no pensemos en aplicar el remedio; porque estos deseos y resoluciones quiméricas nos parecen verdaderos afectos, y con una secreta vanidad nos persuadimos de que hemos llegado ya a un alto y eminente grado de santidad. De esta suerte, no pudiendo sufrir la menor pena ni la menor injuria, gastamos inútilmente el tiempo en formar en la meditación vanos propósitos de sufrir los mayores tormentos, y aun las mismas penas del purgatorio por amor de Dios; y como en esto la parte inferior no siente repugnancia, como en cosa que aún está por venir, nos atrevemos a compararnos con los que verdaderamente sufren grandes trabajos con una paciencia invencible.

Para evitar este engaño, es necesario que te determines a combatir y pelear con los enemigos, que efectivamente y de cerca te hacen guerra; y por aquí vendrás a conocer si tus resoluciones han sido aparentes o verdaderas, flacas o firmes, tímidas o generosas; y caminarás a la virtud y a la perfección por la senda real y verdadera que han seguido todos los Santos.

Mas con los enemigos que no acostumbran molestarte, no te aconsejo te empeñes de antemano, si no es cuando receas probablemente que dentro de breve tiempo te han de asaltar; en tal caso, para que te halles prevenida y fuerte, será lícito anticipar algunos propósitos.

Pero nunca reputes por efectos tus resoluciones, aunque por algún tiempo te hayas ejercitado en las virtudes con la regla debida; antes bien procura ser cauta, y humilde, y recelándote de ti misma y de tu flaqueza, y confiando únicamente en Dios, recurre frecuentemente a su bondad, y pídele la fortaleza en el combate, y que te preserve de los peligros, sobre todo de cualquiera presunción y confianza de ti misma.

Con estas prevenciones, hija mía, aunque no podamos vencer algunos defectos leves, que muchas veces permite Dios en nosotros para que nos humillemos, y no perdamos el bien que hubiéramos adquirido con nuestras buenas obras, nos será lícito proponernos un grado más alto de perfección.

CAPÍTULO XXXI

*Del engaño y de la guerra que nos suele hacer el demonio para que dejemos el camino
que nos lleva a la virtud.*

El cuarto artificio de que se sirve nuestro enemigo para engañarnos, cuando reconoce que caminamos derechamente a la virtud, es inspirarnos diversos buenos deseos, a fin de que, dejando los ejercicios de la virtud que nos son propios y convenientes, nos empeñemos insensiblemente en el vicio.

Por ejemplo: si una persona enferma sufre su mal con paciencia, este enemigo de nuestro bien, temiendo que de esta manera podrá adquirir el hábito de esta virtud, le propone otras muchas buenas obras que pudiera ejercitar en otro estado; y la induce con sagacidad a que se persuada y crea que si tuviese salud serviría mejor a Dios, y sería más útil para sí y para el prójimo. Apenas ha excitado en ella los vanos deseos de recobrar la salud, los enciende y aumenta en su corazón de tal suerte, que venga a inquietarse y afligirse, porque no puede conseguir lo que quiere; y como al paso que sus deseos se van aumentando crece su inquietud y desasosiego, viene el demonio a conseguir su intento; porque, finalmente, la induce a que lleve con impaciencia su enfermedad, mirándola como impedimento de las buenas obras que desea ejecutar, so pretexto de adelantar en la virtud.

Después de tenerla en este estado, con la misma destreza le quita de la memoria, el fin del servicio de Dios, y de la bondad de las obras, y la deja con solo el deseo de verse libre de la enfermedad; y porque no le sucede conforme quiere, se perturba de modo que viene a ponerse impaciente de todo punto; y así, de la virtud que deseaba practicar, viene a caer insensiblemente en el vicio contrario.

El modo de preservarte de este engaño es que, cuando te hallares en algún trabajo, atiendas con mucha advertencia a no dar entrada, en tu corazón a semejantes deseos; porque por no poderlos ejecutar en aquella ocasión, probablemente te han de inquietar. Conviene, hija mía, que en estos casos te persuadas con un verdadero sentimiento de humildad y resignación, que cuando Dios te sacase del estado penoso en que te hayas, todos los buenos deseos que concibes ahora, no tendrían entonces por tu natural inestabilidad el efecto que tú te figuras; o, a lo menos, imagina y piensa que el Señor por una secreta disposición de su providencia, o en castigo de tus pecados, no quiere que tengas la complacencia y gusto de hacer aquella buena obra, sino que te sujetes y rindas a su voluntad, y te humilles bajo su suave y poderosa mano.

Asimismo, hija mía, cuando te vieres obligada, o por orden de tu padre espiritual, o por alguna otra causa, a interrumpir tus devociones ordinarias, o abstenerte por algún tiempo de la santa Comunión, no te dejes abatir y dominar de la melancolía y tristeza, sino renuncia interiormente a tu propia voluntad, y conformándote con la de Dios, te dirás a ti misma: Si Dios, que conoce el fondo de mi alma, no viese en mí ingratitudes y defectos, yo no sería privada ahora de la santa Comunión; sea su nombre eternamente bendito y alabado, pues se digna descubrirme por este medio mi indignidad. Yo creo firmemente, Señor, que en todas las aflicciones que Vos me enviáis, no queréis ni deseáis de mi otra cosa sino que, sufriendoles con paciencia, y con deseo de agradaros, os ofrezca un corazón siempre rendido a vuestra voluntad, y siempre pronto a recibiros, a fin de que,

entrando Vos en él, podáis llenarlo de consolaciones espirituales, y defenderlo contra todas las fuerzas del infierno que os lo procuran robar. Haced, oh Creador y Salvador mío, haced de mí lo que sea más agradable a vuestros ojos. Sea vuestra divina voluntad ahora y siempre mi apoyo, manjar y sustento. La única gracia que os pido es que mi alma, purificada de todo lo que desagrada a vuestros ojos, y adornada de todas las virtudes, se vea en estado que pueda no solamente recibiros, sino también ejecutar todo lo que fuere de vuestro divino beneplácito ordenarme.

Si guardares estos preceptos, puedes estar cierta y segura que los buenos deseos que tuvieres, y no puedes poner en obra, ya procedan puramente de la naturaleza, ya vengan del demonio a fin de hacerte aborrecible y odiosa la virtud, o ya te los inspire Dios para hacer prueba de tu resignación en su divina voluntad, siempre te serán ocasión y motivo para hacer algún progreso en el camino de la perfección, y para servir al Señor en el modo que le es más agradable, y en esto, hija mía, consiste la verdadera devoción.

Advierte también que cuando, para curarte de alguna dolencia, o librarte de alguna incomodidad, usares de aquellos remedios inocentes y lícitos de que suelen servirse los Santos y siervos de Dios, no deberás hacerlo con deseo y demasiada voluntad de que las cosas sucedan según tu inclinación y gusto; mas úsalos porque Dios quiere que los usemos en nuestras dolencias, porque no sabemos si por estos medios o por otros mejores, su divina Majestad ha resuelto librarnos de nuestros males. Si no te gobernares de esta manera, todo te sucederá muy mal; porque será muy posible que no consigas lo que desees apasionadamente, y entonces caerás con facilidad en el vicio de la impaciencia, o cuando menos, tu paciencia irá siempre acompañada de muchas imperfecciones que la harán menos agradable a Dios, y disminuirán mucho tu merecimiento.

Finalmente, quiero descubrirete un secreto artificio de nuestro amor propio que suele siempre encubrirnos y ocultarnos nuestros defectos, aunque sean muy visibles. Por ejemplo, cuando un enfermo se aflige, con exceso, de su dolencia, disimula esta imperfección con el celo de algún bien aparente, diciendo que su inquietud no es verdaderamente impaciencia, sino un justo sentimiento de que su enfermedad sea el castigo de sus pecados, o de que incomode o fatigue a quienes lo asisten. Lo mismo sucede a un ambicioso que se aflige y se inquieta porque no ha podido obtener el honor o la dignidad a que aspiraba; pues no atribuye su inquietud a su vanidad, sino a otros motivos de que en otras ocasiones no recibía alguna pena o disgusto.

Asimismo, un enfermo suele mostrar mucha compasión de los que le sirven; pero apenas se halla libre de sus males, no se duele ni se compadece de ellos cuando los ve sufrir las mismas incomodidades por causa de otros enfermos. De donde se reconoce evidentemente que su impaciencia no nace de la pena y molestia que ocasiona a los demás, sino de un secreto horror con que mira las cosas que son contrarias a su voluntad.

Si quieres, pues, hija mía, no caer en estos y otros errores, es necesario que te determines a sufrir con paciencia, como te he dicho, todas las cruces, penalidades y trabajos que te sucedieren en este mundo.

CAPÍTULO XXXII

Del último asalto y engaño con que procura el demonio que las mismas virtudes nos sean ocasiones de ruina.

Hasta en las virtudes adquiridas, no deja de tentarnos con sus engaños la antigua serpiente, para perdernos. Una de sus más sutiles estratagemas es servirse de nuestras propias virtudes para inducirnos a la complacencia y estimación de nosotros mismos, a fin de que caigamos después en el vicio de la soberbia y de la vanagloria.

Para huir de este peligro debes combatir siempre, y mantenerte firme en el verdadero conocimiento de ti misma, reconociendo que nada sabes, ni nada puedes, y que no hay en ti sino miserias y defectos, y no mereces sino la condenación eterna.

Procura imprimir en tu espíritu esta importante verdad para servirte de ella, en las ocasiones, como de una especie de fortificación de donde no debes salir jamás; y si te vinieren algunos pensamientos de presunción y vanagloria, resístelos y combátelos como enemigos peligrosos que conspiran a tu perdición y ruina.

Para adquirir un perfecto conocimiento de ti misma, te has de conducir de este modo: Todas las veces que hicieres reflexión sobre ti misma, y sobre tus obras, considera solamente lo que es propio tuyo, sin mezclar lo que es de Dios y de su gracia; fundando siempre el juicio que de ti formares sobre lo que tienes puramente de ti misma.

Si consideras, hija mía, el tiempo que ha precedido a tu nacimiento, hallarás que en todo aquel abismo de eternidad no has sido sino pura nada, y que no has obrado ni podido obrar la menor cosa para merecer el ser que tienes.

Si vuelves los ojos al tiempo en que subsistes por sola la bondad y misericordia de Dios, ¿qué serías tú sin el beneficio de la conservación? ¿Qué serías tú sino puramente nada? Porque es indudable que si Dios por solo un momento te dejase, al instante volverías al no ser de donde te sacó su mano omnipotente.

Es, pues, indubitable que no considerando sino lo que solamente te pertenece, y es propio tuyo en el ser natural, no debes estimarte a ti misma, ni desear que te estimen los demás.

En lo que toca al ser sobrenatural de la gracia, y al ejercicio de las buenas obras, no tiene tampoco causa alguna para ensoberbecerte; porque sin el socorro del cielo ¿qué mérito puedes tú adquirir, o qué bien puedes obrar por ti misma?

Por otra parte, si consideras la multitud de pecados, que has cometido o pudiste cometer (y hubieras sin duda cometido, si Dios no te hubiese preservado), hallarás que tus iniquidades, por la multiplicación no sólo de los días y de los años, sino también de las acciones y malos hábitos (por que un vicio llama a otro vicio), hubieran llegado a número casi infinito, y te hubieras hecho semejante a los mismos demonios. Todas estas consideraciones te inspirarán un grande menosprecio de ti misma, y te harán reconocer las infinitas obligaciones que tienes con Dios, atribuyéndote a ti solamente lo que es tuyo, y no quitando a su infinita bondad la gloria que se le debe.

Pero advierte, hija mía, que en el juicio que hicieres de ti misma y de tus obras, has de procurar siempre que no entre cosa alguna que no sea justa y verdadera; porque aunque te aventajes en el conocimiento de tu miseria a otros que, deslumbrados del amor propio, conciben una vana estimación de sí mismos, tú serás siempre más culpable que todos

ellos, si con todo el conocimiento que tienes de tus defectos, deseas pasar por santa en la opinión y juicio de los hombres.

Pues, para, que este conocimiento te libre de la vanagloria y te haga agradable a los ojos del que es Padre y modelo de los humildes, no basta, hija mía, que te desprecies a ti misma como indigna de todo bien y digna de todo mal; es necesario que desees también ser despreciada del mundo, que aborrezcas las alabanzas y ames los vituperios, y que, en las ocasiones que se ofrecieren, ejercites con gusto los más viles servicios y ministerios.

No hagas caso jamás de lo que se dirá o se pensará de ti cuando te vieren abrazar estos humildes ejercicios. Ocupate en ellos únicamente por el fin o motivo de tu propio abatimiento; mas no por una cierta presunción de ánimo y soberbia oculta, con que muchas veces, so color de generosidad cristiana, suelen menospreciarse los discursos de los hombres y sus opiniones y juicios.

Si sucediere, pues, alguna vez, que los demás te aman, te honran, y te estiman como buena, y alaban en ti algunas cualidades y gracias que has recibido del cielo, procura recogerte luego dentro de ti misma; y fundándote en los principios de verdad y de justicia, que quedan establecidos, dirás a Dios de todo corazón: Señor, no permitáis jamás que yo os usurpe vuestra gloria, atribuyendo a mis propias fuerzas lo que no es sino un puro efecto de vuestra gracia. *Tibi laus honor et gloria, mihi confusio* (I Par. XXIX. – Dn. IX): Para Vos, Señor, sea la alabanza, para Vos la honra y gloria, y para mí el oprobio y la confusión. Después volviendo el pensamiento a la persona que te alaba, dirás interiormente: ¿Qué motivo puede tener este hombre para alabarme? ¿Qué bondad, qué perfección ha visto en mí? Sólo Dios es bueno, y solamente sus obras son perfectas. Humillándote de esta suerte, te defenderás de la vanidad, y merecerás de día en día mayores dones y gracias.

Si por ventura la memoria de tus buenas obras produjere alguna vana complacencia en tu corazón, procura reprimirla luego, mirando estas buenas obras, no como cosas tuyas, sino de Dios, y diciendo con humildad como si hablaras con ellas: Yo no sé verdaderamente cómo habéis sido concebidas en mi corazón, ni cómo habéis salido de este abismo de corrupción y de iniquidad; porque no puedo ser yo quien os ha formado. Dios sólo es el que por su bondad os ha producido y os ha conservado; y así, a Él sólo reconozco por vuestro Padre y principal Autor; a Él sólo se deben las gracias; a Él sólo quiero yo darle, y es justo que se le den, todas las alabanzas.

Después de esto considera que todas las buenas obras que has hecho en todo el curso de tu vida, no solamente no han correspondido a la abundancia de luces y auxilios que se te han comunicado para conocerlas y practicarlas, sino que también han sido acompañadas de muchos defectos; y que no se halla en ellas aquella pureza de intención, aquel fervor y aquella diligencia con que debían ser ejercidas. Pues si las examinas con la atención que conviene, antes te causarán confusión y vergüenza que complacencia y vanagloria, porque sucede que las gracias que recibimos de Dios, puras y perfectas, las deslucimos y mancillamos con nuestras imperfecciones en todas nuestras obras.

Compara también tus acciones con las de los Santos y siervos de Dios, y te avergonzarás de la suma diferencia que hay de las unas a las otras, reconociendo con claridad que las

mejores y las mayores de todas tus obras son de muy poco valor en comparación de las de los Santos. Y si después pasas a compararlas con los trabajos de Jesucristo, cuya vida no fue otra cosa que una perpetua cruz, aun cuando no consideres la dignidad infinita de su persona, y solamente atiendas a la grandeza de sus penas, y al puro amor con que las ha sufrido, reconocerás con evidencia que todo cuanto has obrado y padecido en el curso de tu vida es de ninguna consideración.

En fin, si levantas los ojos al cielo para considerar la soberana majestad de Dios, y los servicios que merece, entenderás con claridad que todas tus buenas obras deben inspirarte más el temor que la vanidad. Por esta causa, en todas tus obras, aunque te parezcan muy perfectas y santas, debes decir siempre con un verdadero y profundo sentimiento de humildad: *Deus, propitius esto mihi peccatori* (Luc. XVII, 13). Tened, Señor, misericordia de mí, que soy una grande pecadora.

Guárdate también, hija mía, de descubrir con facilidad los dones y gracias que has recibido de Dios; porque esto desagrada siempre a su Majestad, como lo declaró el mismo Señor en el caso y doctrina que se sigue: Habiéndose aparecido un día a una sierva suya en la forma de un niño, y sin señal alguna de su divinidad, esta dichosa alma le pidió con simplicidad que dijese la salutación angélica. Hízolo luego el Señor, pero después de haber dicho: Bendita eres entre todas las mujeres, se detuvo, porque no quiso añadir lo que redundaba en alabanza suya, y rogándole esta bendita alma que prosiguiese, desapareció el celestial Niño dejándola llena de consolación, y convencida de la importancia de la humildad con el ejemplo que acababa de darle.

Aprende, pues, a humillarte en todas tus obras, mirándolas como espejos que te representan maravillosamente tu nada. Éste, hija mía, es el fundamento de todas las virtudes; porque como Dios en el principio del mundo creó de la nada a nuestro primer padre, así funda ahora todo el edificio espiritual sobre el conocimiento de esta verdad, porque por nosotros mismos nada somos. De suerte, que cuanto más profundamente nos abatimos y nos humillamos, tanto más se levanta el edificio (Vide D. Augnst. serm. 10 de verb. Domini); y a la medida que vamos cavando en la tierra de nuestras miserias, y descubrimos el fondo de nuestra nada, el divino Arquitecto pone las piedras sólidas y firmes que sirven para la fábrica del edificio. No te persuadas jamás, hija mía, de que puedes humillarte ni abatirte tanto cuanto es necesario; antes bien has de creer que, si pudiese darse algo infinito en la criatura, lo sería tu fragilidad y bajeza.

Con este conocimiento puesto en práctica lograremos todo el bien que se puede desear; pero sin él seremos poco menos que nada, aunque hagamos todo lo que hicieron los Santos, y aunque estemos siempre ocupados en la contemplación del mismo Dios.

¡Oh divino conocimiento, que nos haces felices en la tierra y gloriosos en el cielo! ¡Oh maravillosa luz, que sales de las tinieblas de nuestra nada para iluminar nuestras almas y levantar nuestros espíritus a Dios! ¡Oh piedra preciosa, no conocida, que brillas entre las inmundicias de nuestros pecados! ¡Oh nada, cuyo sólo conocimiento nos hace señores de todas las cosas!

Yo no podré jamás encarecer y ponderar bastantemente el valor y precio de esta perla evangélica. Si quieres honrar a la Majestad divina, debes menospreciarte a ti misma, y

desear que todos te menosprecien. Si quieres que Dios sea glorificado en ti, y ser glorificada en Él, conviene que te humilles y te sujetes a todo el mundo. Si quieres unírte con su infinita bondad, huye de la grandeza y de la elevación; porque Dios se aleja de los que quieren ser encumbrados. Elige siempre el último lugar, y obligarás a Dios a que descienda de su mismo trono (Lc. XIV, 10) para buscarte, para abrazarte y unírte consigo; y tanto mayor será la benignidad con que te admitirá en sus brazos, y el amor con que te unirá consigo, cuanto más te envilezcas a tus ojos, y desees ser menospreciada de todos.

Si Dios, que por tu amor se hizo el último de los hombres, te inspirare estos humildes sentimientos, no dejes de dar a su bondad infinita las debidas gracias, ni de reconocerte obligada a los que con injurias y menosprecios te ayudan a conservarlos.

Pero si, no obstante todas estas consideraciones tan poderosas en sí mismas, la malicia del demonio, nuestra ignorancia, y nuestra viciosa inclinación prevalecieren en nosotros de suerte que no dejen de inquietarnos los deseos de la propia exaltación, entonces deberemos humillarnos más profundamente a nuestros ojos, viendo por experiencia cuán poco hemos adelantado en el camino del espíritu, y en el verdadero conocimiento de nosotros mismos; pues no podemos librarnos de estos importunos deseos que tienen su raíz en nuestra vanidad y soberbia. De esta suerte haremos del veneno antídoto, y en el mismo mal hallaremos nuestro remedio.

CAPÍTULO XXXIII

*De algunos avisos importantes para mortificar
las pasiones y adquirir nuevas virtudes.*

Aunque te he dado diferentes documentos y reglas para enseñarte el modo de vencerte a ti misma, y de adornarte de las virtudes, todavía quiero añadir en este lugar algunas advertencias importantes. Primeramente, si quieres llegar a una sólida piedad, y adquirir un perfecto dominio de ti misma, no te aficiones o inclines a aquellos ejercicios espirituales que tienen determinados los días de la semana, esto es, un día para una virtud, y otro para otra.

El orden que debes observar es, entrar desde luego a combatir las pasiones que te hubieren hecho más cruda guerra, y que más te afligen y te atormentan al presente; y trabajar al mismo tiempo con todas tus fuerzas en adquirir en un grado eminente las virtudes contrarias a estas pasiones predominantes; pues, si llegares a poseer estas virtudes, adquirirás con prontitud y facilidad todas las demás; porque las virtudes se hallan de tal suerte unidas y eslabonadas entre si, que basta poseer una perfectamente para obtenerlas todas.

Lo segundo, no te prescribas ni te propongas jamás tiempo determinado para adquirir una virtud. No digas: yo emplearé tantos días, tantas semanas, tantos años; mas como un nuevo soldado que no ha visto todavía la cara del enemigo, combate y pelea siempre; y con continuas victorias procura abrirse camino a la perfección.

No te detengas ni estés un solo momento sin hacer algún progreso en dicho camino; porque parar en él, no es tomar aliento, fuerza o descanso, sino volver atrás, y quedar más flaco y cansado. Por parar o detenernos en el camino de la virtud, entiendo yo el persuadirnos de que hemos llegado ya al colmo de la perfección, y el hacer poco caso así de las ocasiones que nos convidan y llaman a nuevos actos de virtud, como de las faltas ligeras.

Por esta causa conviene que seas fervorosa, y solícita para no perder la menor ocasión que se te presentare de ejercitar la virtud. Ama, pues, y abraza de todo corazón las ocasiones que inducen a ella, principalmente cuando se hallan acompañadas de alguna dificultad; porque los esfuerzos que hicieres para vencerla, formarán en breve tiempo, y establecerán en tu alma los hábitos virtuosos. Ama también a los que te presentan estas ocasiones, y solamente procurarás huir con velocidad y presteza de las que puedan inducirte a las tentaciones de la carne.

Lo tercero, serás prudente, discreta, y moderada en las virtudes cuyo ejercicio puede causar daño al cuerpo; como son las disciplinas, cilicios, ayunos, vigiliias, meditaciones y cosas semejantes; porque estas virtudes se han de adquirir poco a poco y por grados, como luego diremos.

En las demás virtudes que son puramente interiores, y consisten en amar a Dios, en aborrecer el mundo, en menospreciarte a ti misma, en detestar el pecado, en ser dulce y paciente, y en amar a tus enemigos; no es necesario guardar medidas y reglas para adquirirlas, ni subir por grados a su perfección, antes deberás esforzarte a producir y ejercitar los actos en el modo más excelente y perfecto que te sea posible.

Lo cuarto, dirige todos tus pensamientos, todos tus deseos y todos tus cuidados a vencer

la pasión que combates, y a adquirir la virtud contraria. Esta victoria ha de ser todo tu amor y todo tu tesoro, mirándola como la cosa más ventajosa para ti, y más agradable a Dios.

Si comes o ayunas, si trabajas o descansas, si velas o duermes, si estás en casa o fuera de ella, si vacas a la vida contemplativa o a la activa; no has de tener otro fin que el de vencer esta principal pasión, y el de adquirir la virtud contraria.

Lo quinto, aborrece generalmente todos los placeres y comodidades del cuerpo; pues de este modo no te combatirán, sino muy flacamente, los vicios, los cuales reciben todo su vigor y fuerza de los atractivos del deleite.

Pero si al mismo tiempo que te ocupas en hacer guerra a algún vicio o deleite particular, buscas otros placeres terrenos, sabe, hija mía, que aunque estos placeres no sean sino culpas ligeras, no obstante será siempre duro y áspero tu combate, y muy incierta y dudosa la victoria.

Procura tener siempre muy presentes estas palabras de la Escritura: *Qui amat animam suam perdet eam, et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam aeternam custodit eam* (Jn, X 25). El que ama su alma la perderá; mas el que aborrece su alma en este mundo, la conservará para la vida eterna. Y estas otras: *Debitores sumus non carni, ut secundum carnem vivamus: si enim secundum carnem vixeritis, moriemini: si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis* (Rm. viii, 12, 13). Nosotros no somos esclavos de la carne para vivir según la carne: porque si viviereis según la carne, moriréis; mas si por el espíritu hiciereis morir los hechos de la carne, viviréis.

Últimamente, hija mía, será conveniente, y por ventura necesario, que hagas una confesión general con todas las disposiciones que se requieren para asegurarte más una perfecta reconciliación con Dios, que es la fuente de los auxilios y gracias, el autor de las victorias, y el distribuidor de las coronas.

CAPÍTULO XXXIV

Que las virtudes se han de adquirir poco a poco y por grados, ejercitándose primero en una virtud y después en otra.

Aunque el verdadero soldado de Cristo, que aspira a la más alta perfección, no debe poner límites a su aprovechamiento espiritual; conviene, no obstante, moderar y reprimir con la prudencia algunos indiscretos fervores de espíritu, que abrasados con demasiado calor en los principios, nos abandonan después y nos dejan sin fuerzas en medio de la guerra.

Por esta causa, además de lo que dejo advertido en orden al modo de reglar los ejercicios exteriores, conviene, hija, mía, que sepas que las virtudes interiores también se adquieren poco a poco y por grados. De esta suerte se echan los fundamentos de una piedad sólida y constante, y en poco tiempo se gana mucho.

Por ejemplo: para adquirir la paciencia, no debemos ejercitarnos ordinariamente en desear las adversidades, y en alegrarnos o gloriamos en ellas, si primero no hemos pasado por los grados más bajos de esta virtud. Asimismo, no debemos abrazar de una vez todas las virtudes; o aplicarnos a muchas juntamente, sino ejercitamos primero en una y después en otra, si queremos que el hábito virtuoso eche profundas raíces en el alma; porque con el ejercicio continuo de una sola virtud, la memoria, en cualquiera ocasión, recurre a ella con mayor prontitud; el entendimiento busca con mayor industria y delicadeza nuevos motivos para adquirirla, y la voluntad se inclina con mayor actividad y eficacia a conseguirla; lo cual no sucedería si estas tres potencias se hallasen ocupadas a un mismo tiempo en el ejercicio de muchas virtudes.

Además de esto, los actos en orden a una sola virtud, por la conformidad y semejanza que tienen entre sí, vienen a ser con este uniforme ejercicio menos difíciles y laboriosos; porque el uno llama y ayuda al otro, su semejante; y con esta semejanza y conformidad hacen mayor impresión en nosotros, hallando el corazón ya preparado y dispuesto para recibir los que de nuevo se producen.

Estas razones no podrán dejar de parecer eficaces y convincentes, si consideras que el que se ejercita bien en una virtud, aprende insensiblemente a ejercitarse en todas las demás; y que una virtud no puede perfeccionarse sin que al mismo tiempo se perfeccionen las otras, por la inseparable unión que todas tienen entre sí, como rayos que proceden de una misma divina luz.

CAPÍTULO xxxv

De los medios para adquirir las virtudes, y cómo debemos servirnos de ellos por algún tiempo, para aplicarnos a una sola virtud.

Sobre todo lo que dejo advertido, debes también saber, hija mía, que para llegar a una eminente y sólida virtud, es necesario que tengas un corazón grande y generoso, y una voluntad resuelta, invariable y firme para vencer las contradicciones, penas y dificultades que se hallen en este camino. Es necesario asimismo que tengas una inclinación y afecto particular a la virtud. Esta inclinación se adquiere considerando frecuentemente cuán agradables son a Dios las virtudes, cuán nobles y excelentes son en sí mismas, y cuán útiles y necesarias para nosotros; pues en ellas empieza y acaba toda la perfección cristiana.

Harás todas las mañanas eficaces propósitos de ejercitarte en ellas según las ocasiones que probablemente se te pueden ofrecer en aquel día, y te examinarás muchas veces para reconocer si has ejecutado fielmente estos propósitos y buenas resoluciones, y para renovarlos con mayor eficacia y fervor.

Deberás observar particularmente esta regla con la virtud que te hubieres propuesto, y de que tuvieres mayor necesidad.

Aplicarás a esta virtud todas las reflexiones que hicieres sobre los ejemplos de los Santos, y todas tus meditaciones sobre la vida y pasión de Jesucristo, tan útiles e importantes en todos los ejercicios espirituales; lo mismo harás con las ocasiones que se te ofrecieren a propósito para esto; aunque sean entre sí diversas, como diremos luego.

Procura acostumbrarte a los actos de las virtudes, así exteriores como interiores, de modo que llegues finalmente a ejecutarlos con aquella misma prontitud y facilidad con que antes hacías los que eran conformes a tus apetitos. Acuérdate de lo que te dije en otra parte, que los actos más contrarios a las inclinaciones de la naturaleza son los más propios y eficaces para introducir en el alma el hábito de la virtud.

Las sentencias de la sagrada Escritura pronunciadas con la boca o con el corazón, como se debe, tienen virtud y fuerza maravillosa para ayudarnos en este santo ejercicio; por esta causa conviene que tengas muchas en la memoria, que se ordenen a la virtud que desees adquirir, y que las repitas muchas veces al día, particularmente cuando se excita y mueve la pasión contraria. Como por ejemplo: si desees adquirir la virtud de la paciencia, podrás servirte de las palabras siguientes o de otras semejantes:

Fili patienter sustinete iram, quae supervenit (Ba, IV, 25): Hijos, llevad con paciencia la ira de Dios, que castiga vuestros desórdenes.

Patientia pauperum non peribit in finem (Sal. VI, 19): La paciencia de los pobres no será privada para siempre del bien que espera.

Melior est patientis viro forti, et qui dominatur animo suo expugnatore urbium (Pr. XVI, 32): El hombre paciente es mejor que el fuerte y valeroso; y el que sabe dominarse a sí mismo vale más que un conquistador de ciudades.

In patientia vestra possidebitis animas vestras (Lc. XX 19): En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

Per patientiam curramus ad propositum nobis certamen (Hb. XII,1): Corramos de suerte en este campo, que por la paciencia ganemos el premio que Dios nos propone.

Para lo mismo podrás también añadir las aspiraciones siguientes: ¿Cuándo, Dios mío, se hallará armado mi corazón con el escudo de la paciencia?

¿Cuándo, Dios mío, por contentaros, sufriré con ánimo alegre y tranquilo cualquiera penalidad y trabajo?

¡Oh dichas tribulaciones, pues me hacen semejante a mi Redentor, Jesucristo, lleno de penas y de aflicciones!

¡Oh vida de mi alma! ¿Viviré yo alguna vez contenta y gozosa por vuestra gloria, entre las tribulaciones?

Feliz seré yo, si con llamas de tribulaciones me abraso en deseos de sufrir otras mayores. De estas breves oraciones podrás servirte, y de otras que sean conformes al progreso que hicieres en la virtud, o que te dictare tu devoción.

Estas oraciones se llaman jaculatorias, porque son como flechas encendidas que se tiran al cielo, y tienen la virtud de levantar nuestro corazón y de penetrar en el de Dios, si van acompañadas de dos circunstancias que son como dos alas: la una es el conocimiento del gusto que recibe Dios de vernos ocupados en el ejercicio de las virtudes; la otra un eficaz deseo de adquirirlas por el sólo fin de agradar a su divina Majestad.

CAPÍTULO XXXVI

Que en el ejercicio de la virtud se ha de caminar siempre con continua solicitud.

Entre las cosas que sirven para adquirir las virtudes cristianas, que es el blanco que nos hemos propuesto, una de las más importantes y necesarias es procurar siempre adelantarnos en el camino de la perfección; porque no se puede parar en este camino sin volver atrás (D. Greg. part. 3. Past. curae admonit. 35). La razón es porque, desde que cesamos de hacer actos de virtud, la violenta inclinación del apetito sensitivo, y los objetos exteriores, que lisonjean los sentidos, no dejan de excitar en nosotros movimientos desordenados; y estos movimientos destruyen, o a lo menos, enflaquecen los hábitos de las virtudes; fuera de que esta negligencia nos priva de muchas gracias y dones que pudiéramos merecer del Señor, si pusiésemos mayor cuidado y solicitud en nuestro progreso espiritual.

Es muy diferente, hija mía, el camino espiritual y del cielo, del material y de la tierra; porque en éste, aunque pare y se detenga el caminante, nada pierde de lo andado; pero en el camino espiritual, si se detiene y para, aunque sea por poco tiempo, pierde mucho.

Además de esto, la fatiga del peregrino del mundo se aumenta con la continuación del movimiento corporal, pero en el camino del espíritu, cuanto más se adelante y se camina, más fuerzas se cobran, y se siente mayor vigor; porque, con el ejercicio virtuoso, la parte inferior, que con su resistencia hace el camino áspero y penoso, viene a debilitarse y enflaquecerse; y la parte superior, donde reside la virtud, se repara, se restablece y se fortifica más. De donde nace que, al paso que nos adelantamos en el bien, se va disminuyendo nuestra pena y dificultad, y en esta misma proporción crece y aumenta también el gusto y dulzura interior con que Dios temple y suaviza las amarguras de este camino.

De esta suerte, caminando siempre con alegría, de virtud en virtud, llegamos finalmente a la cumbre del monte (Is. II, 2), al colmo de la perfección, y a aquel estado dichoso y bienaventurado en que el alma empieza a ejercer sus funciones espirituales, no sólo sin amargura y disgusto, sino también con un contento y júbilo inefable; por que como se halla ya victoriosa de todas sus pasiones, y superior a las criaturas y a sí misma, vive dichosamente en el seno de Dios, y goza entre sus penas y trabajos de un dulce y bienaventurado reposo.

CAPÍTULO XXXVII

Que siendo necesario continuar siempre en el ejercicio de las virtudes, no hemos de huir de las ocasiones que se nos ofrecieren para conseguirlas.

Hemos mostrado con claridad que en el camino de la perfección es necesario andar siempre sin parar, para observar bien esta regla: Conviene que estés siempre advertida y vigilante, para no perder ocasión alguna que se te ofrezca de ejercitar las virtudes. Guárdate, hija mía, de huir de las cosas que son contrarias a las inclinaciones de la naturaleza corrompida, pues por ellas, solamente, se llega a las más heroicas virtudes.

Por no salir del ejemplo que hemos propuesto, si deseas adquirir el hábito de la paciencia, conviene que no huyas o te retires de las personas, acciones y pensamientos que suelen moverte a la impaciencia; conviene que te acostumbres a tratar y conversar con todo género de personas, aun que sean molestas y pesadas; conviene que estés siempre dispuesta y preparada a sufrir todo lo que pudiere causarte mayor pena o disgusto; de otra manera no llegarás jamás a adquirir la virtud de la paciencia.

De la misma suerte, si alguna ocupación te fuere pesada e incómoda, o por sí misma, o por la persona que te la ha encargado, o porque te divierte de otra ocupación que sería más de tu gusto, no dejes por eso de abrazarla con alegría, y de continuarla con perseverancia, aunque sientas alguna inquietud o turbación en tu espíritu, de que pudieras librarte dejándola enteramente; porque de otra manera nunca aprenderías a padecer, ni tu quietud sería verdadera, por no proceder de ánimo purificado de las pasiones y adornado con las virtudes.

Lo mismo te digo de los pensamientos molestos, que a veces turban y afligen el espíritu; porque no debes arrojarlos enteramente de ti, pues con la pena que te causan, te acostumbran a la tolerancia de las cosas contrarias. Y ten por cierto, hija mía, que quien te enseñare lo contrario, te enseñará más a huir de la pena que sientes, que a conseguir la virtud que deseas.

Bien es verdad que al soldado nuevo y poco experimentado le conviene gobernarse con mucha prudencia y destreza en estas ocasiones, peleando con el enemigo, a veces de lejos, y a veces de cerca según fuere mayores o menores las fuerzas de su virtud y de su espíritu; pero nunca debe volver enteramente las espaldas, y abandonar el campo de manera que huya de todo lo que puede causarle inquietud y disgusto. Y si nosotros lo hiciéremos así, aunque por entonces nos preservemos del peligro de caer, no obstante quedaremos después más expuestos a los golpes de la impaciencia, por no habernos armado y fortificado con el ejercicio y uso de la virtud contraria.

Estas advertencias no tienen lugar en el vicio de la carne, de que hemos tratado ya particularmente en otra parte.

CAPÍTULO XXXVIII

*Que debemos abrazar con gusto todas las ocasiones que se nos ofrecieren de combatir,
para adquirir las virtudes, y principalmente aquellas que fueren más difíciles y
penosas.*

No me contento, hija mía, con que no huyas de las ocasiones que se te presentaren, de combatir, para adquirir las virtudes; quiero también que las busques y las abracés con alegría, y que las que te causaren mayor mortificación y pena, te sean más agradables como más provechosas. Nada te parecerá difícil con el socorro de la gracia, principalmente si procuras imprimir bien en tu corazón las consideraciones siguientes:

La primera es que las ocasiones son los medios esenciales y propios para adquirir las virtudes. De donde nace que cuando pedimos a Dios las virtudes, le pedimos juntamente los medios para obtenerlas; pues de otra manera nuestra oración sería inútil y de ningún fruto; porque vendríamos a contradecirnos manifiestamente a nosotros mismos, y a tentar a Dios, el cual no acostumbra dar la paciencia sin las tribulaciones, ni la humildad sin los oprobios.

Lo mismo sucede con las demás virtudes, las cuales son fruto de las adversidades que Dios nos envía. Estas adversidades deben sernos tanto más preciosas y amables, cuanto fueren más ásperas y penosas; porque los grandes esfuerzos que deben emplearse para sufrirlas, contribuyen y sirven maravillosamente para formar en nosotros los hábitos de las virtudes.

Son también muy estimables y preciosas las ocasiones de mortificar nuestra voluntad, aun en las cosas pequeñas y leves; porque aunque las victorias que conseguimos contra nosotros mismos en las grandes ocasiones sean más gloriosas, no obstante, las que alcanzamos en las pequeñas son incomparablemente más frecuentes.

La segunda consideración que ya hemos tocado, es que todas las cosas que suceden en este mundo, vienen de Dios para nuestro beneficio y provecho; porque, aunque no pueda decirse, hablando propiamente, que algunas de estas cosas, como nuestros pecados o los ajenos, vienen de Dios, que aborrece la iniquidad, es cierto no obstante que vienen de Dios, en cuanto las permite, y pudiendo absolutamente impedirlos, no los impide. Mas por lo que mira a las aflicciones que nos suceden o por culpa nuestra, o por la malicia de nuestros enemigos, no se puede negar que son de Dios, y que vienen de su mano, y que, aunque verdaderamente condene la causa, su voluntad es que las suframos con ánimo paciente, o porque son medios muy propios para santificarnos, o por otros justos motivos que nos son ocultos.

Estando, pues, persuadidos y ciertos de que, para cumplir perfectamente su divina voluntad debemos sufrir con gusto todos los males que nos causan nuestros enemigos, o que nosotros mismos nos causamos con nuestros pecados; el decir (como por excusar y encubrir su impaciencia, suelen muchos), que Dios, siendo infinitamente justo, no puede querer lo que procede de un mal principio, no es otra cosa que querer dorar con un vano pretexto la propia falta, y rehusar la cruz que su divina Majestad nos presenta; y no podemos negar que es voluntad suya que la llevemos con tolerancia.

Además de esto, hija mía, conviene que entiendas y sepas, que Dios se deleita más de vernos sufrir constantemente las persecuciones injustas de los hombres, principalmente de aquellos que nos están obligados con nuestros favores y beneficios, que de vernos

tolerar otros penosos accidentes; así porque la soberbia de nuestra naturaleza se reprime mejor con las injurias y malos tratamientos de nuestros enemigos, que con las penas y mortificaciones voluntarias, como porque, sufriendolas con paciencia, hacemos verdaderamente lo que Dios pide y desea de nosotros, y es de su honor y gloria; pues conformamos nuestra voluntad con la suya en una cosa en que resplandecen igualmente su bondad y su poder; y de un fondo tan malo y tan detestable, como es el pecado, cogemos excelentes frutos de virtud y de santidad. Sabe, pues, hija mía, que apenas nos ve el Señor resueltos y determinados a obrar de veras, y a emplear todos nuestros esfuerzos para adquirir las sólidas virtudes, nos prepara el cáliz de las más fuertes tentaciones y de los más ásperos trabajos; y así, conociendo el amor infinito que nos tiene, y la ardiente y misericordiosa solicitud con que desea nuestro bien espiritual debemos recibirlo con alegría y dando gracias cuando lo ofreciere, y beberlo hasta la última gota; porque la composición de la bebida está hecha de mano de quien no puede errar, y con ingredientes tanto más saludables para el alma, cuanto son más desagradables y amargos a nuestro paladar.

CAPÍTULO XXXIX

Como se puede practicar una misma virtud en diversas ocasiones.

Ya has visto, hija mía, en uno de los capítulos precedentes, que es más útil para nuestro aprovechamiento aplicarnos por algún tiempo a una sola virtud, que abrazar muchas juntamente; y que a esta, virtud particular debemos inducirnos siempre que se presentare la ocasión. Atiende ahora y observa la facilidad con que esto se puede ejecutar.

Podrá sucederte en un mismo día, y por ventura en una misma hora, que te reprendan de una acción buena y loable en sí misma, o que por otra causa murmuren de ti, que te nieguen con aspereza una pequeña gracia que hayas pedido, que se conciba una falsa sospecha de ti, que te den alguna, comisión odiosa, que te sirvan viandas mal sazonadas, que te sobrevenga alguna enfermedad, o que, finalmente, te halles oprimida de otros males más sensibles y graves de los innumerables que se hallan en esta miserable vida.

Entre tan diversos y penosos accidentes podrás sin duda ejercitar diferentes virtudes; pero, conforme a la regla que te he dado, te será más útil y provechoso aplicarte únicamente al ejercicio de aquella virtud de que entonces tuvieres mayor necesidad.

Si esta virtud de que necesitas fuere la paciencia, no debes pensar sino en sufrir constantemente y con alegría todos los males que te suceden y te pueden suceder. Si fuere la humildad, te imaginarás en todas tus penas que no hay castigo alguno que pueda igualar a tus culpas. Si fuere la obediencia, procurarás rendirte con prontitud a la voluntad de Dios, que te castiga conforme mereces, y sujetarte asimismo por su amor, no solamente a las criaturas racionales, sino también a las que, no teniendo ni razón ni vida, no dejan de ser instrumentos de su justicia. Si fuere la pobreza, te esforzarás por vivir contenta, aunque te halles privada de todos los bienes y de todas las dulzuras de esta vida. Si fuere la caridad, harás todos los actos de amor de Dios y del prójimo que te fueren posibles, considerando que el prójimo te da ocasión de multiplicar tus merecimientos cuando ejercita su paciencia, y que Dios, que te envía o permite todos los males que te afligen, no tiene otro fin que tu mayor bien espiritual.

Todo esto que te digo en orden al modo de ejercitar en diversos accidentes y ocasiones la virtud que te fuere más necesaria, muestra al mismo tiempo el modo de ejercitarla en una sola ocasión, como en una larga enfermedad, o en otra aflicción y pena que te durase mucho tiempo; pues se podrán entonces producir también los actos de aquella virtud de que tuviéremos mayor necesidad.

CAPÍTULO XL

Del tiempo que debemos emplear en adquirir cada virtud, y de las señales de nuestro aprovechamiento.

No se puede determinar generalmente el tiempo que debemos emplear en el ejercicio de cada virtud, porque esto depende precisamente del estado y disposición en que nos hallamos, del progreso que hacemos en la vida espiritual, y de la dirección del que nos guía y gobierna; pero de ordinario, si nos aplicamos con todo el cuidado, diligencia y solicitud que conviene, aprovecharemos mucho en pocas semanas.

Es señal indudable y cierta de nuestro aprovechamiento, cuando en la sequedad, oscuridad y angustias del alma, y en la privación de las consolaciones y gustos espirituales, continuamos constantemente los ejercicios de la perfección.

Es también señal no menos evidente, cuando la concupiscencia, vencida y sujeta a la razón, no puede impedirnos con sus contradicciones que nos ejercitemos en la virtud; porque en la medida que ella se enflaquece y debilita, se fortifican y se arraigan en el alma las virtudes. Por esta causa, cuando no se siente ya alguna contradicción o rebeldía en la parte inferior, podemos prometernos y asegurarnos que hemos adquirido el hábito de la virtud; y cuanto mayor fuere la facilidad en producir los actos, tanto más perfecto será el hábito.

Pero advierte, hija mía, que no debemos persuadirnos jamás que hemos llegado a un grado eminente de virtud, o que hemos triunfado enteramente de alguna pasión, aunque después de duros y prolijos combates no sintamos ya sus asaltos y movimientos; porque aquí también puede tener lugar la astucia del demonio, y el artificio de nuestra naturaleza, que suele disfrazarse por algún tiempo. De donde nace que muchas veces, por una soberbia oculta, tenemos por virtud lo que es verdaderamente vicio. Fuera de que, si consideramos el grado de perfección a que Dios nos llama, aunque hayamos hecho grandes progresos en la virtud, reconoceremos que todavía no hemos entrado en sus confines.

Por esto, conviene que, como nuevos guerreros, continuemos siempre los ejercicios ordinarios, como si empezáramos cada día a practicarlos, sin dejar que llegue a entibiarse el primer fervor.

Considera que es mejor y más útil aprovechar en la virtud, que examinar escrupulosamente si has aprovechado, porque Dios, que es el que solamente conoce lo íntimo de los corazones, descubre a unos este secreto, y lo oculta a otros, según los ve dispuestos a humillarse o ensoberbecerse; y por dicho medio, este Padre infinitamente bueno y sabio quita a los flacos la ocasión de su ruina, y obliga a los otros a que crezcan en las virtudes. Así, aunque un alma no vea o no conozca sus progresos en la perfección, no debe por esto dejar sus ejercicios, porque los conocerá cuando sea del gusto y beneplácito divino dárseles conocer para mayor bien suyo.

CAPÍTULO XLI

Que no debemos desear con ardor librarnos de los trabajos que sufrimos con paciencia, y de qué modo debemos reglar nuestros deseos.

Si te hallares en alguna aflicción o trabajo, y lo sufres con paciencia, guárdate de escuchar las exhortaciones del demonio o de tu amor propio, que procuran excitar en tu corazón deseos de librarte de esta pena; porque tales deseos te causarán dos grandes daños:

El primero, que aunque entonces no pierdas enteramente la virtud de la paciencia, contraerás una disposición para el vicio contrario; el segundo, que tu paciencia, será imperfecta y defectuosa, y no obtendrá de Dios el premio y la recompensa, sino solamente por el tiempo que la hubieres ejercitado; siendo cierto que, si no hubieras deseado el alivio, antes bien te hubieras resignado a la divina voluntad, aunque tu pena no hubiese durado sino un cuarto de hora, el Señor la reconocerá y recompensará como servicio de mucho tiempo.

Toma, pues, por regla general en todas las cosas, el no querer hacer sino solamente lo que Dios quiere, y dirigir a este fin todos tus deseos, como el único blanco a que debes encaminarlos. Por este medio se llega a ser justos y santos; y en cualquier accidente triste o alegre que te suceda, no solamente gozarás de una perfecta y verdadera paz, sino también de un perfecto y verdadero contento; porque como nada sucede en este mundo sino por orden y disposición de la Providencia divina, si tú no quieres sino sólo lo que quiere la divina Providencia, vendrás siempre a tener lo que desees, pero ninguna cosa sucederá sino según tu voluntad.

Este documento, hija mía, no tiene lugar en los pecados propios o en los ajenos (los cuales siempre detesta y aborrece Dios), sino solamente en las aflicciones y penas de esta vida, por violentas y penetrantes que sean, ora procedan de tus pecados, ora de otro principio; porque ésta es la cruz con que Dios suele favorecer a sus más íntimos amigos.

Esto mismo se debe entender respecto de aquella parte de pena y aflicción que en ti quedare, y que es voluntad de Dios que padezcas después de haber buscado algún lenitivo a tu pena, y aplicado a este fin aquellos medios que de sí son lícitos y buenos, y de que te puedes muy bien servir sin salir de la mano de Dios, ni del orden que tiene puesto, con tal que en el uso de ellos te gobiernes por su divina voluntad, sirviéndote de ellos, no por librarte de tu pena, sino porque Dios quiere que los usemos en nuestras necesidades, y porque a este fin los ha ordenado su Providencia.

CAPÍTULO XLII

*Del modo de defendernos de los artificios del demonio, quando procura engañarnos
con devociones indiscretas.*

Cuando la serpiente antigua ve que caminamos derechamente a la perfección, y con vivos y bien ordenados deseos; reconociendo que no puede atraernos a sí con engaños declarados, se transfigura en ángel de luz (II Co. XI) y entonces con pensamientos devotos, conceptos agradables, sentencias y textos de la sagrada Escritura, y ejemplos de los mayores Santos, nos solicita y persuade importunamente a que con fervor indiscreto procuremos remontarnos sobre la capacidad y medida de nuestro espíritu, para precipitarnos después en un abismo de males.

Por ejemplo: este astuto enemigo nos incita a que castigemos ásperamente el cuerpo con disciplinas, abstinencias, cilicios y otras mortificaciones semejantes; pero el fin que su malicia se propone es que, persuadiéndonos que hacemos cosas grandes, nos llenemos de vanagloria (lo cual sucede particularmente a las mujeres); o que, quebrantados con penitencias rigurosas y superiores a nuestras fuerzas, quedemos inhábiles para las buenas obras; o que no pudiendo sufrir los trabajos de una vida austera y penitente, cobremos hastío y aburrimiento de los ejercicios espirituales; o finalmente, que resfriándonos en la virtud, busquemos con mayor ardor y apetito que antes los placeres y vanos divertimientos del mundo.

¿Quién podrá contar el sinnúmero de quienes, siguiendo con presunción de espíritu el ímpetu de un fervor indiscreto y precipitado, y excediendo con los rigores exteriores la capacidad y medida de su propia virtud, cayeron infelizmente en el lazo que se habían tendido a sí mismos con sus propias manos, haciéndose así juguete de los demonios? No hay duda, hija mía, que semejantes almas se hubieran preservado de un mal tan grave si hubiesen considerado que estos ejercicios de mortificación, aunque útiles y provechosos a los que tienen fuerza y robustez de cuerpo, y humildad de espíritu, requieren siempre, no obstante, temperamento conforme y proporcionado a la calidad y naturaleza de cada uno.

No todos, hija mía, pueden practicar las mismas austeridades que han practicado algunos grandes Santos; pero todos pueden imitar a los mayores santos en muchas cosas. Podemos formar en nuestro corazón deseos ardientes y eficaces de participar de las gloriosas coronas que obtienen los verdaderos soldados de Jesucristo en los combates espirituales: podemos a su imitación y ejemplo menospreciar el mundo y menospreciarnos a nosotros mismos, amar el retiro y el silencio, ser humildes y caritativos con todos, sufrir pacientemente las injurias, hacer bien a los que nos hacen mal, evitar los menores defectos; cosas de mucho mayor mérito a los ojos de Dios que todas las penitencias y maceraciones del cuerpo.

También te advierto que en el principio siempre es mejor usar de moderación en las penitencias exteriores (a fin de que puedas aumentarlas después, si fuere necesario), que por querer obrar mucho, ponerte en peligro de no poder después obrar nada. Esta enseñanza te doy, hija mía, en el supuesto de que te halles libre del engaño en que incurren algunos que pasan en el mundo por espirituales y devotos, y seducidos de la naturaleza y del amor propio cuidan con tan exacta y escrupulosa puntualidad de la salud

del cuerpo, que temen perderla por la más ligera mortificación exterior. No hay cosa en que tanto se ocupen, ni de que hablen con tanta frecuencia, como el régimen de vida que deben guardar; tienen en la elección de los manjares una suma delicadeza, que no sirve sino de enflaquecerlos y debilitarlos; prefieren ordinariamente los que deleitan más el gusto y son más agradables al paladar, a los que son mejores y más provechosos para el estómago; y con todo eso, si hubiésemos de creer lo que dicen, su fin no es otro que tener vigor y fuerzas para servir mejor a Dios.

Este es el pretexto con que disfrazan y cubren su sensualidad; pero verdaderamente su intento no es otro que unir y concordar dos enemigos irreconciliables, que son la carne y el espíritu (Ga. V, 17), de lo cual resulta infaliblemente la ruina de entrambos; pues a un mismo tiempo aquélla pierde la salud, y éste la devoción. Por esta causa un modo de vida menos delicado, menos escrupuloso y menos inquieto es siempre el más fácil, el más útil y el más seguro, como sea regulado por las reglas de la prudencia que te he dado; porque no siendo todas las complexiones igualmente vigorosas y fuertes, no son todas igualmente capaces de sufrir los mismos trabajos. Y añado que conviene usar la discreción y regla, no solamente para moderar los ejercicios exteriores, sino también para adquirir las virtudes interiores, como ya lo mostré anteriormente (Cap. 34), explicando el modo de adquirir estas virtudes por grados.

CAPÍTULO XLIII

Cuán poderosas son en nosotros nuestra mala inclinación, y la instigación del demonio, para inducirnos a juzgar temerariamente del prójimo y del modo de hacerles resistencia.

La vanidad y propia estimación producen en nosotros un desorden más perjudicial que el juicio temerario, que nos hace concebir y fomentar una baja idea del prójimo. Como este vicio nace de nuestra soberbia, con ella también se sustenta y fomenta, a medida que crece y va aumentando en nosotros, nos hacemos presuntuosos y vanos, y susceptibles de las ilusiones y engaños del demonio; porque venimos a formar insensiblemente tanto más alta opinión de nosotros mismos cuanto es más baja la que concebimos de los otros, persuadiéndonos que nos hallamos libres de las imperfecciones que les atribuimos.

Cuando el enemigo de nuestra salud reconoce en nosotros esta maligna disposición, usa de todos sus artificios para hacernos vigilantes y atentos al cuidado de observar y examinar los defectos ajenos. No es creíble cuánto se esfuerza en ponernos y representarnos a cada instante, delante de los ojos, algunas ligeras imperfecciones de nuestros hermanos, cuando no puede hacer que observemos defectos graves y considerables.

Pues ya que es tan solícito de nuestra ruina este astuto enemigo, y tan aplicado a nuestra perdición, no seamos nosotros menos vigilantes y atentos para descubrir y evitar sus lazos. Apenas te representare algún vicio o defecto del prójimo, procura desechar este pensamiento; y si continuare en persuadirte y solicitarte a formar algún juicio injurioso, guárdate de escuchar sus gestiones malignas. Considera que tú no tienes la autoridad necesaria para juzgar; y que aun cuando la tuvieres, no eres capaz de formar juicio recto, hallándote cercada de infinitas pasiones, y muy inclinada a pensar mal de la vida y de las acciones de los otros sin justa causa.

Para remediar eficazmente un mal tan peligroso, te advierto que tengas un espíritu enteramente ocupado en tus propias miserias; porque hallarás tantas cosas que corregir y reformar dentro de ti misma, que no tendrás tiempo ni gusto para pensar en las de tu prójimo, o no pensarás en ellas sino movida de una santa y discreta caridad. Fuera de que si te ocupas en considerar tus propios defectos, curarás fácilmente los ojos interiores del alma de cierta especie de malignidad, que es la fuente y origen de todos los juicios temerarios; porque quien juzga sin razón que su hermano está sujeto a algún vicio, puede pensar de sí mismo con fundamento, que padece el mismo defecto; pues siempre juzga un hombre vicioso que los demás son como él.

Todas las veces, pues, que te sintieres pronta y dispuesta a condenar ligeramente las acciones de alguna persona, te debes vituperar interiormente a ti misma y darte esta justa reprehensión: ¡Oh ciega y presuntuosa! ¿Cómo eres tú tan temeraria, que te atrevas a censurar las acciones de tu prójimo, cuando tienes los mismos y aún más graves defectos. Así, volviendo contra ti misma tus propias armas en lugar de herir y ofender a tus hermanos, curarás tus propias llagas.

Pero si la falta que condenamos es verdadera y pública, excusemos por caridad al que la ha cometido: creamos que tiene algunas virtudes ocultas, que por ventura no hubiera podido conservar si Dios no hubiese permitido en él esta caída; creamos que un pequeño defecto que Dios le deje por algún tiempo, acabará de destruir en él la estimación y buen

concepto en que se tiene a sí mismo; que siendo menospreciado se hará más humilde, y que por consiguiente su ganancia será mayor que su pérdida.

Mas si el pecado es, no solamente público, sino enorme, si el pecador es impenitente o está endurecido y obstinado, levantemos nuestro espíritu al cielo; entremos en los secretos juicios de Dios; consideremos que muchos hombres después de haber vivido largo tiempo en la iniquidad, han venido a ser grandes Santos; y que otros, al contrario, habían llegado al grado más sublime de la perfección y han caído infelizmente en un abismo de desórdenes y miserias.

Con estas reflexiones comprenderás, hija mía, que no debes temerte menos a ti misma, que a los demás; y que si sientes en ti inclinación y facilidad a juzgar favorablemente del prójimo, el Espíritu Santo es quien te da esta feliz inclinación; y que al contrario, cualquier desprecio, aversión o juicio temerario contra el prójimo, nace únicamente de la propia malignidad, y de la sugestión del demonio. Si pues, alguna imperfección, o defecto ajeno hubiere hecho en ti alguna impresión, no descanses ni sosiegues hasta tanto que la hayas desterrado enteramente de tu corazón.

CAPÍTULO XLIV

De la oración.

Si la desconfianza de nosotros mismos, la confianza en Dios, y el buen uso de nuestras potencias son armas necesarias en el combate espiritual, como hasta aquí se ha mostrado; la oración, que es la cuarta arma propuesta, es todavía más necesaria e indispensable. Pues por la oración obtenemos de Dios, no solamente las virtudes, sino generalmente todos los bienes de que estamos faltos. Es como el canal por donde se nos comunican todas las gracias que recibimos del cielo. Con la oración, si la ejercitares como debes, pondrás la espada en manos de Dios para que combata por ti y te alcance la victoria. Para servirnos como conviene de un modo tan esencial e importante, conviene que observemos las reglas siguientes:

En primer lugar debemos tener un verdadero deseo de servir a Dios con fervor, del modo que le sea más agradable. Este deseo se encenderá fácilmente en nuestro corazón, si consideramos tres cosas: la primera, que Dios merece infinitamente ser servido y adorado a causa de la excelencia de su ser soberano, de su bondad, hermosura, sabiduría, poder y todas sus perfecciones inefables; la segunda, que este mismo Dios se hizo hombre, y trabajó continuamente por espacio de treinta y tres años por nuestra salud, y curó con sus propias manos las llagas horribles de nuestros pecados, ungiéndolas y lavándolas, no con aceite y vino, sino con su sangre preciosa (Lc. X, 34.— Ap. I, 5), y carne purísima, toda despedazada con azotes, espinas y clavos; la tercera, que nada nos importa tanto como el guardar su ley, y cumplir todas nuestras obligaciones; pues éste es el único medio de hacernos señores de nosotros mismos, victoriosos del demonio e hijos de Dios. Lo segundo, debemos tener una fe viva y una firme confianza de que Dios no nos negará los auxilios necesarios para servirlo con perfección, y para obrar nuestra salud. Un alma llena de esta santa confianza es como un vaso sagrado, donde la divina misericordia derrama los tesoros de su gracia; y cuanto mayor es su confianza, tanto mayor es la abundancia de las bendiciones celestiales que atrae sobre sí con la oración. Porque ¿cómo será posible que un Dios, a quien nada es difícil, deje de comunicarnos sus dones, cuando su Bondad misma nos solicita y persuade que se los pidamos, y nos promete su Santo Espíritu (Lc. XI, 13), como lo imploremos con fe y perseverancia?

Lo tercero, debemos entrar siempre en la oración por sólo el motivo o fin de hacer lo que Dios quiere, y no lo que nosotros queremos. De manera que no hemos de aplicarnos jamás a este santo ejercicio sino solamente porque Dios nos lo manda, ni debemos desear ser oídos, sino en cuanto fuere de su divino beneplácito; en fin, nuestra intención ha de ser unir y conformar nuestra voluntad con la divina, sin pretender jamás inclinar la divina a la nuestra. La razón es porque nuestra voluntad, como inficionada y pervertida del amor propio, yerra muchas veces, y no sabe lo que pide; pero la voluntad divina no puede errar, siendo esencialmente justa y santa; y así debe ser la regla de cualquiera otra voluntad. Tengamos, pues, particular cuidado de no pedir a Dios sino las cosas que son de su agrado; y hubiere algún motivo o fundamento para temer que lo que deseamos no es conforme a su voluntad, no se lo pidamos sino con una entera sumisión a las órdenes de su Providencia. Pero si las cosas que deseamos alcanzar no pueden dejar de serle

agradables, como las virtudes, pidámoslas más por agradecerle y servirle que por cualquier otra consideración, aunque sea muy espiritual.

Lo cuarto, si deseamos obtener lo que pedimos, conviene que nuestras obras se conformen con nuestras palabras: conviene que antes y después de la oración procuremos con todas nuestras fuerzas hacernos dignos de la gracia que deseamos alcanzar, porque el ejercicio de la oración debe andar siempre unido y acompañado con el de la mortificación interior; pues sería tentar a Dios pedir una virtud, y no aplicar los medios para conseguirla.

Lo quinto, antes de pedir a Dios cosa alguna, debemos darle muy rendidas gracias por todos los beneficios que hemos recibido de su Bondad. Podremos decirle: Señor mío y Dios mío, que después de haberme creado me habéis redimido por vuestra misericordia, y me habéis librado infinitas veces del furor de mis enemigos, ayudadme y socorredme ahora; y olvidando mis ingratitudes pasadas, no me neguéis la gracia que os pido.

Y si cuando deseamos obtener alguna virtud en particular, fuéremos tentados del vicio contrario, no dejemos de alabar y bendecir a Dios por la ocasión que nos da de ejercitar esta virtud, porque no es éste, hija mía, un favor pequeño.

Lo sexto, como la oración recibe toda su eficacia y fuerza de la suma bondad de Dios, de los merecimientos de la vida y pasión de su unigénito Hijo, y de las promesas de oírnos que nos ha hecho (Jr, XXXIII, 3), podremos concluir siempre nuestras peticiones con alguna de las oraciones siguientes: Yo os pido, Señor, que por vuestra divina misericordia me otorguéis esta gracia. Concededme por los méritos de vuestro unigénito Hijo lo que os pido. Acordaos, Dios mío, de vuestras promesas, y oíd mis ruegos.

Algunas veces podremos pedir también las gracias que deseamos por los méritos de la Virgen Santísima y de los Santos; porque es grande el poder que tienen en el cielo, y Dios se deleita de honrarlos en la proporción del honor y gloria que le han dado en el curso de su vida mortal.

Lo séptimo, conviene también perseverar en este ejercicio, porque el Todopoderoso no puede resistir a una humilde perseverancia en la oración; pues si la importunidad de la viuda del Evangelio pudo doblar y vencer la dureza de un juez inicuo (Lc. XVIII, 5), ¿cómo podrán nuestros ruegos dejar de mover a un Dios infinitamente bueno? Y así, aunque el Señor tarde en oírnos, y nos parezca que no quiere escucharnos, no debemos perder la confianza, que tenemos en su divina Bondad, ni dejar de continuar la oración; porque su divina Majestad tiene en un grado infinito todo lo que es necesario para poder y para querer enriquecernos y colmarnos de sus beneficios; y si de nuestra parte no hubiere alguna falta, podremos estar ciertos y seguros de que obtendremos infaliblemente la gracia que le pedimos, u otra que nos sea más útil y provechosa, y por ventura ambas gracias juntamente.

Sobre todo debemos estar siempre advertidos en este punto: que cuanto más nos pareciere que el Señor no nos escucha ni admite nuestros ruegos, tanto más hemos de procurar humillarnos y concebir menosprecio y odio de nosotros mismos. Pero en esto, hija mía, debemos gobernarnos de suerte que, considerando nuestras miserias, no perdamos jamás de vista su divina misericordia, y que en lugar de disminuir nuestra

confianza la aumentemos en nuestro corazón, íntimamente persuadidos de que cuanto más viva y constante fuere en nosotros esta virtud, cuando se halla combatida, tanto mayor será nuestro merecimiento.

Finalmente, no dejemos jamás de dar a Dios humildes y rendidas gracias. Alabemos y bendigamos igualmente su sabiduría, su bondad y su caridad, ya nos niegue o ya nos conceda la gracia que le pedimos; y en cualquier suceso procuremos conservarnos siempre tranquilos y contentos, y enteramente rendidos a su providencia.

CAPÍTULO XLV

Qué cosa es la oración mental.

Oración mental es una elevación del espíritu a Dios, con actual o virtual súplica de lo que de seamos.

La actual se hace cuando con palabras mentales se pide a Dios alguna gracia en esta o semejante forma: Señor mío y Dios mío, concededme esta gracia para honra y gloria vuestra; o de este otro modo: Dios mío, creo firmemente que será de vuestro agrado y de vuestra gloria, que yo os pida y alcance esta gracia: cúmplase, pues, en mí, vuestra divina voluntad.

Cuando te hallares combatida por tus enemigos, orarás así: Ayudadme presto, Dios mío, para que no me rinda a mis enemigos. O de este modo: Dios mío, refugio mío, fortaleza mía, pues veis mi fragilidad y flaqueza, socorredme prontamente para que no caiga.

Si continuare la batalla, prosigue orando de la misma forma, resistiendo siempre animosamente al enemigo, que te hace la guerra.

Después que se hubiere pasado lo fuerte del combate, vuélvete al Señor, y pidiéndole que considere de una parte las fuerzas de tu enemigo, y de otra, tu suma flaqueza, le dirás: Veis aquí, Señor, a vuestra criatura: veis aquí la obra de vuestras manos: veis aquí el alma que Vos habéis redimido con vuestra preciosa sangre; mirad cómo vuestro enemigo os la procura robar para perderle. A Vos, Dios mío, recurro; en Vos solo pongo mi confianza; porque Vos solo sois infinitamente bueno, e infinitamente poderoso. Vos conocéis mi debilidad y la prontitud con que caerá en manos de mis enemigos sin el socorro de vuestra gracia. Ayudadme, pues, oh dulce esperanza mía, única fortaleza de mi alma.

La súplica virtual se hace cuando elevamos nuestro espíritu a Dios para obtener alguna gracia, representándole nuestra necesidad, sin decir palabra alguna, ni hacer otra consideración; como cuando yo elevo la mente a Dios, y en su presencia reconozco que de mí mismo no soy capaz de defenderme del mal, ni de obrar el bien, y encendido de un ardiente deseo de servirle, fijo la vista en su Bondad, esperando su socorro con humildad y confianza. Este conocimiento de mi flaqueza, este deseo de servir a Dios, y este acto de fe, producido en su divina presencia, es una oración con que virtualmente pido lo que necesito; cuanto más puro fuere el conocimiento, cuanto más abrasado el deseo, y cuanto más viva la fe, tanto mayor será la eficacia de la oración para obtener la gracia suspirada.

Hay también otra especie de oración virtual más reducida y breve, la cual se hace con una simple vista del alma, que expone a los ojos del Señor su indigencia para que la socorra y esta vista no es otra cosa que un tácito recuerdo y súplica de aquella gracia que anteriormente le hemos pedido.

Es necesario, hija mía, que te acostumbres a esta especie de oración, y que te la hagas muy familiar para servirte de ella en todo lugar y tiempo; porque la experiencia te mostrará que así como no hay cosa más fácil, tampoco la hay más útil ni más excelente.

CAPÍTULO XLVI

De la oración por vía de meditación.

Si quieres detenerte por algún tiempo en este santo ejercicio de la oración, como por media hora o por una hora entera, añadirás la meditación de la vida y pasión de Jesucristo, aplicando siempre sus santísimas acciones a la virtud que desees adquirir.

Por ejemplo, si desearas obtener la virtud de la paciencia, medita algunos puntos del misterio de los azotes.

El primero, cómo después de haber dado Pilato la sentencia, fue el Señor arrebatado con violencia por aquellos ministros de iniquidad, llevado con gritos y baldones al lugar destinado para la flagelación.

El segundo, cómo con impaciente y apresurada rabia lo despojaron aquellos crueles verdugos de todos sus vestidos, quedando descubiertas y desnudas a la vista de aquel ingrato pueblo sus purísimas carnes.

El tercero, cómo aquellas inocentes manos, instrumentos de su piedad y misericordia, fueron atadas a una columna con ásperos cordeles.

El cuarto, cómo aquel sagrado y honestísimo cuerpo fue azotado por los verdugos con rigor tan inhumano, que corrió su divina sangre por el suelo, rebalsándose en muchas partes con abundancia.

El quinto, cómo los golpes continuados y repetidos en una misma parte aumentaban y renovaban sus llagas.

Mientras meditates sobre estos puntos u otros semejantes, propios para inspirarte el amor de la paciencia, aplicarás primeramente tus sentidos interiores a sentir con la mayor viveza que pudieres los dolores incomprensibles que sufrió el Señor en todas partes de su sacratísimo cuerpo, y en cada una en particular.

De aquí pasarás a las angustias de su alma santísima, meditando profundamente la paciencia y mansedumbre con que sufría tantas aflicciones, sin que jamás se apagase aquella ardiente sed que tenía de padecer nuevos tormentos por la gloria de su Padre, y por nuestro bien.

Considéralo, después, encendido de un vivo deseo de que tú sufras con gusto tus aflicciones y mira, cómo, vuelto a su eterno Padre, le ruega que te ayude a llevar con paciencia, no solamente la cruz que entonces te aflige, sino todas las demás que quisiere enviarte su providencia.

Movida de estas tiernas y piadosas consideraciones, confirma con nuevos actos la resolución en que estás de sufrir con ánimo paciente cualquiera tribulación.

Después, levantando tu espíritu al Padre eterno, dale rendidas gracias por haber enviado al mundo a su unigénito Hijo, para que padeciese tan crueles tormentos, y para que intercediese por ti: pídele, en fin, que te conceda la virtud de la paciencia por los méritos e intercesión de este divino Redentor.

CAPÍTULO XLVII

Otro modo de orar por vía de meditación.

También podrás orar y meditar de esta otra manera:

Después que hubieres considerado atentamente las penas de tu divino Salvador, y la alegría con que las toleraba, pasarás de la consideración de sus dolores y de su paciencia a otras dos consideraciones no menos necesarias.

Una será la de sus méritos infinitos, y la otra del contento y gloria que recibió su eterno Padre por la puntual y perfectísima obediencia con que puso en ejecución sus divinos decretos.

Ambas cosas presentarás humildemente a su divina Majestad, como dos razones poderosas para obtener la gracia que deseas.

Esto mismo podrás practicar, no solamente en todos los misterios de la pasión del Señor, sino también en todos los actos interiores o exteriores que su Majestad hacía en cada misterio.

CAPÍTULO XLVIII

De un modo de orar fundado en la intención de María santísima, nuestra Señora.

Fuera de los sobredichos hay otro modo de orar y meditar, que se dirige particularmente a María santísima, levantando el espíritu primeramente a Dios, después al dulcísimo Jesús, y últimamente a su gloriosísima Madre.

Levantando el espíritu a Dios considerarás dos cosas:

La primera, el singular amor que tuvo *ab aeterno* a esta purísima Virgen, desde antes de haberla sacado de la nada.

La segunda, la eminente santidad de esta Señora, y las heroicas obras que ejercitó desde el instante de su concepción hasta el de su muerte.

Sobre el primer punto meditarás en la forma siguiente:

Remóntate primero con el pensamiento sobre la esfera y jurisdicción de los tiempos, y de todas las criaturas; y entrando en el abismo de la eternidad, y de la misma mente de Dios, pondera la complacencia y satisfacción con que aquel sumo Bien consideraba a la que destinaba para ser Madre de su Unigénito amado: y en virtud de esta satisfacción y contento inefable, pídele confiadamente que te conceda gracia y fortaleza para vencer y destruir a tus enemigos, y particularmente al que entonces te hiciere la guerra.

Después te representarás las virtudes y las acciones heroicas de esta Virgen incomparable; y ofreciéndolas a Dios, o todas juntamente, o cada una en particular, pedirás en virtud de ellas a su Bondad infinita las cosas de que tuvieres necesidad. Vuelve luego el espíritu a su Hijo santísimo y tráele a la memoria el seno virginal que le sirvió de albergue y tálamo purísimo por espacio de nueve meses; la humildad y profunda reverencia con que, apenas salió a luz, lo adoró la Virgen, y reconoció por verdadero hombre y verdadero Dios, Hijo y Creador suyo; la compasión y ternura con que lo vio nacer pobre, despreciado y desconocido en un pesebre; el amor con que lo estrechó en sus brazos; los ósculos suavísimos que le dio; la purísima leche con que lo alimentó, y las fatigas, tribulaciones y penas que en el curso de su vida mortal padeció por su causa.

Presenta a Jesús estas cosas; y no dudes, hija mía, que con tan eficaces y poderosas consideraciones le harás una dulce violencia, para que te oiga y conceda lo que le pides.

Vuélvete, en fin, a la Virgen santísima, y recuérdale que, entre todas las mujeres, fue escogida y predestinada por la Bondad y eterna Providencia de Dios para, ser Madre de gracia y misericordia, y abogada de los pecadores; y que después de su bendito Hijo no tenemos otro más poderoso y seguro asilo que el de su patrocinio. Representale también aquella inefable verdad tan constante entre los Doctores, y confirmada con tantos prodigios y maravillas, que ninguno la ha invocado jamás con viva fe, que no haya sido ayudado y socorrido en su necesidad.

Trae a la memoria, a esta Señora, las aflicciones que padeció su santísimo Hijo por nuestra salud, a fin de que te obtenga de su infinita Bondad la gracia de aprovecharte de ellas para gloria suya.

CAPÍTULO XLIX

*Algunas consideraciones para acudir con fe y seguridad al patrocinio de la Virgen
María.*

Si deseas recurrir con seguridad y confianza en cualquiera necesidad o trabajo a la protección de la Virgen María, podrás servirse de los motivos y consideraciones siguientes:

1. La experiencia muestra que un vaso que ha tenido dentro de sí algún licor aromático y precioso, conserva su fragancia (aunque se haya sacado el licor del vaso), principalmente si lo ha tenido dentro de sí por mucho tiempo, y si ha quedado en el vaso alguna parte del licor precioso. Asimismo, el que ha estado cerca de un gran fuego conserva por mucho tiempo el calor después de haberse retirado de él.

Pues si esto, hija mía, sucede con cualquier licor precioso, y con cualquiera grande incendio, que no son sino de virtud corta y limitada, ¿qué diremos nosotros de la caridad y de la misericordia de esta purísima Virgen, que por espacio de nueve meses llevó en sus entrañas, y lleva siempre en su corazón al Hijo único de Dios, la Caridad increada, cuya virtud no tiene límites?

Si es imposible que el que se acerca a una grande hoguera no participe del calor de sus llamas, ¿cómo podremos persuadirnos de que quien se acerca al fuego de la caridad, que arde en el corazón purísimo de esta Madre de misericordia, no sienta sus admirables y divinos efectos; y que no reciba más favores, beneficios y gracias de su piedad, cuanto con más frecuencia, fe y confianza acudiere a su patrocinio?

2. Ninguna pura criatura jamás amó tanto a Jesucristo, ni fue tan conforme a su voluntad como su Madre santísima. Pues si este divino Salvador, que se sacrificó por la salud y remedio de los pecadores, nos ha dado su propia Madre para que fuese nuestra madre como nuestra abogada y nuestra medianera, ¿cómo podrá esta Señora dejar de entrar en sus sentimientos, y olvidarse de socorrernos?

Recorre, pues, hija mía, con seguridad a esta piadosísima Madre en todas tus necesidades, e implora con confianza su misericordia; porque es una fuente inagotable de bondad, y un manantial perenne de gracias, y suele medir sus favores y beneficios por nuestra fe y confianza.

CAPÍTULO L

Del modo de meditar y orar valiéndose de los Ángeles y de los Bienaventurados.

Para merecer la protección de los Ángeles y Santos del cielo, usarás de dos medios.

El primero será levantar tu espíritu al Padre eterno y presentarle las alabanzas que le da toda la corte celestial, y los trabajos, persecuciones y tormentos que han padecido los Santos en la tierra por su amor; y pedirle después, en virtud de las pruebas ilustres de fidelidad, amor y constancia que le dieron estos gloriosos predestinados, que te conceda la gracia que necesitas.

El segundo será invocar a los bienaventurados espíritus, pidiéndoles que te ayuden a corregir tus vicios, y a vencer todos los enemigos de tu salud, particularmente que te asistan en el artículo de la muerte.

Algunas veces admirarás las gracias singulares que los Santos han recibido del Señor, alegrándote de sus excelencias y dones como si fuesen propios tuyos, y complaciéndote con un santo júbilo de que Dios les haya comunicado mayores ventajas y privilegios que a ti, porque así ha sido de su beneplácito y agrado; y tomarás de aquí ocasión y motivo para alabarlo y bendecirlo.

Mas para que puedas hacer este santo ejercicio con buen orden y poco trabajo, dividirás según los días de la semana los diversos órdenes de los Bienaventurados en esta forma:

El domingo invocarás a los nueve Coros de los Ángeles.

El lunes a san Juan Bautista.

El martes a los Patriarcas y Profetas.

El miércoles a los Apóstoles.

El jueves a los Mártires.

El viernes a los Pontífices y demás Confesores.

El sábado a las Vírgenes y demás Santas.

Pero sobre todo, hija mía, no te olvides jamás de implorar frecuentemente el patrocinio y socorro de María santísima, que es la Reina de todos los Santos y nuestra principal abogada; y el de tu Ángel custodio, del arcángel san Miguel, y de los demás Santos a quienes tuvieses particular devoción.

No dejes pasar día alguno sin que pidas a María, a Jesús y al Padre eterno que te concedan como principal abogado y protector tuyo, al bienaventurado san José, esposo dignísimo de la más pura de las Vírgenes, y recurrirás después a este glorioso Santo con mucha fe y confianza, pidiéndole humildemente que te reciba bajo su protección y amparo.

Son, hija mía, infinitas las maravillas que se cuentan de este gran Santo, y muchos los favores y gracias que han recibido de Dios los que en sus necesidades, así espirituales como corporales, lo han invocado, principalmente cuando han necesitado la luz del cielo, y un director invisible para aprender a orar y meditar bien.

Si Dios, hija mía, considera y atiende tanto a los demás Santos por haberle servido y glorificado en el mundo, y tanto favorece a los hombres por su intercesión, ¿no será muy condescendiente con este admirable Patriarca, a quien el mismo Dios honró de tal manera en la tierra que quiso sujetarse a él, y como padre obedecerle y servirle? (Lc. II,

51).

CAPÍTULO LI

De los diversos sentimientos afectuosos que se pueden sacar de la meditación de la pasión de Jesucristo.

Todo lo que he dicho arriba en orden al modo de orar y meditar sobre la pasión del Señor, no se dirige sino a pedir favores y gracias; ahora, hija mía, quiero enseñarte el modo de sacar de la misma pasión diversos afectos.

Por ejemplo, si te propones por objeto de tu meditación la crucifixión de Jesucristo, podrás, entre otras maravillosas circunstancias de este misterio, considerar las siguientes:

1. El modo inhumano con que en el monte Calvario lo desnudaron de sus vestiduras las impías y crueles manos de los judíos, que le arrebataron con tanto furor la túnica, que por hallarse pegada a las llagas, se produjo un nuevo y muy acerbo dolor a su sacratísimo Cuerpo.

2. La sacrílega violencia con que le arrancaron la corona de espinas, rasgándole las heridas; y la desmedida crueldad con que se la volvieron a fijar en la cabeza, abriéndole llagas sobre llagas.

3. Cómo, para fijarlo en el árbol de la cruz, cual si fuera el más facineroso de los hombres, penetraron, a martillazos, con duros y agudos clavos, sus sagradas manos y pies, rompiendo con impiedad las venas y nervios de aquellos miembros divinos, formados por el Espíritu Santo.

4. Cómo no alcanzando a los agujeros que habían formado en la cruz, aquellas sacratísimas manos que fabricaron los cielos, tiraron de ellas con inaudita crueldad para hacerlas llegar; quedando aquel santísimo cuerpo, a quien estaba unida la Divinidad, tan descoyuntado y desconcertado, que se le pudieron contar todos los huesos (Sal. XXI, 18).

5. Cómo estando pendiente de aquel duro leño, y sin otro apoyo que el de los clavos, se dilataron con un dolor indecible las heridas de su sagrado cuerpo con su misma gravedad y peso.

Si con estas consideraciones, o con otras semejantes, deseas excitar en tu corazón afectos del divino amor, procura, hija mía, pasar con la meditación a un sublime conocimiento de la bondad infinita de tu Salvador, que por tu amor quiso padecer tantas penas; pues a medida que se fuere aumentando en ti este conocimiento, crecerá tu amor.

De este mismo conocimiento de la suma bondad y amor infinito de Dios, sacarás una admirable disposición para formar actos fervientes de contrición y dolor de haber ofendido tantas veces, y con tanta ingratitud, a un Señor que, con excesos tan grandes de caridad y misericordia, se sacrificó por la satisfacción de tus ofensas.

Para formar y producir actos de esperanza, considera que el Señor, al sujetarse al rigor de tantos tormentos, y a la ignominia y oprobio de la cruz, no tuvo otro fin que exterminar el pecado del mundo, librarte de la tiranía del demonio, expiar tus culpas particulares, y reconciliarte con su eterno Padre (1 Jn. II), para que pudieras recurrir con confianza a su misericordia en todas tus necesidades.

Si después de haber considerado sus penas, consideras sus grandes y maravillosos efectos, si observas y adviertes que con su muerte quitó los pecados de todo el mundo (Hb. II), satisfizo la deuda de la posteridad de Adán (Rm. V), aplacó la ira de su eterno

Padre (Ef. VI. – Col. I), confundió las potestades del infierno, triunfó de la muerte misma (Os. XIII), y llenó en el cielo las sillas de los ángeles rebeldes (Sal. CIX), tu dolor se convertirá en alegría, y esta alegría se aumentará en tu corazón con la memoria de la que causó a toda la santísima Trinidad, a la bienaventurada Virgen María, a la Iglesia triunfante y a la militante, con la grande obra de la Redención del mundo.

Pero si quieres concebir un vivo dolor de tus pecados, aplica todos los puntos de tu meditación al único fin de persuadirte que Jesucristo no tuvo para padecer tantos tormentos, otro motivo que el de inspirarte un odio saludable de ti misma y de tus pasiones desordenadas, principalmente de la que te induce a mayores faltas, y desagrada más a su infinita Bondad.

Si quieres entrar en sentimientos y afectos de admiración, considera qué cosa puede haber más digna de maravilla y de asombro, que ver al Creador del universo, al Autor de la vida, morir a manos de sus criaturas; ver la Majestad suprema, ultrajada y envilecida; la justicia, condenada; la hermosura en que se miran los cielos, escupida y desfigurada; el objeto del amor y de la complacencia del eterno Padre, hecho el objeto del odio de los pecadores; la luz inaccesible (I Tm. VI, 16) abandonada al poder de las tinieblas; la gloria, la felicidad increada, sepultada en el oprobio y la miseria.

Para moverte a la compasión de este Salvador divino y ejercitarte en ella, penetra por las llagas exteriores del cuerpo hasta las interiores de su alma santísima; y si por aquéllas sintiere tu corazón grandísima pena, maravilla será que por éstas no se haga pedazos de dolor.

Esta grande alma veía claramente la divina Esencia como ahora la ve en el cielo; conocía con altísima luz de amor la adoración y culto que merece de todas las criaturas; representábansele al mismo tiempo los pecados de todas las naciones, de todos los siglos, de todos los estados, de todas las condiciones, y distinguía con la vivacidad de su divina penetración el número, el peso, la calidad y las circunstancias de todos y de cada uno de ellos; y como amaba a Dios cuanto podía amarle un alma unida al Verbo, en la proporción a este amor era el odio que tenía a los pecados; y en la medida de este amor y de este odio era el dolor que causaban en su alma santísima las ofensas contra aquella Majestad infinita; y como ni la bondad de Dios ni la malicia del pecado nadie las puede conocer bien sino Dios, ningún entendimiento humano ni angélico puede formar una justa idea de cuán grande, cuán intenso y cuán incomprensible fuese el dolor que afligía la mente, el espíritu y el alma de Jesucristo.

A más de esto, hija mía, como este adorable Salvador amaba sin tasa ni medida a todos los hombres, en proporción a este excesivo amor era su dolor y amargura por los pecados que habían de separarlos de su alma santísima. Sabía que ningún hombre podía cometer algún pecado mortal sin destruir la caridad y la gracia; que es el vínculo con que están unidos espiritualmente con Él todos los justos; y esta separación era en el alma de Jesucristo mucho más sensible y dolorosa que lo es al cuerpo la de sus miembros cuando se apartan de su lugar propio y natural; porque como el alma es toda espiritual, y de una naturaleza más excelente y perfecta que el cuerpo, es más capaz de sentimiento y dolor. Pero la más sensible de todas sus aflicciones fue la que le ocasionaron los pecados de

todos los réprobos, que no pudiendo de nuevo unirse con Él por la penitencia, habían de padecer en el infierno eternos tormentos.

Si a la vista de tantas penas sientes que tu corazón se mueve a la compasión de tu amado Jesús, entra más profundamente en la consideración de sus aflicciones, y hallarás que padeció dolores y penas incomprensibles, no solamente por los pecados que efectivamente has cometido, sino también por los que no has cometido jamás; porque nos mereció y alcanzó de su eterno Padre el perdón de unos y la preservación de los otros, con el precio infinito de su sangre.

No te faltarán, hija mía, otros motivos y consideraciones para condolerte con tu afligido Redentor; porque no ha habido ni habrá jamás algún dolor en criatura racional que no lo haya sentido en sí mismo; pues las injurias, las tentaciones, las ignorancias, las penitencias, las angustias y tribulaciones de todos los hombres afligieron más vivamente a Cristo, que a los mismos que las padecieron; porque vio perfectamente las infinitas aflicciones, espirituales y corporales de los hombres, hasta el mínimo dolor de cabeza; y con su inmensa, caridad quiso padecerlas e imprimirlas todas en su piadosísimo corazón.

Pero ¿quién podrá encarecer o ponderar dignamente cuán sensibles le fueron las penas y dolores de su Madre santísima? Porque en todos los modos y por todos los respectos que padeció Cristo, padeció igualmente, y fue afligida esta Señora; y aunque no tan intensamente, y en aquel grado fueron no obstante acerbísimas sus penas, y sobre toda comprensión (Lc. II, 35).

Estas penas renovaron las llagas internas de Jesús, penetrando, como otras tantas flechas encendidas de amor, su dulcísimo corazón. Por esta causa solía decir con santa simplicidad un alma muy favorecida de Dios, que el corazón de Jesús le parecía un infierno de penas voluntarias, donde no ardía otro fuego que el de la caridad.

Mas en fin, ¿cuál fue la causa y origen de tantos tormentos? Nuestros pecados. Por esto, hija mía, el mejor modo de compadecemos de Jesucristo crucificado, y demostrarle la gratitud y reconocimiento que le debemos, es dolernos de nuestras infidelidades puramente por su amor, aborrecer y detestar el pecado sobre todas las cosas, y hacer guerra continua a nuestros vicios como a sus más mortales enemigos; a fin de que, desnudándonos del hombre viejo, y vistiéndonos del nuevo, adornemos nuestras almas con las virtudes cristianas, que son las que forman su belleza y perfección.

CAPÍTULO LII

De los frutos que podemos sacar de la meditación de Cristo crucificado, y de la imitación de sus virtudes.

Los frutos que debes sacar, hija mía, de la meditación de Cristo crucificado, son:

El primero, que te duelas con amargura de tus pecados pasados, y te aflijas de que aún vivan y reinen en ti las pasiones desordenadas, que ocasionaron la dolorosa muerte de tu Señor.

El segundo, que le pidas perdón de las ofensas que le has hecho, y la gracia de un odio saludable de ti misma para que no lo ofendas más; antes bien lo ames y lo sirvas de todo corazón en reconocimiento de tantos dolores y penas como ha sufrido por tu amor.

El tercero, que trabajes con continua solicitud en desarraigar de tu corazón todas tus viciosas inclinaciones, por pequeñas y leves que sean.

El cuarto, que con todo el esfuerzo que pudieres, procures imitar las virtudes de este divino Maestro, que murió no solamente por expiar nuestras culpas, sino también por darnos el ejemplo de una vida santa y perfecta (I P. II, 21).

Quiero, hija mía, enseñarte un modo de meditar, de que podrás servirte con mucho fruto y provecho para este fin. Por ejemplo, si deseas, entre las virtudes de Jesucristo imitar particularmente su paciencia heroica en los males y tribulaciones que te suceden, considerarás los puntos siguientes:

El primero, lo que hace el alma afligida de Cristo mirando a Dios.

El segundo, lo que hace Dios mirando al alma de Cristo.

El tercero, lo que hace el alma de Cristo mirándose a sí misma, y a su sacratísimo cuerpo.

El cuarto, lo que hace Cristo mirándonos a nosotros.

El quinto, lo que nosotros debemos hacer mirando a Cristo.

Considera, pues, lo primero, cómo el alma de Jesús, absorta y transformada en Dios, contempla con admiración aquella Esencia infinita e incomprensible, en cuya presencia son nada las más nobles y excelentes criaturas (Is. XL, 13 et seqs.); contempla, digo, con admiración y asombro aquella Esencia infinita en un estado en que, sin perder nada de su grandeza y de su gloria esencial, se humilla y se sujeta a sufrir en la tierra los más indignos ultrajes por el hombre, de quien no ha recibido sino infidelidades, injurias y menosprecios; y cómo adora a aquella suprema Majestad, le tributa mil alabanzas, bendiciones y gracias, y se sacrifica enteramente a su divino beneplácito.

Lo segundo, mira después lo que hace Dios con el alma de Jesucristo; considera cómo quiere que este único Hijo, que es el objeto de su amor, sufra por nosotros y por nuestra salud las bofetadas, las contumelias, los azotes, las espinas y la cruz: considera la complacencia y satisfacción con que lo mira colmado de oprobios y de dolores por tan alta y tan gloriosa causa.

Lo tercero, representate cómo el alma de Jesucristo conociendo en Dios con luz altísima esta complacencia y satisfacción divina, ardientemente la ama; y este amor la obliga a sujetarse enteramente, con prontitud y alegría, a la voluntad de Dios (Flp. II). ¿Qué lengua podrá ponderar el ardor con que desea las aflicciones y penas? Esta grande alma no se ocupa sino en buscar nuevos modos y caminos de padecer; y no hallando todos los

que desea y busca, se entrega libremente (Jn. X, 19) con su inocentísima carne al arbitrio de los hombres más crueles y de los demonios.

Lo cuarto, mira después a tu amado Jesús, que volviéndose a ti con ojos llenos de misericordia, te dice dulcemente: Mira, hija el estado a que me han reducido tus desordenadas inclinaciones y apetitos; mira el exceso de mis dolores y penas, y la alegría con que los sufro, sin otro fin que el de enseñarte la paciencia. Yo te exhorto y te pido por todas mis penas que abracés con gusto la cruz que te presento, y todas las demás que te vinieren de mi mano. Abandona tu honor a la calumnia, y tu cuerpo al furor y rabia de los perseguidores que yo eligiere para ejercitarte y probarte, ya sean despreciables y viles, ya inhumanos y formidables. ¡Oh si supieses, hija, el placer y contento que me dará tu resignación y tu paciencia! Pero ¿cómo puedes ignorarlo, viendo estas llagas que yo he recibido a fin de adquirirme con el precio de mi sangre las virtudes con que quiero adornar y enriquecer tu alma, que amo entrañablemente? Si yo quise reducirme a tan triste y penoso estado por tu amor, ¿por qué no querrás tú sufrir un leve dolor por aliviar los míos, que son extremos? ¿Por qué no querrás curar las llagas que me ha ocasionado tu impaciencia, que es para mí un tormento más sensible y doloroso que todas las llagas de mi cuerpo?

Lo quinto, piensa después bien quién es el que te habla de esta suerte; y verás que es el mismo Rey de la gloria, Cristo Señor nuestro, verdadero Dios y verdadero hombre. Considera la grandeza de sus tormentos y de sus oprobios, que serían penas muy rigurosas para los más facinerosos delincuentes. Admírate de verlo en medio de tantas aflicciones, no solamente inmóvil y paciente, sino lleno de alegría, como si el día de su pasión fuese para Él un día de triunfo; y como el fuego, si se le echa un poco de agua se enciende más, así con los grandes trabajos y tormentos, que a su caridad inmensa le parecían pequeños, se le aumentaba el deseo de padecerlos mayores.

Pondera en tu interior que todo esto lo ha obrado padecido, no por fuerza (Jn. X, 18), ni por interés, sino por puro amor, como el mismo Señor lo dijo, y a fin de que a su imitación y ejemplo (I P. II, 21), te ejercites en la virtud de la paciencia. Procura, pues, comprender bien lo que pide y desea de ti, y la complacencia y gusto que le darás con el ejercicio de esta virtud. Concibe después deseos ardientes de llevar, no sólo con paciencia, sino también con alegría, la cruz que te envía, y otras más graves y pesadas, a fin de imitarle más perfectamente, y de hacerte más agradable a sus ojos.

Represéntate todos los dolores e ignominias de su pasión, y admirándote de la invariable constancia con que los sufría, avergüénzate de tu flaqueza: mira tus penas como imaginarias, en comparación de las que Él padecía por ti, persuadiéndote de que tu paciencia ni aun es sombra de la suya. Nada temas tanto como el no querer sufrir y padecer algo por tu Salvador, y desecha luego, como una sugestión del demonio, la repugnancia al padecimiento.

Considera a Jesucristo en la cruz como un libro espiritual (Ga. III) que debes leer continuamente para aprender la práctica de las más excelentes virtudes. Este es un libro, hija mía, que se puede justamente llamar libro de la vida, (Si. XXIV, 32. — Ap. III, 5), que a un mismo tiempo ilumina el espíritu con los preceptos, y enciende la voluntad con

los ejemplos. El mundo está lleno de innumerables libros; mas aun cuando se pudiesen leer todos, nunca se aprendería tan perfectamente a aborrecer el vicio y amar la virtud, como considerando a un Dios crucificado.

Pero advierte, hija mía, que los que se ocupan horas enteras en llorar la pasión de nuestro Redentor, y en admirar su paciencia; y después cuando les sucede alguna tribulación o trabajo se muestran tan impacientes como si no hubiesen pensado jamás en la cruz del Señor, son semejantes a los soldados poco experimentados, que mientras están en sus tiendas se prometen con arrogancia la victoria, y después a la primera vista del enemigo dejan las armas, y se entregan ignominiosamente a la fuga.

¿Qué cosa puede haber más torpe y miserable que mirar, como en claro espejo, las virtudes del Salvador, amarlas y admirarlas, y después, cuando se nos presenta la ocasión de imitarlas, olvidarnos de ellas totalmente?

CAPÍTULO LIII

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Hasta ahora, hija mía, he trabajado en proveerte, como has visto, de cuatro armas espirituales, y enseñarte el modo de servirte de ellas para vencer a los enemigos de tu salud y de tu perfección.

Ahora quiero mostrarte el uso de otra arma, más excelente, que es el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Este augusto Sacramento, así como excede en la dignidad y en la virtud a todos los demás Sacramentos, así de todas las armas espirituales es la más terrible para los demonios. Las cuatro primeras reciben toda su fuerza y virtud de los méritos de Cristo, y de la gracia que nos ha adquirido con el precio de su sangre; pero esta última contiene al mismo Jesucristo, su carne, su sangre, su alma y su divinidad. Con aquellas combatimos a nuestros enemigos con la virtud de Jesucristo; con esta los combatimos con el mismo Jesucristo, y el mismo Jesucristo los combate en nosotros y con nosotros; porque quien come la carne de Cristo y bebe su sangre, está en Cristo y Cristo en él (Jn. VI, 57).

Mas como puede comerse esta carne y beberse esta sangre en dos maneras, esto es, realmente, una vez cada día, y espiritualmente; cada hora y cada momento, que son dos modos de comulgar muy provechosos y santos, usarás del segundo con la mayor frecuencia que pudieres, y del primero todas las veces que te sea dado.

CAPÍTULO LIV

Del modo de recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Por diversos motivos y fines podemos recibir este divino Sacramento; pero para recibirlo con fruto se deben observar algunas cosas, antes de la comunión, cuando estamos para comulgar y después de haber comulgado.

Antes de la comunión (por cualquier fin o motivo que se reciba), debemos siempre purificar el alma con el Sacramento de la Penitencia, si reconocemos en nosotros algún pecado mortal. Después debemos ofrecernos de todo corazón y sin alguna reserva a Jesucristo, y consagrarle toda el alma con sus potencias, ya que en este Sacramento se da todo entero a nosotros este divino Redentor: su sangre, su carne, su divinidad, con el tesoro infinito de sus merecimientos; y como lo que nosotros le ofrecemos es poco o nada, en comparación de lo que a nosotros nos da, debemos desear tener cuanto le han ofrecido todas las criaturas del cielo y de la tierra, para hacer de todo a su divina Majestad una oblación agradable a sus ojos.

Si quieres recibir este Sacramento con el fin de obtener alguna victoria contra tus enemigos, empezará desde la noche del día precedente, o cuanto antes pudieres, a considerar cuánto desea el Hijo de Dios entrar por este Sacramento en nuestro corazón, a fin de unirse con nosotros, y de ayudarnos a vencer nuestros apetitos desordenados. Este deseo es tan ardiente en nuestro Salvador, que no hay espíritu humano capaz de comprenderlo.

Pero si quisieras formar alguna idea de este deseo, procura imprimir bien en tu alma estas dos cosas: la primera, la complacencia inefable que tiene la Sabiduría encarnada de estar con nosotros; pues a esto llama sus mayores delicias (Pr. VIII, 31); la segunda, el odio infinito que tiene al pecado mortal, tanto por ser impedimento de la íntima unión que desea tener con nosotros, cuanto por ser directamente opuesto a sus divinas perfecciones; porque siendo Dios sumo bien, luz pura y belleza infinita, no puede dejar de aborrecer infinitamente el pecado, que no es otra cosa que malicia, tinieblas, horror y corrupción.

Este odio del Señor contra el pecado es tan ardiente, que a sola su destrucción se ordenaron la obras del Antiguo y Nuevo Testamento, y particularmente las de la sacratísima pasión de su unigénito Hijo. Los Santos más iluminados aseguran que consentiría que su único Hijo volviese a padecer, si fuere necesario, mil muertes, por destruir en nosotros las menores culpas.

Después que con estas dos consideraciones hayas reconocido, bien que imperfectamente, cuánto desea nuestro Salvador entrar en nuestros corazones, a fin de exterminar enteramente nuestros enemigos y los suyos, excitarás en ti fervientes deseos de recibirle por este mismo fin; y cobrando ánimo y esfuerzo con la esperanza de la venida de tu divino Capitán, llamarás muchas veces con generosa resolución a la batalla la pasión dominante que desees vencer, y harás cuantos actos pudieres de la virtud contraria. Esta, hija mía, ha de ser tu principal ocupación por la tarde y por la mañana, antes de la sagrada comunión.

Cuando estuvieres ya para recibir el cuerpo de tu Redentor, te representarás por un breve

instante las faltas que hubieres cometido desde la última comunión; y a fin de concebir un vivo dolor de todas, considerarás que las has cometido contra tu Dios, muerto en una cruz por nuestra salud, y que has preferido un pequeño placer, una ligera satisfacción de tu propia voluntad a la obediencia que le debes y al honor y gloria de su Majestad, confundiéndote dentro de ti misma, reconociendo tu ceguera y detestando tu ingratitud; pero viniendo después a considerar que, aunque seamos muy ingratos, infieles y rebeldes, no obstante este inmenso abismo de caridad quiere darse a nosotros y nos convida a que lo recibamos, te acercaras a El con confianza, y le abrirás tu corazón para que entre en él, y lo posea como Señor absoluto, cerrando después todas sus puertas para que no se introduzca algún afecto impuro.

Después que hayas recibido la Comunión, te recogerás en seguida dentro de ti misma (Mt. VI, 6), y adorando con profunda humildad y reverencia al Señor, le dirás: Bien veis, único bien mío, con cuánta facilidad os ofendo, bien veis el imperio que tienen sobre mí las pasiones, y cuán flacas y débiles son mis fuerzas para resistirlas y sujetarlas. Vuestro es, Señor, el principal empeño de combatirlas; y si bien yo debo tener alguna parte en la pelea, no obstante de Vos solo espero la victoria.

Volviéndote después al Padre eterno, le ofrecerás en acción de gracias, y para obtener alguna victoria de ti misma, el inestimable tesoro que te ha dado en su mismo unigénito Hijo, que tienes dentro de ti; y tomarás, en fin, la resolución de combatir generosamente contra el enemigo que te hiciere más cruda guerra, esperando con fe la victoria; porque haciendo de tu parte lo que pudieres, Dios no dejará de socorrerte.

CAPÍTULO LV

Como debemos prepararnos para la comunión, a fin de excitar en nosotros el amor de Dios.

Si quieres, hija mía, que el sacramento de la Eucaristía produzca en ti sentimientos y afectos de amor de Dios, acuérdate del íntimo amor que Él te ha tenido; y desde la tarde que precederá a tu comunión, considera atentamente que este Señor, cuya majestad y poder no tienen límites ni medida, no contentándose con haberte creado a su imagen y semejanza, y haber enviado al mundo a su unigénito Hijo para que expiase tus culpas con los trabajos continuos de treinta y tres años, y con una muerte no menos acerba que ignominiosa en una cruz, te lo ha dejado en este divino Sacramento para que sea tu sustento y refugio en todas tus necesidades.

Considera bien, hija, cuán grande, cuán singular, y cuán perfecto es este amor en todas sus circunstancias:

1. Si miras y atiendes a su duración, hallarás que es eterno, y que no ha tenido principio; porque así como Dios es eterno en su divinidad, así lo es en el amor con que decretó en su mente divina darnos a su único Hijo de un modo tan admirable. Con esta consideración, llena de un júbilo interior, le dirás: ¿Es posible que en aquel abismo de eternidad fuera mi pequeñez tan estimada y tan amada de Dios, que se dignase pensar en mí antes de todos los siglos, y desease con tan inefable caridad darme por alimento la carne y la sangre de su único Hijo?

2. No hay amor en las criaturas, por vehemente que sea, que no tenga su término; solamente el amor con que Dios nos ama no tiene límites ni medida. Queriendo, pues, aquel sumo Bien satisfacer plenamente este amor, nos envió desde el cielo a su mismo Unigénito, en todo igual a Él, y de una misma sustancia y naturaleza, y así tan grande es el amor como el don, y el don como el amor, siendo el uno y el otro infinito, y sobre toda inteligencia creada.

3. Si Dios nos ama con tanto exceso, no es por fuerza o por necesidad, sino solamente por su intrínseca Bondad, que naturalmente lo inclina a colmarnos con sus beneficios.

4. Si atiendes al motivo de tan grande amor, no hallarás otro que su infinita liberalidad, porque de nuestra parte no precedió ni pudo preceder mérito alguno que moviese a este inmenso Señor a ejecutar con nuestra vileza tan grande exceso de amor.

5. Si vuelves el pensamiento a la pureza de este amor, verás claramente que no tiene como los amores del mundo ninguna mezcla de interés: Dios, hija mía, no necesita de nosotros ni de nuestros bienes (Sal. XV, 24), porque tiene dentro de sí mismo, sin dependencia de nadie, el principio de su felicidad y de su gloria. Si derrama sobre nosotros sus bendiciones, lo hace únicamente por nuestra utilidad y no por la suya.

Ponderando en lo íntimo de tu corazón estas cosas, dirás interiormente: ¿Quién hubiera creído, Señor, que un Dios infinitamente grande cómo Vos hubiese puesto su amor en una criatura tan vil y tan despreciable como yo? ¿Qué pretendéis Vos, oh Rey de la gloria? ¿Qué podéis esperar de mí, que no soy sino polvo y ceniza? Pero ya descubro bien, oh Dios mío, a la luz de vuestra encendida caridad, que sólo un motivo tenéis que más claramente me manifiesta la pureza de vuestro amor. Vos no pretendéis otra cosa en daros y comunicaros enteramente a mí en este Sacramento, sino transformarme en Vos,

a fin de que yo viva en Vos, y Vos viváis en mí, y de que con esta unión íntima, viniendo yo a ser una misma cosa con Vos, se trueque un corazón todo terreno, como el mío, en un corazón todo espiritual como el vuestro.

Después de esto entrarás en sentimientos y afectos de admiración y de alegría, por ver las señales y pruebas que el Hijo de Dios te da de su estimación y de su amor, persuadiéndote que no busca ni pretende otra cosa que ganar tu corazón, y unirse contigo; y desasiéndote de las criaturas y de ti misma que eres del número de las más viles criaturas, te ofrecerás enteramente a su Majestad en holocausto, a fin de que tu memoria, tu entendimiento, tu voluntad y tus sentidos no obren con otro movimiento que con el de su amor, ni con otro fin que el de agradarle.

Considerando después que, sin su gracia, nada es capaz de producir en nosotros las disposiciones necesarias para recibirlo dignamente en la Eucaristía, le abrirás tu corazón, y procurarás atraerlo con jaculatorias breves, pero vivas y ardientes; como son las que siguen: ¡Oh manjar celestial! ¡Cuándo llegará la hora en que yo me sacrifique toda a Vos, no con otro fuego que con el de vuestro amor! ¡Cuándo, oh amor increado, oh pan vivo, cuándo llegará el tiempo en que yo viva únicamente en Vos, por Vos y para Vos! ¡Oh maná del cielo, vida dichosa, vida eterna, cuándo vendrá el día venturoso, en que, aborreciendo todos los manjares de la tierra, yo no me alimente sino de Vos! ¡Oh sumo Bien mío, única alegría mía, cuándo llegará este dichoso tiempo! ¡Desasid, Dios mío, desde ahora, desasid este corazón de las criaturas; libradlo de la servidumbre de sus pasiones y de sus vicios, adornadlo de vuestras virtudes; extinguid en él cualquier otro deseo que el de amaros, serviros y agradaros. De este modo yo os abriré todo el corazón, os convidaré y aun usaré, si fuere necesario, de una dulce violencia para atraeros. Vos vendréis, en fin, entraréis y os comunicaréis a mí, oh único tesoro mío, y obraréis en mi alma los admirables efectos que deseáis. En estos tiernos y afectuosos sentimientos, podrás, hija mía, ejercitarte por la tarde y por la mañana, a fin de prepararte para la Comunión.

Cuando ésta se acerca, considera bien a quién vas a recibir; y advierte, que es el Hijo de Dios, de Majestad tan incomprensible, que en su presencia tiembla los cielos (Jb. XXVI, II) y todas las potestades; el Santo de los Santos, el espejo sin mancha (Sb. VII, 26), la pureza increada, en cuya comparación son inmundas todas las criaturas (Jb. XV, 15. – XXV), aquel Dios humillado, que por salvar a los hombres quiso hacerse semejante a un gusano de la tierra (Sal. XXI, 7), ser despreciado, escarnecido, pisado, escupido y crucificado por la ingratitud y detestable malicia de los hombres.

Piensa que es el inmenso y omnipotente Señor, árbitro de la vida y de la muerte (Si. XI, 14), y de todo el universo; y por otra parte que tú de tu propio caudal y fondo no eres sino la pura nada, que por tus pecados te has hecho inferior a las más viles criaturas irracionales, y que, en fin, mereces ser esclava de los mismos demonios.

Imagina y piensa, que en retorno de los beneficios y obligaciones infinitas que debes a tu Salvador, le has ultrajado cruelmente, hasta pisar con execrable vilipendio la sangre que derramó por ti, y fue el precio de tu redención; y con todo, su caridad, siempre constante y siempre inmutable, te llama y te convida a su mesa (Jr. XXXI), y alguna vez te

amenaza con enfermedad mortal para obligarte a que asistas a ella (Lc. XIV). Este Padre misericordioso está siempre pronto a recibirte; y aunque a sus ojos comparezcas cubierta de lepra, coja, hidrópica, ciega, endemoniada, y lo que es peor, llena de vicios y de pecados, no por esto te cierra la puerta (Is. LX, II), ni te vuelve las espaldas. Todo lo que pide y desea de ti es: 1° Que tengas un sincero dolor de haberlo ofendido tan indignamente. 2° Que aborrezcas y detestes sobre todas las cosas, no solamente el pecado mortal, sino también el venial. 3° Que estés aparejada y dispuesta a hacer siempre su voluntad, y que en las ocasiones que se ofrecieren la ejecutes prontamente y con fervor. 4° Que tengas después una firme confianza de que te perdonará todas tus culpas, te purificará de todos tus defectos, y te defenderá de todos tus enemigos.

Confortada con este amor inefable del Señor, te llegarás después a comulgar con un temor santo y amoroso, diciendo: Yo no soy digna, Señor, de recibirlos, porque os he ofendido muy gravemente, y no he llorado como debo vuestra ofensa, ni dado alguna satisfacción a vuestra justicia. No soy digna, Señor, de recibirlos, porque no estoy totalmente purificada del afecto de las culpas veniales. No soy digna, Señor, de recibirlos, porque aún no me he entregado de todo corazón a vuestra obediencia y voluntad. Pero ¡oh Dios mío, único bien y esperanza mía! ¿A dónde iré, si me retiro de Vos? Lejos de Vos, ¿en dónde hallaré la vida? ¡Ah, Señor! No os olvidéis de vuestra Bondad, acordaos de vuestra palabra, hacedme digna de que os reciba dentro de mi pecho con fe y amor. Con temblor me acerco a Vos; mas también llena de confianza; vuestra Divinidad que toda entera se oculta en vuestro Sacramento, me llena de un miedo religioso, pero al mismo tiempo vuestra infinita Bondad, que en este misterio derrama con una especie de profusión todos sus tesoros, me anima extraordinariamente.

Después que hubieres comulgado, entrarás luego en un profundo recogimiento, y cerrando la puerta de tu corazón (Mt. VI), no pienses sino en tratar y conversar con tu Salvador, diciéndole estas, o semejantes palabras: Oh soberano Señor del cielo, ¿quién ha podido obligaros a descender desde vuestro trono a una criatura pobre, miserable, ciega y desnuda como yo? El Señor te responderá luego: El amor. Tú le replicarás: ¡Oh amor increado! ¿qué pretendéis y deseáis de mí? Ninguna otra cosa, te responderá, sino tu amor.

Yo no quiero, hija mía, en tu corazón otro fuego que el de la caridad: este fuego, victorioso de los ardores impuros, de tus pasiones, abrasará tu voluntad (Dt. IV), y hará de ella una preciosa víctima: esto es lo que deseo y he deseado siempre de ti. Yo quiero ser todo tuyo, y que tú seas toda mía; lo cual no podrá ser mientras, no haciendo de ti aquella resignación en mi voluntad, que tanto me agrada y me deleita, estuvieres pegada al amor de ti misma, a tu propio parecer, al deseo de la libertad y de la vanagloria del mundo.

Nada, pues, hija mía, pretendo y quiero de ti, sino que te aborrezcas a ti misma, a fin de que puedas amarme: que me des tu corazón (Pr. XXIII) para que yo pueda unirlo con el mío, que fue abierto para ti en la cruz (Jn. XIV, 34). Bien ves, hija mía, que yo soy de infinito precio (I Co. VI); y no obstante es tanta mi Bondad, que sólo quiero apreciarme en lo mismo que vales tú: cómprame, pues, hija mía, cómprame, pues no te cuesta más

que el darte enteramente a mí. Yo quiero que a mí solo me busques, en mí solo pienses, a mí solo me escuches, mires y atiendas, a fin de que yo sea el único objeto de tus pensamientos y de tus deseos, y no obres sino solamente en mí, y para mí. Quiero también que tu nada llegue a sumergirse enteramente en mi grandeza infinita, para que de esta suerte tú halles en mí toda tu felicidad y contento, y yo halle en ti complacencia y descanso.

Finalmente, ofrecerás al eterno Padre su Unigénito amado, primero en acción de gracias, después por tus propias necesidades, por las de toda la santa Iglesia, de todos tus parientes, de aquellas personas a quienes tienes alguna obligación, y por las almas del purgatorio; uniendo este ofrecimiento con el que el mismo Salvador hizo de sí mismo en el árbol de la cruz (Lc. XXIII, 46), cuando cubierto de llagas y de sangre se ofreció en holocausto a su Padre por la redención del mundo; y asimismo le podrás ofrecer todos los sacrificios que en aquel día se ofrecieren a Dios en su santa Iglesia.

CAPÍTULO LVI

De la comunión espiritual.

Aunque no se puede recibir el Señor sacramentalmente sino una sola vez al día, no obstante se puede recibir espiritualmente, como dije arriba, cada hora y cada momento. Este es un bien, hija mía, de que solamente puede privarnos nuestra negligencia o culpa; y para que comprendas su fruto y excelencia, sabe que algunas veces será más útil al alma y más agradable a Dios esta comunión espiritual, que muchas comuniones sacramentales, si se reciben con tibieza y sin la debida preparación.

Siempre que estuvieres dispuesta, hija mía, para esta especie de Comunión, el Hijo de Dios estará pronto a darse y comunicarse a ti para ser tu alimento.

Cuando quisieras prepararte a recibirlo de este modo, levanta tu espíritu hacia Él, y después que hayas hecho alguna reflexión sobre tus pecados, le manifestarás un verdadero y sincero dolor de tu ofensa. Después le pedirás con profundo respeto, y con viva fe, que se digne venir a tu alma, y que derrame en ella nuevas bendiciones y gracias, para curarla de sus flaquezas, y fortalecerla contra la violencia de sus enemigos.

Asimismo, siempre que quisieres mortificar alguna de tus pasiones, o hacer algún acto de virtud, te servirás de esta ocasión para preparar tu corazón al Hijo de Dios, que te lo pide continuamente; y volviéndote después a Él, pídele con fervor que se digne venir a ti, como médico, para curarte, y como protector para defenderte, a fin de que ninguna cosa le estorbe o le impida poseer tu corazón.

Acuérdate también de tu última comunión sacramental, y encendida toda en el amor de tu Salvador, le dirás: ¿Cuándo, Dios y Señor mío, volveré a recibiros dentro de mi pecho? ¿Cuándo llegará este dichoso día? Pero si quieres disponerte mejor y más debidamente para esta comunión espiritual, dirigirás desde la tarde precedente todas las mortificaciones, actos de virtud, y demás buenas obras que hicieres, a este fin.

Considerando cuán grande es el bien y felicidad del alma que comulga dignamente, pues por este medio recobra las virtudes que ha perdido, vuelve a su antigua y primera hermosura, participa de los preciosos frutos y méritos de la cruz, y haz, en fin, una acción muy agradable al eterno Padre (el cual desea que todos gocen de este divino Sacramento), procura excitar en tu corazón un deseo ardiente de recibirlo, por contentar y agradar a quien con tanto amor desea comunicarse a ti, y en esta disposición le dirás: Señor, ya que no me es permitido recibiros hoy sacramentalmente, haced a lo menos, por vuestra infinita Bondad, que purificada de todas mis imperfecciones, y curada de todas mis dolencias y enfermedades, yo merezca recibiros espiritualmente cada día y cada hora del día, a fin de que, hallándome fortificada con nueva gracia, resista animosamente a mis enemigos, y principalmente al que ahora, por agradaros y contentaros, hago particularmente la guerra.

CAPÍTULO LVII

Del modo de dar gracias a Dios.

Siendo de Dios todo el bien que poseemos (Jacob. I, 17) y obramos, es muy justo que le rindamos continuas acciones de gracias por todas las buenas obras que hacemos, por todas las victorias que alcanzamos de nosotros mismos, y por todos los beneficios comunes y particulares que recibimos de su mano.

Para que podamos satisfacer propia y debidamente esta obligación, hemos de considerar el fin que mueve al Señor derramar con tanta liberalidad sobre nosotros sus bendiciones y gracias; porque este conocimiento nos enseñará de qué modo quiere que le mostremos nuestra gratitud y reconocimiento. Como su fin principal en los favores y misericordias que nos reparte, es exaltar su gloria y atraernos a su servicio, harás desde luego esta reflexión dentro de ti misma: ¡Oh, con cuánto poder, sabiduría y bondad se ha dignado Dios hacerme este beneficio!

Después, considerando que en ti misma no hay verdaderamente cosa alguna que merezca semejante gracia, antes bien muchas ingratitudes y culpas que te hacen indigno de ella, dirás al Señor con profundísima humildad: ¿Es posible, Señor, que con tanta bondad y misericordia os dignéis poner los ojos en la más vil y abominable de todas vuestras criaturas, y colmarla de vuestros favores y beneficios? Sea vuestro nombre bendito y alabado por todos los siglos de los siglos.

Finalmente, viendo que en retorno de tantos beneficios no te pide otra cosa sino que ames y sirvas a tu bienhechor, concebirás grandes sentimientos de amor por un Dios tan bueno, y deseos fervientes de hacer en todas las cosas su divina voluntad; y a este fin añadirás un sincero ofrecimiento de ti misma en el modo que verás en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO LVIII

Del ofrecimiento.

Para que este ofrecimiento sea muy agradable a Dios, se han de observar dos circunstancias: la primera es que ha de unirse y acompañarse con los ofrecimientos que hizo Jesucristo a su eterno Padre en el curso de su vida pasible y mortal; la segunda, que nuestro corazón esté desasido enteramente del amor de las criaturas.

En orden a la primera, has de saber que mientras vivía el Señor en este valle de lágrimas, ofrecía a su Padre celestial, no solamente su persona y sus acciones particulares, sino también las de todos los hombres con sus mismas personas. Conviene, pues, hija mía, que juntemos nuestros ofrecimientos con los suyos, para que con esta unión los suyos santifiquen los nuestros.

En cuanto a la segunda, importa mucho examinar bien, antes de hacer este sacrificio de nosotros mismos, si nuestro corazón tiene alguna adhesión o apego a las criaturas; y si reconociéremos que no está libre y exento de toda afición impura y terrena, debemos recurrir al Señor y pedirle que rompa nuestros lazos, a fin de que no haya cosa alguna en nosotros que nos impida el ser enteramente suyos. Este punto, hija mía, es muy importante, porque ofrecernos a Dios, estando asidos a las criaturas, es burlarnos en alguna manera de Dios; pues como entonces no somos señores de nosotros mismos, sino esclavos de aquellas criaturas a quienes hemos entregado nuestro corazón, venimos a ofrecer a Dios una cosa que no es verdaderamente nuestra, sino ajena: de donde nace que aunque muchas veces nos ofrecemos a Dios, como siempre nos ofrecemos de esta manera, no solamente no crecemos en las virtudes, sino antes bien caemos en nuevas imperfecciones y pecados.

Bien podemos algunas veces ofrecernos a Dios, aunque tengamos algún apego a las cosas del mundo; pero esto ha de ser solamente a fin de que su Bondad infinita nos inspire la aversión y disgusto de las criaturas, y podamos después, sin algún estorbo, entregarnos a su servicio. Importa mucho repetir este ofrecimiento con frecuencia y fervor.

Sean, pues, hija mía, puros todos nuestros ofrecimientos: no tenga en ellos alguna parte nuestra propia voluntad; no atendamos ni a los bienes de la tierra, ni a los del cielo; miremos solamente a la voluntad de Dios; adoremos su Providencia, y sujetémonos ciegamente a sus órdenes y disposiciones, sacrifiquémosle todas nuestras inclinaciones, y olvidándonos de todas las cosas creadas, digámosle: Veis aquí, Dios y Creador mío, que yo os ofrezco y consagro todo lo que tengo: yo sujeto y rindo enteramente mi voluntad a la vuestra; haced de mí lo que fuere de vuestro divino agrado, así en la vida como en la muerte, así en el tiempo como en la eternidad.

Si estos afectos y sentimientos fueren sinceros y verdaderos, y te nacieren del corazón, lo cual conocerás fácilmente al sucederte cosas contrarias y adversas, adquirirás en breve tiempo grandes merecimientos, que son tesoros infinitamente más preciosos que todas las riquezas de la tierra; serás toda de Dios, y Dios será todo tuyo, porque Él se da siempre a los que renuncian a sí mismos, y a todas las criaturas por su amor. Esto, hija mía, es sin duda un poderoso medio para vencer todos tus enemigos: porque si con este sacrificio

voluntario llegas a unirte de tal suerte con Dios, que seas toda suya y recíprocamente Él todo tuyo, ¿qué enemigo habrá que sea capaz de perjudicarte?

Pero descendiendo a más distinta y particular especificación de este punto, que siempre quisieres ofrecer a Dios alguna obra tuya, como ayunos, oraciones, actos de paciencia, y otras acciones meritorias, conviene que desde luego te acuerdes de los ayunos, oraciones y acciones santas de Jesucristo; y poniendo toda tu confianza en el valor y mérito de ellas, presentes así las tuyas al Padre eterno. Pero si quieres ofrecerle los tormentos y penas que sufrió nuestro Redentor en satisfacción de nuestros pecados, podrás hacerlo de este modo o de otro semejante:

Representate en general o en particular los desórdenes de tu vida pasada; y hallándote convencida de que por ti misma no puedes aplacar la ira de Dios, ni satisfacer su justicia, recurre a la vida y pasión de tu Salvador; acuérdate que cuando oraba, ayunaba, trabajaba y vertía su sangre, todas estas acciones y penas las ofrecía a su eterno Padre, a fin de obtenernos una perfecta reconciliación con su Majestad divina: Vos veis, le decía, Padre mío celestial y eterno, que conformándome con vuestra voluntad, satisfago superabundantemente (Sal. CXXIX) vuestra justicia por los pecados y deudas de N. Sea, pues de vuestro divino agrado perdonarlo y recibirlo en el número de vuestros escogidos. Conviene, hija mía, que entonces juntes tus ruegos con los de Jesucristo, y pidas al Padre eterno que use contigo de misericordia por los méritos de la pasión de su santísimo Hijo. Esto podrás practicar siempre que medites sobre la vida o muerte de nuestro Redentor, no solamente cuando pases de un misterio a otro, sino también de una circunstancia a otra de cualquier misterio; y de este género de ofrecimiento te podrás servir, ya ruegues por ti, o ya ruegues por otros.

CAPÍTULO LIX

De la devoción sensible y de la sequedad del espíritu.

La devoción sensible procede o de la naturaleza, o del demonio, o de la gracia. De los efectos que obrare o produjere en ti, podrás, hija mía, conocer fácilmente su origen; porque si no produce la enmienda y reformation de tu vida, puedes justamente temer que proceda del demonio o de la naturaleza, principalmente si te inclinas y te aficionas con exceso al gusto y dulzura que te causa, y vienes a concebir mejor opinión de ti misma.

Siempre, pues, que sintieres lleno tu corazón de consolaciones y gustos espirituales, no pierdas el tiempo en examinar la causa de donde proceden; procura solamente tener tu nada delante de los ojos; conservando un grande aborrecimiento de ti misma, y desnudándote de toda inclinación o afecto particular a cualquier objeto creado, aunque sea espiritual; no busques sino solamente a Dios, ni desees más que agradarle; porque de este modo, aunque la dulzura o gusto que sientes proceda de un mal principio, mudará de naturaleza y empezará a ser un efecto de la gracia.

La sequedad del espíritu puede igualmente proceder de las mismas tres causas:

1. Del demonio, que suele servirse de este medio para, enfriarnos en el servicio de Dios, divertirnos del camino de la virtud, y aficionarnos a los vanos placeres del mundo.
2. De la naturaleza corrompida, que nos precipita en muchas imperfecciones y faltas, nos hace tibios y negligentes, y nos inclina poderosamente al amor de los bienes de la tierra.
3. De la gracia, por diversos fines: o para avisarnos que seamos más diligentes en apartar de nosotros cualquier afecto, propensión y ocupación que nos desvíe de Dios, y que no lo tenga por fin; o para que conozcamos con experiencia que todo nuestro bien procede (Jacob. IV) de su infinita Bondad; o para que en adelante hagamos más estimación de sus dones, y seamos más humildes y cautos en conservarlos; o para que procuremos unirnos más estrechamente con su divina Majestad, con una total abnegación de nosotros mismos, y de los gustos y dulzuras espirituales, a que, aficionada nuestra voluntad, divide el corazón que el señor quiere todo para sí (Pr. XXIII) o finalmente, porque su divina Majestad se complace, para bien y utilidad nuestra, en que combatamos con todas las fuerzas, valiéndonos del auxilio de su gracia.

Siempre, pues, hija mía, que sintieres alguna sequedad de tu espíritu, entra dentro de ti misma, registra con los ojos de la consideración toda tu conciencia, y mira qué defecto hay en ella que te haya privado de la devoción sensible, y procura corregirlo y enmendarlo luego, no por recobrar el gusto sensible de la gracia, sino por desterrar de tu corazón todo lo que ofende y desagrada a Dios.

Pero si después de un exacto y diligente examen de tu conciencia, no hallares en ti defecto alguno, no pienses más en la devoción sensible; procura solamente adquirir la verdadera devoción, la cual consiste en resignarse enteramente a la voluntad de Dios. No dejes jamás tus ejercicios espirituales, antes bien continúaos con constancia, por infructuosos que te parezcan, bebiendo con gusto el cáliz de amargura que te ofrece tu Padre celestial.

Y si sobre la sequedad interior que padeces, y te hace como insensible a las cosas de

Dios, sientes también tu espíritu embarazado y lleno de tan oscuras tinieblas, que no sepas cómo determinarte, ni qué partido o consejo abrazar en esta confusión; no por eso, hija mía, te desalientes, antes bien procura estar siempre unida con la cruz que el Señor te envía, despreciando todos los alivios humanos, y todos los vanos consuelos que pueden darte el mundo y las criaturas.

No descubras tu pena sino solamente a tu padre espiritual, a quien deberás manifestarla, no para hallar alivio o consuelo, sino instrucción y luz para saberla sufrir con una entera y perfecta resignación en la divina voluntad.

No frecuentes las comuniones, ni apliques las oraciones y otros ejercicios espirituales, a fin de que el Señor te libre de la cruz, sino sólo a fin de que te dé fuerza y vigor para estar y permanecer en ella a su ejemplo y a su mayor honra y gloria y hasta la muerte.

Si la oscuridad y turbación de tu espíritu no te permitieren orar y meditar como solías, ora y medita siempre en la mejor forma y modo que pudieres; y si no pudieres orar con el entendimiento, suple este defecto con los afectos de la voluntad y con las palabras; hablando contigo misma y con tu Señor, sentirás en ti maravillosos efectos de esta santa práctica, y tu corazón cobrará grande vigor y aliento, para no desmayar en las tribulaciones.

Dirás, pues, en estos casos, hablando contigo misma: *Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me?* (Sal. XLII, 5). ¡Oh alma mía! ¿por qué estás tan triste, y por qué me causas tanta inquietud y pena? *Spera in Deo; quoniam adhuc confitebor illi salutare vultus mei, et Deus meus*: Espera en Dios: porque yo confesaré aún sus alabanzas, pues es mi Salvador y mi Dios. *Ut quid Domine recessisti longe despicias in opportunitatibus, in tribulatione?* (Sal. IX, 22). *Non me derelinquas usquequaque* (Sal. CXVIII). ¿De dónde nace, Señor, que Vos os hayáis alejado de mí? ¿Por qué me menospreciáis, cuando necesito más de vuestra asistencia? No me desamparéis de todo punto.

Y acordándote de los sentimientos que Dios inspiró a Sara, mujer de Tobías en el tiempo de las tribulaciones, dirás como ella con viva y alentada voz: Dios mío todos los que os sirven, saben que si son probados en esta vida con aflicciones, serán coronados: que si gimen con el peso de sus penas, serán algún día libres y exentos de toda tribulación: si Vos los castigáis con justicia, podrán recurrir a vuestra misericordia; porque Vos no gustáis de vernos perecer. Vos hacéis que suceda la calma a la tempestad, y la alegría al llanto. ¡Oh Dios de Israel! sea vuestro nombre bendito y alabado en todos los siglos (Tb. XIII, 3).

Represéntate también a tu divino Salvador, que en el huerto y en el Calvario se vio desamparado de su eterno padre en la parte inferior y sensitiva; y llevando la cruz con Él, dirás de todo corazón (Mt. XXVI, 42): *Fiat voluntas tua*: Hágase vuestra voluntad, y no la mía. De este modo, hija mía, juntando el ejercicio de la paciencia con el de la oración, adquirirás infaliblemente la verdadera devoción, por el sacrificio voluntario que harás de ti misma a Dios; porque como ya he dicho, la verdadera devoción consiste únicamente en una voluntad pronta y determinada de seguir a Jesucristo con la cruz, por dondequiera que nos llamare; en amar a Dios porque merece ser amado; y en dejar, si fuere

necesario, a Dios por Dios. Si muchas personas que se dan a la vida espiritual y devota, especialmente las mujeres, midiesen por esta devoción, y no por la sensible su aprovechamiento, no serían engañadas de sí mismas, ni del demonio; ni murmurarían, como suelen, contra Dios, quejándose con detestable ingratitud de la gracia y singular favor que les hace de probar su paciencia; antes se aplicarían a servirlo con mayor fervor y fidelidad, sabiendo que con su providencia misericordiosa ordena o permite todas las cosas para su gloria y para nuestro bien.

Es también muy peligrosa la ilusión que padecen algunas mujeres, las cuales, aunque aborrecen verdaderamente el pecado, y ponen todo el cuidado posible de evitar las ocasiones peligrosas; no obstante, si el espíritu inmundo las molesta con pensamientos deshonestos y abominables, y con visiones torpes y horribles, se afligen, se turban y pierden el ánimo, porque creen que Dios las ha desamparado enteramente, no pudiendo persuadirse que el Espíritu Santo quiera habitar en un alma, llena de pensamientos tan impuros; y así, preocupadas de esas falsas ideas, se abandonan de tal suerte a la tristeza y a la desesperación, que casi vencidas de la tentación, piensan dejar sus ejercicios espirituales, y volverse a Egipto (Núm. XIV, 4.).

Este error nace comúnmente de no comprender semejantes almas el favor insigne que Dios les hace en permitir que sean tentadas, pues las reduce por este medio al conocimiento de sí mismas, y las obliga y fuerza a recurrir, como necesitadas de socorro, a su Bondad infinita. También en este proceder descubren claramente su enorme ingratitud; pues se lamentan y duelen de lo mismo que debería dejarlas reconocidas y obligadas a su divina Misericordia.

Lo que en semejantes casos debemos hacer, hija mía, es considerar bien las inclinaciones perversas de nuestra naturaleza corrompida; porque Dios, que conoce lo que nos es más útil y saludable, quiere que comprendamos bien nuestra facilidad y detestable propensión al pecado; y que sin su asistencia y socorro, nos precipitaríamos en la más funesta y formidable de todas las desgracias. Después debemos obligarnos a la confianza en su divina Misericordia, persuadiéndonos firmemente que, pues nos hace ver el peligro, desea y pretende atraernos y unirnos más estrechamente a sí con la oración; de lo cual le tenemos que dar las más rendidas y humildes gracias.

Pero volviendo a los pensamientos torpes y deshonestos, has de advertir, hija mía, y tener por regla segura, que se disipan mejor con un humilde sufrimiento de la pena y mortificación que nos causan, y con la aplicación de nuestro espíritu a algún otro objeto, que con una resistencia inquieta y forzada.

CAPÍTULO LX

Del examen de conciencia.

Tres cosas debes considerar, hija mía, en el examen de tu conciencia; la primera, las faltas cometidas durante todo el día; la segunda, las ocasiones en que se originaron; la tercera, la disposición en que te hayas de comenzar de nuevo a corregir tus vicios, y adquirir las virtudes contrarias.

En cuanto a las faltas cometidas, observarás lo que dejo advertido en el capítulo XXVI, que contiene todo lo que debemos hacer cuando hubiéremos caído en algún pecado. Por lo que hace a las ocasiones de tus caídas, procurarás evitarlas con todo el cuidado y vigilancia posible.

En fin, para enmendar y corregir tus defectos, y adquirir las virtudes que te faltan, fortificarás tu voluntad con la desconfianza de ti misma, con la oración y con frecuentes deseos de destruir tus viciosas inclinaciones, y de adquirir hábitos buenos.

Si te pareciere que has conseguido algunas victorias contra ti misma, o que has ejecutado algunas buenas obras, guárdate de pensar mucho en ellas, si no quieres perder el mérito y el fruto; y de que se introduzca insensiblemente en tu corazón algún sentimiento oculto de presunción y de vanagloria. Procura en estos casos poner todas tus obras, tales cuales fueren, en las manos de la Misericordia divina, y no pienses sino en satisfacer y cumplir con mayor fervor que nunca todas tus obligaciones.

No te olvides de rendir a Dios humildes acciones de gracias por todos los socorros que en este día has recibido de su divina mano. Reconócele por único Autor de todos los bienes (Jacob. I), y alaba y ensalza particularmente su Misericordia, porque te ha librado de tantos enemigos, ya visibles y manifiestos, ya invisibles y ocultos; porque te ha inspirado buenos pensamientos, te ha dado ocasiones de ejercitar las virtudes, y te ha hecho, en fin, otros muchos beneficios que no conoces.

CAPÍTULO LXI

Cómo en este combate espiritual debemos perseverar hasta la muerte.

Entre las cosas que son necesarias en este combate, la más principal es la perseverancia, que es la virtud con que debemos aplicarnos sin intermisión ni descanso a mortificar nuestras pasiones, que nunca llegan a morir mientras vivimos, antes bien, brotan y crecen siempre en nuestro corazón, como en campo fértil de malas hierbas.

Es locura el pensar que podemos dejar de combatir mientras vivimos; porque esta guerra no se acaba sino con la vida, y cualquiera que rehusare la pelea, perderá infaliblemente la libertad o la vida. Tenemos que luchar con enemigos irreconciliables, de los cuales no podemos esperar jamás paz ni tregua; porque es implacable y continuo el odio que nos tienen, y nunca es mayor el peligro de nuestra ruina que cuando nos fiamos de su amistad.

Pero si bien son muchos y formidables los enemigos que de todas partes nos cercan, no obstante, hija mía, no te espantes ni de su número, ni de sus fuerzas; porque en esta batalla solamente puede quedar vencido quien quiere serlo; y toda la fuerza y poder de nuestros enemigos está en las manos del Capitán, por cuyo honor y gloria hemos de combatir, el cual no solamente no permitirá que te ofendan ni que seas tentada sobre tus fuerzas (I Co. X, 13), más tomará las armas en tu favor y defensa; y como más poderoso que tus contrarios, te dará infaliblemente la victoria, si combatiendo tú en su compañía vigorosamente, no pones la confianza en tus propias fuerzas, sino en su poder y bondad.

Mas si el Señor tardare en socorrerte, y te dejare en el peligro, no por eso pierdas el ánimo ni la confianza; cree firmemente que su divina Majestad dispondrá las cosas de suerte que todo lo que parece que impide la victoria, se convierta en beneficio y ventaja tuya.

Sigue, pues, hija mía, constante y generosamente a este celestial y divino Capitán que por ti sufrió la muerte, y muriendo venció al mundo. Combate animosamente debajo de sus insignias, no dejes las armas hasta tanto hayas destruido a todos tus enemigos; porque si dejes vivo uno solo, si te descuidares de corregir una sola de tus pasiones o vicios, esta pasión o vicio será como una paja en el ojo, o como una flecha en el corazón, que inhabilita para la pelea, retardará tu triunfo.

CAPÍTULO LXII

Del modo de prevenimos contra los enemigos que nos asaltan a la hora de la muerte.

Aunque toda nuestra vida no es sino una continua guerra (Jb. VI, I), es cierto, no obstante, que la principal y más peligrosa batalla será la última, porque de ella depende nuestra vida o nuestra muerte eterna (Eccles. XI).

Para no peligrar, pues, entonces con daño irreparable, procura ejercitarte en este combate ahora que Dios te concede el tiempo y las ocasiones; porque sólo quien combate valerosamente en la vida puede esperar ser victorioso en la muerte por la costumbre que ha adquirido de vencer a sus más formidables enemigos. Además, piensa frecuentemente y con atenta consideración en la muerte, porque de esta suerte, cuando estuviere vecina, te causará menos espanto, y tu espíritu estará más sereno, libre y pronto para la batalla (Eccles. II).

Los que se entregan a los placeres del mundo, huyen de esta consideración por no interrumpir el gusto que perciben de las cosas terrenas; porque como están asidos voluntariamente a ellas, les serviría de grande aflicción considerar que las habrán de dejar algún día; y así, no se disminuye en ellos el afecto desordenado, antes va siempre en aumento y cobra nuevas fuerzas; de donde proviene que les causa grande aflicción dejar esta vida y los deleites mundanos, siendo mayor la pena de aquellos hombres que gozaron más tiempo de ellos. Mas para prepararte mejor a este terrible paso del tiempo a la eternidad, imagínate alguna vez que te hayas sola y sin ningún socorro entre las angustias y congojas de la muerte; considera atentamente las cosas de que hablaré en los capítulos siguientes, que son las que entonces podrán causarte mayor aflicción y pena; y no te olvides de los remedios que te propongo, a fin de que puedas servirte de ellos en este último trance; porque conviene que aprendas a hacer bien lo que no has de hacer sino una sola vez, si no quieres cometer una falta irreparable que causaría tu infelicidad eterna.

CAPÍTULO LXIII

De cuatro géneros de tentaciones con que nos asalta el demonio a la hora de la muerte; y primeramente de la tentación contra la fe, y el modo de resistirla.

Con cuatro tentaciones peligrosas suelen principalmente asaltarnos nuestros enemigos en la hora de la muerte.

1. Con dudas sobre las cosas de la fe.
2. Con pensamientos de desesperación.
3. Con pensamientos de vanagloria.
4. Con diversos géneros de ilusiones de que estos espíritus de las tinieblas, transformándose en ángeles de luz, se sirven para engañarnos.

Por lo que mira a la primera tentación, si el enemigo te propone algún razonamiento falso o argumento sofístico, guárdate de disputar con él. Conténtate solamente con decirle con una santa indignación: Vete, maligno espíritu, padre de la mentira, que no te quiero escuchar; a mí me basta el creer cuanto cree la santa Iglesia católica romana.

No te detengas jamás en los pensamientos que te vengan sobre la fe; y aunque te parezcan favorables y verdaderos, arrójalos de ti como sugerencias del demonio, que por este medio pretende embarazarte y confundirte, empeñándote insensiblemente en la disputa. Por si tuvieras tan ocupado tu espíritu en estos pensamientos que no puedas repelerlos, procura mantenerte invariable y firme en creer lo que cree la santa Iglesia católica romana; y no escuches ni las razones ni las autoridades mismas de la Escritura que te alegará el enemigo; porque aunque te parezcan claras y evidentes, serán, no obstante, truncadas o mal citadas, o mal interpretadas.

Si el maligno espíritu (Apoc. XII) te preguntare: ¿Qué es lo que cree la Iglesia romana? no le des ninguna respuesta; mas persuadiéndote que su intento no es otro que sorprenderte y seducirte sobre alguna palabra ambigua, forma solamente en general un acto interior de fe; y si quieres quebrantar su orgullo y aumentar su despecho, respóndele que la santa Iglesia romana cree la verdad; y si replicare: ¿cuál es esta verdad? no le respondas otra cosa sino que es lo que la Iglesia cree.

Sobre todo, hija mía, procura tener tu corazón con la cruz, y di a tu divino Redentor: Oh Creador y Salvador mío, socorredme presto, y no os apartéis de mí para que yo no me aparte de la verdad que Vos me habéis enseñado; y pues me habéis hecho la gracia de que haya nacido en vuestra Iglesia, hacedme también la de que yo muera en ella para vuestra mayor gloria.

CAPÍTULO LXIV

De la tentación de la desesperación, y cómo podremos defendernos de ella.

La segunda tentación del enemigo de nuestra eterna salud es un vano terror o espanto, que nos infunde con la representación y memoria de nuestras culpas pasadas, para precipitarnos en la desesperación.

Si te hallares hija mía, amenazada de este peligro, ten por regla general que la memoria de tus pecados será un efecto de la gracia, y te será muy saludable si produce en ti sentimientos de humildad, de compunción y de confianza en la divina misericordia; pero si te causare inquietud, desconfianza y pusilanimidad, aunque te parezca que tienes grandes motivos y fundamentos para persuadirte que estás reprobada y que ya no hay para ti esperanza de salud, reconócele luego por sugestión y artificio del demonio, y no pienses entonces sino en humillarte, y en confiar más que nunca en la bondad y misericordia de Dios; que de este modo eludirás todas las estratagemas del enemigo; lo vencerás con sus propias armas, y darás al Señor honor y gloria.

Conviene, hija mía, que tengas un vivo dolor de haber ofendido a esta Bondad infinita, siempre que te acordares de tus culpas pasadas; pero conviene también que le pidas perdón con una firme confianza en los méritos de tu Salvador; y aunque te parezca, que el mismo Dios te dice en lo secreto de tu corazón que tú no eres del número de sus escogidos (Jn. X), no por eso dejes de esperar en su misericordia; antes bien le dirás con humildad y confianza: Mucha razón tenéis, Dios mío, para reprobarme por mis pecados; pero yo la tengo mayor, para esperar que me perdonaréis por vuestra divina piedad. Yo os pido, pues, Señor, que os compadezcáis de esta miserable criatura vuestra, que si bien merece por su malicia la condenación eterna, está no obstante redimida con el precio infinito de vuestra sangre. Yo quiero salvarme, Redentor mío, para bendeciros y alabaros eternamente en vuestra gloria: toda mi confianza está en Vos. Yo me pongo enteramente en vuestras manos, haced de mí lo que fuere de vuestro agrado, porque Vos sois mi único y absoluto Señor; y aunque me queráis quitar la vida eterna, siempre he de tener vivas mis esperanzas en Vos.

CAPÍTULO LXV

De la tentación de vanagloria.

La tercera tentación es la vanagloria. Nada temas tanto, hija mía, como el dejarte inducir a la menor complacencia de ti misma y de tus obras. No te gloríes jamás sino en el Señor, y reconoce que todo el bien que hay en ti lo debes a los méritos de su vida y de su muerte. Conserva siempre, mientras te dure la vida, un grande odio y menosprecio de ti misma. Humíllate hasta el polvo con la reflexión de tu miseria y nada, y rinde incesantemente a Dios acciones de gracias, como Autor de todas las buenas obras que hubieres hecho. Pídele que te socorra en este peligroso asalto; pero no mires jamás el socorro de su gracia como precio de tus merecimientos, aun cuando hubieres conseguido grandes victorias sobre ti misma. Permanece invariablemente en un temor santo, y confiesa ingenuamente que todos tus cuidados serían inútiles, si Dios, que es toda tu esperanza, no te asistiese y amparase con su protección (Sal. XVI, 8).

Con estas advertencias, hija mía, si puntualmente las observares, triunfarás fácilmente de todos tus enemigos; y te abrirás el camino para pasar con alegría a la celestial Jerusalén.

CAPÍTULO LXVI

Del asalto de las ilusiones y falsas apariencias en la hora de la muerte.

Últimamente, hija mía, si nuestro común enemigo que no se cansa jamás de molestarnos y afligirnos transformándose en ángel de luz (II Co. XI), se esfuerza por seducirte con ilusiones y falsas apariencias, procura mantenerte firme y constante en el conocimiento de tu nada; y dile animosamente: Retírate, infeliz; vuelve a las tinieblas de dónde has salido; que yo no soy digna de que Dios me favorezca con visiones celestiales, ni necesito de otra cosa que la misericordia de mi amado Jesús, y de los ruegos de María santísima, del glorioso San José y de los demás Santos.

Y si te pareciere, por muchas y casi evidentes señales, que son apariciones celestiales, no por eso dejes de repelerlas de ti; y no temas que esta resistencia tuya, fundada en el conocimiento de tu miseria, desagrade al Señor; porque si fueren cosas tuyas, bien sabrá manifestarlo, para que no dudes, y no te suceda algún mal: pues el que da su gracia a los humildes (Jacob. IV, 6), no los priva de ella cuando se humillan.

Estas son, hija mía, las armas más comunes de que usa el demonio contra nosotros en el último combate; pero, además de esto, suele también asaltarnos particularmente por aquella parte que reconoce más flaca en nosotros; porque estudia y observa todas nuestras inclinaciones, para hacernos caer por ellas en el pecado. Por esta causa, antes que llegue la hora de esta grande y peligrosa batalla, debemos armarnos bien y pelear esforzadamente contra nuestras pasiones más violentas, y que más nos dominan, para que con más facilidad y menos trabajo podamos resistirlas y vencerlas en aquel tiempo formidable que será el fin de todos los tiempos.

SEGUNDA PARTE

TRATADO PRIMERO QUE CONTIENE LAS ADICIONES AL COMBATE ESPIRITUAL

CAPÍTULO I

Qué cosa sea la perfección cristiana.

Si quieres no fatigarte vanamente, y sin fruto, oh alma devota, en los ejercicios de la vida espiritual, como ha sucedido a muchos; ni caminar sin saber a dónde se dirige la vereda que sigues; conviene que entiendas y comprendas primeramente bien qué cosa se la perfección cristiana.

La perfección cristiana no es otra cosa que una perfecta observancia de los preceptos de Dios y de su ley, con el solo fin de obedecerle y agradarle, sin declinar ni a la diestra ni a la siniestra, ni volver atrás (**Dt. 32. – Is. XX, 21**). *Et hoc est omnis homo* (Ecles. XII 13): **Y esto es todo** el ser del hombre, o en esto consiste todo su ser.

De modo, que el fin de toda la vida del cristiano, que quiere serlo perfectamente, ha de ser engendrar y conservar en sí un hábito, con el cual, acostumbrándose a no hacer en cosa alguna su propia voluntad, todo lo que hiciere lo haga sólo como impulsado de la voluntad de Dios, y con el solo fin de agradarle, obedecerle y honrarlo.

CAPÍTULO II

Cómo conviene combatir para alcanzar la perfección cristiana.

En pocas palabras se ha dicho todo lo que se pretende; pero reducirlo a la práctica, y ponerlo en ejecución, *Hoc opus hic labor est*. En esto está la dificultad, o consiste todo el trabajo: porque reinando en nosotros por el pecado de nuestros primeros padres, y por nuestros malos hábitos, una ley contraria a la de Dios; conviene que combatamos contra nosotros mismos, y contra el mundo y el demonio, que excitan y mueven nuestras guerras.

CAPÍTULO III

Tres cosas que son necesarias al nuevo soldado de Cristo.

Declarada ya la guerra, ha menester para ello el nuevo soldado de Cristo, tres cosas que le son muy esenciales. Ha menester un ánimo grande, resuelto y determinado a pelear, y a no volver atrás: ha menester armas y saber manejarlas.

La resolución de pelear la ha de tomar de la frecuente consideración de que, *Militia est vita hominis super terram* (Jb. VII, 1): La vida del hombre es una continua guerra, y de que esta guerra espiritual tiene por ley que quien no pelea como debe, de cierto perece y muere para siempre.

Conseguirás la grandeza de ánimo y valor que se requiere, si desconfiando de ti misma, pones toda tu confianza en Dios; teniendo por cosa cierta que el mismo Dios está dentro de ti para librarte de cualquier peligro.

Serás acometida y asaltada de los enemigos repetidas veces: mas todas las que lo fueres, alcanzarás, peleando, la victoria, si desconfiada de tus fuerzas y propia industria, te acoges con segura confianza al poder, bondad y sabiduría de Dios.

Las armas para esta guerra son dos, resistencia y violencia.

CAPÍTULO IV

De la resistencia y violencia, y del modo de gobernarse con ellas.

La resistencia y violencia son verdaderamente armas pesadas y penosas, pero necesarias para, alcanzar la victoria. Estas armas se manejan en la forma siguiente:

Cuando te hallares combatida por tu corrompida voluntad y de tus malos hábitos, que te persuaden y tiran para que no hagas ni cumplas la voluntad de Dios, has de resistirlos diciendo: Sí, sí, yo quiero hacer la voluntad de Dios.

De la misma resistencia te has de revestir cuando de esta misma voluntad corrompida y malos hábitos, fueres llamada y persuadida a hacer algo contra la voluntad de Dios, diciendo luego al punto: No, no; la voluntad de Dios es la que quiero yo hacer siempre con su ayuda. Ea, Dios mío, socorredme presto para que esta voluntad, que en mí se halla por vuestra gracia, de hacer siempre la vuestra, no sea, en esta ocasión, vencida de mi voluntad antigua y depravada.

Y si sintieres flaqueza y mucha pena en resistir, te has de hacer toda suerte de violencia, acordándote que el reino de los cielos lo alcanzan los esforzados (Mt. XI, 12) que luchan contra sí mismos y sus propias pasiones.

Y si la pena o violencia fuere tan grande que te angustie el corazón, vete luego con el pensamiento al huerto de Getsemaní, y acompañando tus congojas y angustias con las de tu divino Redentor, pídele que en virtud de las tuyas te dé la victoria de ti misma para que de todo corazón puedas decir a tu Padre celestial: *Non sicut ego volo, sed sicut tu... fiat voluntas tua* (Mt. XXVI, 39, 42). No se haga, Señor, lo que yo quiero, sino tu santa voluntad; y procurarás una y otra vez unir y conformar tu voluntad con la de Dios, queriendo lo que Él quiere.

Pondrás todo tu cuidado en hacer cualquier acto con tanta plenitud y pureza de voluntad, como si en eso sólo consistiese toda la perfección y todo el agrado y honra de Dios; y de este modo podrás hacer el segundo acto, el tercero, el cuarto y otros muchos.

Y si te acordares de que has quebrantado algún precepto de Dios, duélete mucho de la transgresión, y toma mayor vigor y fortaleza de ánimo para obedecer a Dios en aquel mismo precepto, o en otro cualquiera que te ofreciere la ocasión.

Y para que no dejes pasar ocasión alguna, por pequeña que sea, de obedecerle, advierte que si eres obediente a su divina Majestad en las cosas mínimas, te dará nueva gracia para que con facilidad le obedezcas en las mayores.

Además de esto, debes acostumbrarte a que cuando te viniere al pensamiento cualquier precepto divino, lo primero adores a Dios; y luego le ruegues que te socorra para que le obedezcas.

CAPÍTULO V

*Que conviene velar continuamente sobre nuestra voluntad para reconocer a qué pasión
se inclina más.*

Vela sobre ti con el mayor cuidado que puedas, para espiar y reconocer a qué pasión se inclina más a menudo tu voluntad; pues de ella, más que de todas las demás, suele ser engañada y quedar esclava.

Porque no pudiendo estar sola la voluntad del hombre, sino acompañada siempre de alguna de sus pasiones, es forzoso que, o ame, o aborrezca, o desee, o huya, o esté alegre, o triste, o desespere, o tema, o sea atrevida, o iracunda.

Pero cuando la hallares inclinada, no a la voluntad divina, sino al amor propio, procura con todo cuidado que se aparte de él, y se incline al amor de Dios, y a la observancia de los preceptos de su santa ley.

Procurarás hacer esto, no sólo en las pasiones que inducen y mueven a pecado mortal, sino también en las que pueden ocasionar los veniales; porque aunque éstas mueven ligeramente y obran poco a poco, con todo enervan y debilitan nuestra virtud cuando son voluntarias, y nos ponen en peligro manifiesto de caer muy en breve en los pecados mortales.

CAPÍTULO VI

Cómo quitando la primera pasión, que es el amor de las criaturas y de nosotros mismos, y ordenando este amor a Dios, todas las demás pasiones quedan corregidas y ordenadas.

Para que más breve y ordenadamente libres tu voluntad del cautiverio de las pasiones desordenadas, conviene que te apliques continuamente a vencer y ordenar la primera pasión, que es el amor propio; pues ordenada ésta, que es como la cabeza, todas las demás pasiones la seguirán, como miembros suyos, porque nacen de ella, y en ella tienen su raíz y vida, como se reconoce claramente con el discurso, pues lo que más se desea es lo que más se ama; y lo que más se ama es en lo que más se deleita el que ama; y solamente se aborrece, se huye y contrista, lo que impide y ofende al objeto amado; ni otra cosa se espera sino la que se ama. Y al contrario, de ésta misma desesperamos cuando la dificultad de alcanzarla nos parece insuperable; y ninguno teme, abomina o aborrece sino lo que impide y puede ofender a la cosa amada.

El modo de vencer y ordenar esta pasión primera, es considerar la cosa que amas, sus cualidades, y qué es lo que deseas o pretendes con este amor; y en reconociendo que tiene las cualidades de bondad y de belleza y que lo que pretendes es utilidad y deleite, podrás decirte a ti misma muchas veces: ¿Qué mayor belleza y qué mayor bondad que la de Dios, que es la única fuente y manantial de todos los bienes y de toda la perfección?

Y si en lo que amas pretendes utilidad y provecho, ¿qué cosa se puede imaginar que iguale al que consigo trae el amor de Dios? Porque amándole se transforma el hombre en el mismo Dios, deleitándose y gozándose sólo en Él.

Además de esto, el corazón del hombre pertenece a Dios, porque lo ha creado y redimido, y cada día con nuevos beneficios amorosamente nos lo pide diciendo: *Proebe, fui mi, cor tuum mihi*: Dame, hijo mío, tu corazón (Pr. XXIII, 26).

Perteneciendo, pues, a Dios el corazón humano, y siendo tan pequeño para satisfacer las obligaciones que debemos a su infinita Bondad, te hayas obligada a ser celosísima de no amar sino solamente a Dios y las cosas que le agradan, y esto con la moderación, orden y modo que Dios quiere.

Este mismo celo y cuidado debes tener también (porque estas dos cosas son el fundamento de la fábrica de la perfección) acerca de la pasión del odio, para no aborrecer sino solamente el pecado, y lo que puede inducir a pecado.

CAPÍTULO VII

Que conviene socorrer y ayudar la voluntad humana.

Mas porque nuestra voluntad, estando apasionada, es muy débil y flaca para resistir y vencer sus pasiones, y ordenarlas a Dios y a su obediencia como lo muestra la experiencia (pues aunque ella quiera y proponga mortificarse en todo, no obstante, cuando llega la ocasión de practicarlo, oprimida de sus pasiones, se olvida de sus buenos propósitos, y miserablemente se rinde a ellas); conviene socorrerla y ayudarla, no sólo en las ocasiones que se ofrecen, sino cada hora y cada momento, para que cobrando fuerzas contra sí misma, se venza y se libre de la dura servidumbre de sus pasiones, y se entregue toda a Dios y a su beneplácito.

CAPÍTULO VIII

Cómo venciendo al mundo viene a quedar en gran manera socorrida la voluntad del hombre.

Moviéndose comúnmente nuestras pasiones por las cosas del mundo, y cobrando fuerzas con sus falsas grandezas o engañosos deleites, se sigue que vencido y despreciado el mundo con todas sus cosas, viene la voluntad del hombre a respirar con libertad, y a volverse a otro objeto, ya que no puede estar sin amar y sin tener en qué deleitarse.

El modo de vencer al mundo es considerar profundamente qué son en realidad sus cosas, y cuáles sus promesas.

Esta consideración, si no estamos ciegos con alguna de nuestras pasiones, nos hará comprender con claridad lo mismo que conoció el sapientísimo Salomón, a quien reveló Dios todo el misterio de las ilusiones y vanidades del mundo; el cual, después de haber hecho experiencia de todo lo que hay en él, reconociendo el engaño de los placeres, y la inutilidad de las grandezas humanas, y sintiendo en sí mismo la nada de su propia gloria, dijo: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas et afflictio spiritus* (Eccles I): Vanidad de vanidades, todo es vanidad y aflicción de espíritu.

Esta verdad se experimenta cada día; porque deseando el corazón del hombre saciarse, aunque haya alcanzado todo lo que desea, no por eso queda satisfecho, sino antes con más hambre: y sucédele esto, no por otra causa sino porque sustentándose de las cosas del mundo (aunque las tenga todas), viene a sustentarse de sombras, sueños, vanidades y mentiras, cosas que no pueden darle nutrimento alguno.

Las promesas del mundo son todas falsas y llenas de engaños; promete felicidad, y da inquietud; promete y no da la más veces; y si da lo que promete, luego lo quita; y si no lo quita luego, aflige y atormenta más a sus apasionados; porque tienen puestos sus deseos, sin hallar en ellos el descanso, en los bienes aparentes. A estos hombres se puede decir justamente: *Filii hominum, usquequo gravi corde? Ut quid diligitis vanitatem, et quaeritis mendacium?* (Sal. IV, 3), Hijos de Adán, ¿hasta cuando seréis duros de corazón? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?

Pero concedamos a estos engañados que estos bienes aparentes del mundo son verdaderos: ¿qué diremos de la rapidez y presteza con que pasa la vida del hombre para gozarlos? ¿Dónde están las riquezas, las prosperidades, la soberbia de tantos príncipes, reyes y emperadores? Pereció en un momento toda su falsa gloria.

El modo pues, de que venzas de tal suerte el mundo, que le vuelvas las espaldas, y lo obligues a que él te las vuelva a ti, esto es, que estés crucificada al mundo (Ga. VI), y el mundo esté crucificado a ti, es, que antes que tu voluntad se aficione y se pegue al mundo, le salgas al encuentro, primeramente con una profunda consideración de sus vanidades y mentiras, y después con el desprecio de la voluntad; porque así, no estando ni la voluntad ni el entendimiento apasionados por él, con facilidad lo despreciarás; y a cualquiera criatura que te proponga podrás decir: ¿Eres criatura? No pondré en ti la afición, porque yo voy buscando en la criatura sólo a mi Creador, y lo espiritual, no lo corporal; no eres tú a quien yo quiero y deseo amar, sino al que a ti te da la operación y la virtud.

CAPÍTULO IX

Del segundo socorro con que ha de ayudarse la voluntad humana.

Este segundo socorro de la voluntad humana consiste en echar fuera al príncipe de las tinieblas, como autor de todos los desordenados movimientos de nuestras pasiones.

A este enemigo de nuestra salud lo venceremos y echaremos fuera, todas las veces que vencamos nuestras concupiscencias y deseos desordenados.

Y así, si quieres que el demonio huya de ti, resiste tú a tus pasiones; que esta resistencia es la que, como Santiago dice (St. IV), lo ahuyenta. Y debes advertir, que este enemigo a veces nos asalta de tal suerte, encendiendo la concupiscencia de la carne y todas las pasiones, que parece se halla ya el hombre forzado a rendirse; pero no te aflijas ni te acobardes, resístele con valor, y ten por cierto que Dios estará contigo para que no se te haga alguna injuria o engaño. Resístele, te digo, que si resistes y perseveras, te aseguro que vencerás.

He dicho si perseveras, porque no basta resistir una, dos y tres veces, sino todas las que intentare rendirte, porque es costumbre de este astuto enemigo intentar mañana lo que hoy no ha podido conseguir, y la semana siguiente lo que en la presente no ha podido lograr; y de este modo va continuando con tesón sus asaltos, variándolos de tiempo en tiempo, ya con furia, ya con destreza, hasta salir con su intento.

Por lo cual conviene estar constantemente con las armas en la mano, sin fiarse ni descuidarse, por muchas que hayan sido las victorias conseguidas; porque la vida del hombre es una continua guerra, y no se puede obtener la victoria hasta llegar al fin de la carrera.

Y si tú en esto sientes pena, sabe que mayor es la que el demonio siente cuando con valor lo resistes, y así para tu consuelo y su afrenta le puedes decir: Vete a penar, espíritu infernal; mas porque tú penas por tu impiedad, y yo peno por no ofender a mi Señor y mi Dios, tus penas serán eternas; y las mías, por la gracia de Dios, se mudarán en eternos goces.

CAPÍTULO X

De la tentación de la soberbia espiritual.

En el capítulo pasado te he advertido de las tentaciones con que el demonio nos suele acometer, valiéndose del mundo, de sus riquezas y deleites; ahora he de tratar de la soberbia espiritual, complacencia y vanagloria de que se vale para derribarte, tanto más peligrosa y digna de temerse, cuanto es menos conocida, y más desagradable a Dios.

¡Oh, cuántos generosos soldados, y grandes siervos de Dios, después de las victorias insignes de muchos años, han perecido en este escollo, y de hijos de Dios se han hecho esclavos de Lucifer!

El modo de librarnos de este tremendo golpe, y oculto lazo de Satanás, es temblar siempre, y ejercitar las virtudes y buenas obras con temor y temblor, para que no se engendre en ellas el gusano oculto del amor propio y la soberbia, que tan odiosa es a Dios; y por eso, humillándonos en ellas, debemos procurar cada día hacerlas mejores, como si nada bueno hubiéramos obrado bien hasta el presente; y cuando nos pareciere (que jamás debemos pensarlo) que hemos obrado alguna cosa bien, y con perfección, debemos de todo corazón decir a Dios: *Servi inutiles sumus*: Somos siervos inútiles y de ningún provecho (Lc. XVII, 10).

Sobre todo debemos recurrir a menudo a Cristo nuestro Salvador y Maestro, pidiéndole que librándonos de toda especie de soberbia, nos enseñe y ayude a ser humildes de corazón. Asimismo debemos recurrir a su Santísima Madre, para que nos alcance la verdadera humildad, que es el fundamento de todas las virtudes, y la que siempre las acompaña, las conserva, las asegura y las aumenta.

He tratado largamente de la humildad en la primera parte de este Combate, y así nada se me ofrece que añadir en este lugar, de semejante materia.

CAPÍTULO XI

Del tercer socorro de la voluntad humana.

El tercer socorro con que se ha de ayudar nuestra voluntad, es la frecuente oración, a la cual te has de acostumbrar de tal suerte, que cuando te hallares asaltada, recurras siempre y sin dilación a Dios, diciendo: *Deus in adjutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina*: Atended, Señor, a la necesidad que tengo de socorro, y dadme ayuda sin dilación (Salm. LXIX).

Has de entrar, pues, en el combate, acompañada de la oración y de la resistencia en presencia de tu Dios, y siempre vestida de la desconfianza de ti misma, y de la confianza en su divina Majestad; que si con este aparato y de este modo combates, tendrás siempre segura la victoria.

¿Qué cosas no sobrepuja y vence la oración? ¿Qué dificultades y peligros no rinde y avasalla la resistencia unida con la desconfianza propia, y la confianza en Dios?

Y ¿en qué batalla puede ser vencido quien combate en presencia de su Dios con ánimo y deseo de agradarle?

CAPÍTULO XII

*De qué modo ha de habituarse el hombre para tener presente a Dios todas las veces
que quiera.*

Para que alcances la costumbre de tener a Dios presente todas las veces que quieras, procura pensar siempre que Dios te mira, y considera tus obras y pensamientos; o que todas las criaturas que ves son otras tantas celosías por donde te mira Dios, escondido, y te dice: Pedid, y recibiréis, porque al que pide se da lo que necesita, y al que llama se le abre la puerta (Mt. VI).

Además de esto, podrán hacerte presente a Dios, mirando las criaturas; en las cuales, dejando lo corporal, te has de ir luego con el pensamiento a Dios, considerando cómo su divina Majestad es quien les da el ser, la vida, el movimiento, la virtud y las operaciones. Siempre, pues, que combatiendo, o haciendo alguna cosa, quisieres orar, representate a Dios en cualquiera de estas dos maneras. Después ora, y pídele ayuda y socorro.

Y sabe, oh alma devota, que si llegares a hacerte familiar la presencia de Dios, alcanzarás grandes victorias, y ganarás tesoros infinitos, y entre otros bienes te guardarás de muchos pensamientos, palabras y obras, indignos de la presencia de Dios, y no conformes con la vida de su santísimo Hijo Jesucristo.

Ten también por cierto que esta presencia de Dios te infundirá y dará virtud, para que puedas estar como debes en su presencia.

Porque si de la presencia y vecindad de los agentes naturales, que son de virtud limitada y finita, contraemos y tomamos su calidad y virtud, ¿qué diremos de la presencia y vecindad de Dios, que es de virtud infinita y sumamente comunicable?

Además del sobredicho modo de orar: Atended, Señor, a la necesidad que tengo de socorro, y dadme ayuda sin dilación (Sal. LXIX), de que podemos usar en cualquiera necesidad, podrás orar también de otros modos más particulares, como si desearas conocer y ejecutar la voluntad de Dios, la oración que has de hacer es una de las siguientes: Bendito sois, Dios mío; enseñadme a ejecutar vuestros preceptos: guiadme por la senda de vuestros mandamientos. Ojalá que todos mis pasos se enderecen a guardar vuestras justas y santas leyes (Sal. CXVIII).

Y para pedir a Dios cuanto se le puede pedir, y su divina Majestad gusta que se le pida, puedes usar la oración del *Pater noster* (Mt. VI), la cual deberás decir con toda la atención posible, y con todo el afecto de tu corazón, para que así alcances lo que pides.

CAPÍTULO XIII

De algunos avisos acerca de la oración.

Lo primero has de advertir que las oraciones (no hablo aquí de las meditaciones, de que hablaré más abajo) no sólo deben ser breves según quedan expuestas, más también frecuentes, llenas de deseo, y de fe actual y confianza de que Dios te ha de socorrer y ayudar, si no en el modo que desees, y cuando tú quieres, pero sí con mejor socorro, y en tiempo más oportuno.

Lo segundo, han de ir siempre acompañadas, o actual o virtualmente, con alguna de las cláusulas siguientes:

Según tus promesas: A tu honra: En nombre de tu amantísimo Hijo: En virtud de tu pasión: En nombre de María Virgen, tu Hija, tu Esposa y tu Madre.

Lo tercero, que algunas veces añadas algunas jaculatorias como: Concédeme, Señor, tu amor en nombre de tu amantísimo Hijo. Y ¿cuándo, gozaré yo de tal ventura?

Lo mismo se puede hacer también en cada una de las peticiones de la oración del Padre nuestro, como: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre (Mt. VI). Mas ¿cuándo será el día, Padre nuestro celestial, que vuestro nombre sea conocido por toda la redondez del mundo, honrado, glorificado y ensalzado? ¿Cuándo, Dios mío, cuándo? Y de este modo en las demás peticiones.

Lo cuarto, que pidiendo en la oración virtudes y gracias, será bien considerar el valor y precio de las virtudes y tu necesidad, la grandeza de Dios, y su infinita bondad, la pequeñez de quien pide (que de esta manera se pedirá con más afecto y deseo, con más reverencia y confianza, y con más humildad), y finalmente se ha de considerar el fin de lo que se pide, que ha de ser para agradar y honrar a Dios.

CAPÍTULO XIV

De otro modo de orar.

Puedes orar también perfectísimamente, poniéndote en la presencia de Dios con el pensamiento, sin decir cosa alguna, ya enviándole de cuando en cuando suspiros amorosos, ya volviéndole los ojos, y manifestándole tu corazón con un breve y encendido deseo de que te socorra, para que lo ames, honres y reverencies, como es justo y debido; o también con un deseo de que te otorgue la gracia que le tienes pedida en la oración precedente.

CAPÍTULO xv

Del cuarto socorro de la voluntad humana.

El cuarto socorro de la voluntad humana es el amor divino, el cual de tal manera la fortalece que no hay cosa que con él no pueda, ni pasión o tentación que no venza.

El modo de conseguirlo es, primero, la oración, pidiéndoselo a Dios muy a menudo; y segundo, la meditación, ponderando aquellos puntos que son a propósito con la gracia de Dios, para encender este divino amor en nuestro corazón. Estos son:

Quien es Dios; cuánto y cuál es su infinito poder, su sabiduría, bondad y belleza. Qué ha hecho Dios por el hombre, y qué más hiciera, si fuese necesario; la voluntad con que lo ha hecho, que cosas hace cada día por el hombre, las recompensas que le tiene aparejadas en la otra vida, si mientras vive en ésta cumple sus preceptos por agradarle, y sirve con pureza de alma.

CAPÍTULO XVI

De la meditación del ser de Dios.

Qué cosa sea Dios, el mismo Dios, que se conoce perfectamente a sí mismo, nos lo declaró, cuando dijo: Yo soy el que soy (Ex. III).

Es tal y tan grande este predicado de Dios, que a ninguna criatura puede atribuirse: no a príncipes, no a reyes, no a emperadores, no a los Ángeles mismos, ni al universo entero; porque todas las cosas tienen su ser dependiente de Dios, y de sí no son sino la misma nada.

De aquí se reconoce cuán vano es el hombre que ama las criaturas no amando en ellas al Creador, o no amándolas ordenadamente.

Digo vano, porque ama la vanidad: vano, porque piensa satisfacerse de aquellas cosas que de sí son nada: vano en fin, porque se fatiga por tener aquellas cosas que de suyo son caducas y perecederas. Si quieres, pues, amar como conviene amar, ama a Dios, que llena y satisface enteramente nuestro corazón.

CAPÍTULO XVII

De la meditación del poder de Dios.

Ya se sabe que no sólo está aquella potencia del mundo, sino aun todas juntas y unidas, queriendo edificar, no reinos, ni ciudades, sino un solo palacio, necesitan de varios materiales, instrumentos y maestros, y de mucho espacio de tiempo; y con todo esto, por grande que sea la diligencia, no se acaba el edificio a su voluntad y gusto; mas Dios, con solo su poder y querer, en un momento creó de la nada todo el universo mundo, y con la misma facilidad podría crear infinitos mundos, destruirlos y reducirlos al no ser. Este solo punto, si profundamente se medita, despertará en nosotros nuevas maravillas y nuevos incentivos para amar a un Dios y Señor tan sumamente poderoso.

CAPÍTULO XVIII

De la meditación de la sabiduría de Dios.

Cuán alta e inescrutable sea la sabiduría de Dios, no hay quien lo pueda decir ni comprender; pero para que conozcas algo de ella, vuelve los ojos al ornamento de los cielos, a la hermosura de la tierra y de todo el universo, y no hallarás otra cosa que la incomprensible sabiduría del Artífice divino.

Vuelve la mente a la vida de los hombres, a los varios accidentes que ocurren, y hallarás que no hay cosa tan desordenada que respecto de Dios no sea suma sabiduría.

Medita los misterios de la redención, y los hallarás todos llenos de esta altísima sabiduría, y dirás a menudo con san Pablo, absorto en este piélago inmenso: ¡Oh inefable y altísima grandeza de los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, e investigables los caminos de sus secretos! (Rom. XI, 33).

CAPÍTULO XIX

De la meditación de la bondad de Dios.

Como todas las demás infinitas perfecciones tuyas, la bondad de Dios es incomprensible en sí misma; pero si miramos lo que por de fuera se dilata y extiende, es tal y tan grande, que no hay cosa en el mundo en que no resplandezca.

La creación es efecto de la bondad de Dios: la conservación y gobierno de las criaturas es también efecto de la bondad de Dios: la redención nos muestra que es inefable e infinita la bondad de Dios pues nos dio su propio Hijo para nuestro rescate, y nos lo da también por sustento cotidiano en el admirable Sacramento del altar.

CAPÍTULO XX

De la meditación de la belleza de Dios.

De la belleza de Dios, basta que sepamos todos que es tal y tan grande, que contemplándose en ella el mismo Dios, ab aeterno, se halla, en su capacidad infinita incomprensiblemente satisfecho y bienaventurado.

¡Oh hombre, conoce la altísima dignidad a que eres llamado por Dios, que es para gozar de esta su incomparable belleza! No seas de corazón tan duro y tan pesado, que despreciando sus infinitas perfecciones, pongas tu afición en la vanidad, en las mentiras y en las sombras. Dios te llama al amor de su poder, sabiduría y bondad: te llama al goce de su belleza, y de los incomparables bienes que tiene preparados en el cielo; ¿y tú te haces sordo? Piensa, piensa seriamente en tus cosas; porque llegará tiempo en que no aprovechará el arrepentimiento.

CAPÍTULO XXI

De lo que ha hecho Dios por el hombre, con que voluntad, y que más hiciera si fuese necesario.

Lo que Dios ha hecho por el hombre, se puede conocer meditando la creación y la redención. Después de esto, la voluntad con que lo ha hecho, y con que ha obrado nuestra eterna salud, ha sobrepujado lo infinito.

Infinito ha sido el precio del rescate; pero la voluntad ha sido más infinita, porque ha sido de padecer y volver a morir por el hombre si fuese necesario; y así, si eres, oh alma, tan deudora al que con tal rescate te rescató, que toda te debes a Él; ¿en qué grado lo serás por la voluntad con que lo hizo, que excede y sobrepuja en tantos quilates al mismo rescate?

CAPÍTULO XXII

Qué es lo que cada día hace Dios por el hombre.

No hay día, hora ni momento en que el hombre no reciba de Dios nuevos beneficios; porque cada día y cada momento Dios lo crea, conservándolo en el ser que le dio.

Asimismo, cada momento le sirve con sus criaturas, con el cielo, con el aire, con la tierra, con el mar, y con cuanto se halla en ellos.

Cada día le da su gracia, llamándolo del mal al bien, guardándolo para que no peque, y en pecando lo ayuda para que no peque más. Lo espera, lo llama a penitencia, y volviéndose a Él, lo perdona con mayor presteza que con la que el mismo pecador se mueve a buscar el perdón de su pecado. Cada día le envía su Hijo santísimo con todas las riquezas de los misterios de la cruz, y se lo entrega en el santísimo Sacramento del altar.

CAPÍTULO XXIII

Cuánta bondad muestra Dios, aguardando y tolerando al pecador.

Para que conozcas cuánta bondad muestra Dios en sufrir al pecador, has de considerar, que así como ama indeciblemente la virtud, así por el contrario aborrece infinitamente el pecado.

¡Qué bondad, pues, muestra Dios sufriendo al pecador, que a los ojos de su divina Majestad y de su infinita pureza comete tantas maldades, y lo ofende, no una, dos o tres veces, sino más y más!

Bien veo (puede decir el pecador), Señor mío, que cuando yo pecaba, Vos me decíais al corazón:

Entremos en cuentas, y veamos quién vence: tú en ofenderme, y Yo en perdonarte .

Creo que este punto, bien meditado, encenderá con la gracia de Dios el corazón del pecador, para que luego se convierta.

Y si no lo hace, debe temer los altos e inescrutables juicios de Dios, de los cuales suelen salir golpes de venganza, rápidos, terribles e irremediables.

CAPÍTULO XXIV

Qué hará Dios en la otra vida, no sólo con quien le ha servido bien, sino con el pecador convertido.

Son tantos y tales los bienes y felicidades que Dios nos tiene preparados en su reino celestial, que no se pueden imaginar ni comprender clara y perfectamente, por más que un alma los medite.

Porque, ¿quién llegará a comprender bien qué cosa sea sentarse un hombre a la mesa de Dios, y que el mismo Dios, lo sirva y lo sustente de su bienaventuranza?

¿Quién llegará a imaginar debidamente qué cosa sea entrar un alma bienaventurada en el gozo de su Señor?

¿Y quién concebirá el amor y la estimación que muestra Dios a sus ciudadanos y escogidos? Hablando de esto santo Tomás dice: Nuestro omnipotente Dios en tanto grado se sujeta a los Ángeles y a las almas santas, como si fuese siervo comprado de cada uno de ellos, y como si cada uno fuese su propio Dios (Opuse. LXIII, cap. II, § 3).

¡Oh Señor! ¡oh Señor! quien considera profundamente vuestras obras para con las criaturas, os halla tan embriagado de su amor, que parece consista vuestra bienaventuranza en amarlas, favorecerlas y sustentarlas de Vos mismo.

Haced que nos sea tan familiar y frecuente esta consideración, que os correspondamos y amemos, y amándonos, nos transformemos en Vos mismo por unión amorosa.

Oh corazón humano, ¿a dónde corres? ¿a dónde vuelas? ¿a la sombra? ¿al viento? ¿a la nada, dejando al que es todas las cosas, dejando la Omnipotencia, la suma Sabiduría, la inefable Bondad, la Belleza increada, el sumo Bien, el Piélago infinito de toda perfección? Dios te llama, no sólo con los antiguos beneficios, sino con muchos nuevos que cada día te hace.

¿Sabes de dónde nace todo tu mal? De que no oras, ni meditas; y así, estando sin luz y sin calor, no es maravilla que no te muevas, si no es en obras de tinieblas.

Vuelve en ti, ¡oh hombre, oh religioso tibio!, entra en la escuela de la meditación y oración, que en ella conocerás que el verdadero estudio del cristiano y del religioso es negar su propia voluntad, para hacer la de Dios; aborrecerse a sí mismo, para amar a Dios.

Advierte que todos los estudios sin éste, aunque sean de todas las ciencias, están llenos de presunción y de soberbia; y que cuanto más alumbran el entendimiento, más ciegan la voluntad, con daño y ruina, del alma.

CAPÍTULO XXV

Del quinto socorro de la voluntad humana.

El odio de nosotros mismos es un socorro muy necesario para nuestra voluntad, porque sin él no podemos tener el socorro del amor divino, autor de todo bien.

El modo de conseguirlo es, lo primero, pedirlo a Dios, y después ir meditando los daños que ha causado y todavía causa el amor propio.

No ha habido daño alguno en el cielo ni en la tierra, que no se haya originado del amor propio.

Este amor propio, y de nosotros mismos, es de tanta malignidad, que si le fuera posible entrar en el cielo, convertiría la celestial Jerusalén en una confusa Babilonia. Considera, pues, ¿qué hará esta peste y mortífero veneno en esta vida presente dentro del pecho humano?

Destiérrese del mundo el amor propio, y cesará el infierno.

¿Quién, pues, será tan impío y tan desacordado contra sí mismo, que meditando el ser, las calidades y los efectos del amor propio, no se indigne contra él, y lo aborrezca, y con todas veras procure desarraigarlo de sí?

CAPÍTULO XXVI

De que modo se podrá conocer el amor propio.

Para que conozcas cuánto en ti se dilata y extiende el reino del amor propio, acude a menudo a ver y examinar con cuál de las pasiones del alma se halla más frecuentemente ocupada tu voluntad, puesto que nunca la hallarás sola.

Y en reconociendo que ama, o desea, o se alegra, o entristece, considera luego si la cosa amada o deseada es alguna de las virtudes, o cosa que Dios manda amar o desear; y asimismo en la alegría o tristeza considerar si es de aquellas cosas de que Dios quiere que nos alegremos o entristezcamos; o si por ventura todo esto nace del mundo o del apego a las criaturas, por tratar y conversar con ellas, no por necesidad ni cuanto conviene, ni como Dios quiere. Y si hallas algo de esto, es claro que reina en ti el amor propio, y que es el que mueve tu voluntad.

Mas si los negocios y ocupaciones de la voluntad son en orden a las virtudes, y en las cosas que Dios quiere, debes considerar bien si a estos negocios y ocupaciones se mueve por voluntad de Dios, y por deseo de agradarle, o por alguna propia complacencia y capricho; porque muchas veces sucede que movido uno puramente de complacencia o capricho, se da a diversas obras buenas, como a la oración, a los ayunos, a la sagrada comunión, y a otras cosas santas.

La prueba para discernir esto es de dos maneras: la una es si tu voluntad no se da indiferentemente, en todas las ocasiones que se ofrecen, a todas las obras que son buenas: la otra es si ofreciéndose algún justo impedimento, se lamenta, se inquieta y se turba; o si sucediendo como quiere, se deleita y se complace de sí misma.

Si fuere movida por Dios, se ha de considerar también a dónde, y a qué fin endereza sus operaciones; y aunque va bien si el fin es solamente el divino agrado, sin embargo no debe asegurarse; porque es tan sutil y tan astuto el amor propio que muy disimuladamente se suele introducir y mezclar aun en las mismas obras buenas.

Cuando conozcas manifiestamente que esta crudelísima bestia se ha introducido, debes perseguirla con todo el odio y aborrecimiento, y desterrarla de ti, no sólo al practicar cosas grandes sino también las más pequeñas.

De lo que está oculto y tú no puedes discernir, debes, oh alma, estar siempre sospechosa; y así en todas las buenas obras que hicieres, humíllale a los ojos de Dios, y ruégale que te perdone, y te guarde del amor a ti misma.

Será bien que por la mañana, luego al despertar, te vuelvas a Dios, y le protestes que tu intención y pensamiento es de no ofenderlo jamás, y de hacer siempre, y particularmente en aquel día y en todas las cosas, su santísima voluntad, sólo por agradarle; y le rogarás que te socorra siempre, y que te proteja con su divina mano, para que conozcas y hagas cuanto a su divina Majestad le agrada, y en la forma que le agrada.

CAPITULO XXVII

Del sexto socorro de la voluntad humana.

El sexto socorro de la voluntad del hombre es el de oír misa, la confesión y la comunión; porque siendo la gracia de Dios, el principal y más necesario socorro de nuestra voluntad, para que se guarde del mal y ejecute el bien, necesariamente se sigue que todo aquello que ayuda al aumento de esta gracia es el socorro de nuestra voluntad.

Pero para que oyendo misa adquieras nuevo aumento de gracia, la debes oír de la siguiente manera:

En la primera parte (pues en tres se divide la misa), que comprende desde el *Introito* hasta el Ofertorio, procura encender en ti un deseo grande de que, como Jesucristo vino del cielo al mundo para encender en la tierra el fuego de su divino amor (Lc. XII, 49), así se digne venir y nacer en tu corazón con su virtud, *ut ardeat*: que arda de tal modo, que no cuides de otra cosa más que de servirle y agradarle siempre mientras vivieres.

Después, cuando el sacerdote dice las oraciones, pide tú también con encendido deseo a Jesucristo, oh alma necesitada, las mismas gracias que aquél le pide.

Cuando empezare la Epístola y el Evangelio, pide con la mente a Dios que te dé entendimiento y virtud para entenderlo y observarlo todo.

En la segunda parte, que comprende desde el Ofertorio hasta la comunión, abstrayéndote de toda afición o pensamiento de las criaturas y de ti misma, ofrécete toda a Dios y a la ejecución de su divina voluntad.

Cuando alzare el sacerdote la Hostia y el cáliz consagrados, adora el verdadero cuerpo y sangre de Cristo con su sacratísima divinidad.

Contemplándolo oculto debajo de aquellos accidentes de pan y vino, ríndele amorosas gracias, porque cada día se digna venir a nosotros con los preciosos frutos del árbol de su cruz, y con la misma oferta que hizo de sí mismo, estando en ella, a su eterno Padre; y para los mismos fines que se ofreció, ofrécete tú también a su mismo Padre.

Después, cuando comulgare el sacerdote, podrás tú también comulgar, a lo menos espiritualmente abriéndole el corazón, y cerrándolo a todas las criaturas, a fin de que su divina Majestad encienda en él el fuego de su amor.

Al mismo tiempo que el sacerdote con la lengua, podrás tú con la mente pedir cuando se pide en las oraciones después de la comunión.

CAPÍTULO XXVIII

De la comunión sacramental.

Para que recibas grande aumento de gracia de la comunión, conviene que te dispongas para ella; y no pudiendo de nosotros mismos tener la disposición que se requiere, dirás con grande afecto, para que Dios te lo otorgue, la oración siguiente:

Pedímoste, Señor, que visitando nuestras conciencias, las purifiques, para que viniendo a nuestras almas Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, con todos los Santos, halle en ellas morada digna de su divina Majestad.

Mas para no dejar de hacer, de nuestra parte, alguna cosa con la ayuda de Dios, tu preparación ha de ser considerar, lo primero, para qué fin instituyó Dios el Santísimo Sacramento del altar; y hallando que fue para que nos acordemos del amor que nos mostró en los misterios de la cruz, considera después para qué fin quiso que en nosotros quedase esta memoria.

Y siendo el fin, para que le amásemos y le obedeciésemos, nuestra mejor preparación será un fervoroso deseo y una encendida voluntad de amarlo y obedecerlo, doliéndonos de no haberlo obedecido ni amado hasta aquí, sino antes ofendido.

Con este fervoroso y encendido deseo de amarlo tendremos preparado el corazón antes de recibir la sagrada Eucaristía.

Mas en llegando el tiempo de recibirla, avivando la fe en que debajo de aquellos accidentes de pan consagrado está el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, adórale y ruégale que borre de tu corazón los que tuvieses ocultos, y que te perdone los demás; y recíbelo con toda reverencia, y con una firme esperanza de que te dará su amor.

Después que lo hayas recibido, introdúcelo en tu corazón, y pídele una y otra vez que te dé su amor, y todo lo que te fuere necesario para agradarle.

Después lo ofrecerás al Padre eterno en sacrificio de alabanza de su inmensa caridad, la cual nos ha mostrado en este singular beneficio, y en todos los demás de la redención; así para que te dé su amor, como por las necesidades de los vivos y los difuntos.

CAPÍTULO XXIX

De la confesión sacramental.

La confesión sacramental, para que se haga como se debe, requiere varias cosas.

La primera, un buen examen de conciencia, regulándolo por los preceptos de Dios y por las obligaciones del propio estado.

En el examen de tus pecados y faltas, aunque sean muy pequeñas, llóralas amargamente considerando la ingratitud del hombre contra la bondad y caridad infinitas de Dios; y así, vituperándote, dirás contra ti estas palabras: ¿Así correspondeste, ignorante y necio, a los innumerables beneficios que has recibido de Dios? ¿Por ventura no es tu Padre que te poseyó, que te hizo y te creó? (Dt. XXXII, 6).

Con esta consideración, excitando en ti repetidas veces un ferviente y eficaz deseo de no haberlo ofendido, di: ¡Oh quién no hubiera ofendido a mi Creador, a mi Padre celestial y Redentor, aunque hubiera sido padeciendo muchos males!

Después volviéndote a Dios con vergüenza de tus culpas, y con fe de que te las ha de perdonar, dile de todo corazón: Padre, pequé contra el cielo y delante de Vos. No soy digno de ser llamado hijo vuestro; y así ponedme en el número de vuestros jornaleros (Lc. XV, 18, 19).

Y renovando el dolor de la ofensa divina, con propósito de querer antes sufrir y padecer cual quiera pena o tribulación que ofender voluntariamente a Dios, descubre claramente al confesor tus pecados con dolor y vergüenza, sin excusarte a ti ni acusar a otros, y diciéndolos tal como los cometiste.

Acabada la confesión, rinde muchas gracias a Dios porque siendo así que tantas y tan repetidas veces lo has ofendido, no te niega el perdón, antes está más pronto a dártelo que tú a recibirlo.

De esta consideración tomarás ocasión para dolerte de nuevo de haber ofendido a un Padre tan benigno, y con una plena voluntad propondrás no volver a ofenderlo con su ayuda y la de la Virgen María, del Ángel custodio, del Santo de tu nombre y de los demás Santos a quienes tuvieses particular devoción.

CAPÍTULO XXX

Cómo se ha de vencer la pasión deshonestas.

Todas las pasiones fuera de la deshonestas se vencen asaltándolas aunque nos cuesten heridas; y provocándolas a la batalla, hasta que enteramente las vencamos. Mas la pasión deshonestas no sólo no conviene excitarla, sino antes bien es necesario alejarla de todas aquellas cosas que la puedan excitar y mover.

Véncese la tentación de la carne, y se mortifica la pasión deshonestas, huyendo y no combatiéndola de frente.

Aquel, pues, que huye más prontamente y más lejos, tendrá más cierta y más segura la victoria.

Las buenas inclinaciones, la voluntad sincera, las pruebas pasadas, las victorias, el parentesco, los objetos indiferentes y los de fea apariencia que no amenazan algún peligro, y otras cualesquiera cosas que prometen seguridad, no son buenos argumentos para que tú no debas huir: huye, huye, oh alma, con presteza si no quieres quedar presa y despojada de la vestidura de la gracia.

No es dudable que algunos santos varones, tratando y conversando con personas peligrosas se han conservado puros y perfectos sin caer jamás ante el golpe blandísimo de este vicio; pero a nosotros no nos toca examinar la causa, sino venerar los profundos juicios de Dios, fuera de que donde no se descubren ni advierten las caídas, suelen hallarse mayores precipicios.

Huye, pues, oh alma, y obedece a los avisos y ejemplos que Dios te da en la sagrada Escritura y en las vidas de tantos grandes Santos, y cada día te los propone y renueva, ya en éste, ya en aquél. Huye sin detenerte ni aun a ver o pensar en el objeto de que has huido; porque en esta detención, aunque sea breve, está todo el peligro.

Y cuando el hablar sea forzoso, la conversación sea corta y breve, y con palabras más bien rústicas que blandas y afectadas, porque en esas suele estar el cebo, la llama y el fuego impuro.

Ten en la memoria aquel sabio aviso: Antes de la enfermedad aplica la medicina, esto es, no esperes a estar enferma; antes huye en tiempo oportuno, que ésta es la medicina de la salud.

Y si por desgracia vinieres a caer en alguna flaqueza, toda tu salud consiste en que luego que la sintieres: Des contra una piedra a estos hijos babilónicos, tan malos y tan perversos (Sal. CXXXVI); esto es, que acudas sin tardanza a tu confesor, y no le escondas la falta más venial y ligera de esa pasión; pues ninguna hay en este vicio tan pequeña y tan leve que, como la centella, si no se apaga y queda encubierta, no pueda crecer y estimular un grande incendio.

CAPITULO XXXI

De qué cosas se debe huir, para no caer en el vicio deshonesto.

Para no caer en este vicio, debemos huir de muchas cosas. Lo primero, de las personas que amenazan evidente peligro; lo segundo, de las demás personas en cuanto se pueda; lo tercero, de las visitas, de los recados, de los presentes y de las amistades, aunque no sean de las que llamamos estrechas; porque así como las cosas anchas más fácilmente se estrechan, que las estrechas se ensanchan: así es más fácil que las amistades corteses y honestas se estrechen y pasen a ilícitas, que las ilícitas se conviertan en lícitas y honestas; lo cuarto, se ha de huir de hablar de esta pasión, de las músicas y canciones amorosas, y de los libros profanos; lo quinto (de que suelen guardarse pocos), se ha de huir del deleite universal de todas las criaturas, como de los vestidos preciosos y de los manjares delicados; porque estos deleites, aunque sean lícitos, acostumbran al corazón del hombre a deleitarse, y lo mantienen siempre deseoso de nuevos deleites.

De donde nace que, ofreciéndose el deleite deshonesto, que de su naturaleza es pronto a herir y penetrar hasta la médula de los huesos, dificultosamente el corazón así acostumbrado halla el camino de vencerlo y mortificarlo.

Por el contrario, el corazón ejercitado en la mortificación de los deleites lícitos, cuando se le ofrecen los ilícitos y deshonestos, hasta de solo el nombre huye con facilidad.

CAPITULO XXXII

Qué se ha de hacer cuando se ha caído en el vicio deshonesto.

Si te acaeciére haber caído en el vicio de la sensualidad, para que no añadas pecados a pecados, el remedio es que corras luego con toda velocidad, sin otro examen de conciencia, a la confesión; donde, menospreciando todos los dictámenes de la prudencia humana, expliques y manifiestes con sinceridad y sin artificio tu llaga y enfermedad, tomando la medicina y el consejo que se te diere, aunque te parezca duro, áspero y amargo.

No tardes ni te detengas, aunque te lo persuadan diferentes consideraciones o causas; porque si tardas, recaerás, y de esta recaída renacerán nuevas tardanzas: de manera que, procediendo de las tardanzas las recaídas, y de las recaídas nuevas tardanzas, se pasarán años enteros antes que te confieses y te levantes de la culpa.

Por conclusión de esta materia te aviso de nuevo, que si no quieres caer en este vicio, huyas de él.

Los pensamientos que te vengan, aunque sean pequeños y leves, húyelos no menos que los grandes; y aunque conozcas con claridad, después de haberlos huido prontamente, que son culpas ligeras, confíesalas no obstante, y descubre las tentaciones y el estado de tu alma al confesor.

Finalmente, como remedio eficacísimo si desgraciadamente cayeres, repito que acudas cuanto antes puedas, a los pies del confesor, sin dejarte jamás esclavizar en este punto de la maldita vergüenza.

CAPÍTULO XXXIII

De algunos motivos para que el pecador se convierta prontamente a Dios.

El primer motivo para que el pecador se convierta a Dios, es la consideración del mismo Dios, el cual, siendo el sumo bien, y la suma sabiduría, no debe ser ofendido por el hombre por ningún motivo.

No por prudencia, porque ya se ve cuán grande locura y desacuerdo es ponerse en lucha con la Omnipotencia, y con el supremo juez que le ha de juzgar.

No por la vía de conveniencia ni de justicia, no siendo tolerable que la nada, el lodo y la criatura ofenda a su Creador, el esclavo a su señor, el hijo a su padre.

El segundo motivo es la obligación grande del pecador de volver luego a la casa de su padre, siendo la conversión del hijo, y su retorno a la casa paterna, honra del mismo padre, y alegría y fiesta para toda su casa, para la vecindad y para los Ángeles del cielo (Lc. XV, 10).

Porque así como antes, pecando el hijo ofendió a su padre y lo enojó, así volviendo arrepentido y llorando con lágrimas amargas la ofensa, con firme voluntad de obedecer en todo sus divinos preceptos, lo honra y lo alegra; y de tal suerte enternece su corazón y lo mueve a misericordia, que sin aguardar el padre a que llegue el hijo, sale a recibirlo, lo abraza, lo besa y lo viste de su gracia y de sus dones.

El tercer motivo es el interés propio; porque debe considerar el pecador que si no se convierte a tiempo, ciertamente llegando el invierno y el día del sábado (Mt. XXIV), no podrá convertirse y será castigado con el infierno.

Ni debe confiar el pecador en el propósito de convertirse en el fin de su vida, o después de algunos años o meses; porque semejante propósito no solamente es loco, sino lleno de impiedad y malicia.

Es locura pensar que se puede vencer una dificultad grande en el tiempo en que el hombre se halla más flaco. Y en verdad que continuando en el pecado, cada día se inhabilita más para su conversión, ya por la costumbre que creciendo siempre va poco a poco convirtiéndose en naturaleza, ya por su mayor indisposición a recibir la gracia de la conversión. Porque menospreciando a Dios con impía malicia, y deleitándose cuanto puede con las criaturas, fiado en la vana esperanza de convertirse más tarde o a la hora de la muerte, viene a desobligar a Dios de suerte que le quita la voluntad de ayudarle eficazmente.

Es asimismo loco este consejo y propósito, porque aun cuando se conceda la posibilidad de convertirse y alcanzar la gracia eficaz, la seguridad de que en el ínterin no muera el hombre de repente sin poderse reconciliar con Dios como ha sucedido a tantos, y sucede cada día, ¿quién se la ha dado o se la dará?

Clama, pues, oh pecador que lees esto; clama y da voces a tu Señor, diciendo: Convertidme Señor, y me convertiré en Vos que sois mi dueño y mi Dios (Jr. XXXI); y no ceses en tus clamores, hasta tanto que lo hayas conseguido, llorando con amargura su ofensa, y resignándote a practicar todo cuanto conocieres que puede agradarle y satisfacerle.

En el invierno se significa la frialdad de la culpa, y en el sábado la omisión de las buenas

obras. Véase Ludolfo in Vita Christi, part. II, c. X. Y en este sentido N. P. S. Cayetano por su grande humildad, decía: Rogad a Dios que mi partida de esta vida no suceda en invierno, ni en día de sábado.

CAPÍTULO XXXIV

Del modo de procurar la conversión y el llanto de la ofensa de Dios.

El mejor modo de procurar el llanto por la ofensa de Dios, es la meditación de su grandeza y bondad, y de la caridad que ha mostrado al hombre.

Porque quien considera que pecando ha ofendido al sumo Bien y a la inefable Bondad (que no sabe sino hacer beneficios, ni jamás ha hecho ni hace otra cosa que derramar sus gracias, y comunicar su luz a amigos y enemigos), y considera que lo ha ofendido por un leve gusto y por un falso deleite, no puede dejar de llorar amargamente.

Te pondrás delante de un Crucifijo, y te imaginarás que te dice: *Aspice in me* (Sal. CXVIII): Mira y considera atentamente mis llagas; tus pecados me han maltratado, y puesto en el doloroso estado en que me ves.

Considera que Yo soy tu Dios, tu Creador y tu Padre; y así: Vuélvete a mí con llanto amargo y encendida voluntad de que Yo no hubiese sido ofendido, y con pleno y sincero deseo de padecer antes cualquiera grave pena que volver a ofenderme. Vuélvete a mí, que soy el que te redimí (Is. XLIV).

Después, figurándote a Cristo en tu imaginación coronado de espinas, vestido de púrpura con la caña en la mano, lleno de llagas y dolores, te imaginarás que te dice: *Ecce homo* (Jn. XIX): He aquí al hombre que amándote con amor inefable, te ha redimido con estos oprobios, con estas llagas y con esta sangre. *Ecce homo*: Este hombre es a quien tú has ofendido, después de haberte dado tantas pruebas de amor y colmándote de tantos beneficios.

Ecce homo: este hombre es la misericordia de Dios, y la redención copiosa. Este hombre con todos sus méritos se ofrece por ti al Padre cada día, cada hora y cada minuto. Éste es el hombre que sentado a la diestra de su eterno Padre pide por ti, y hace el oficio de abogado; ¿por qué, pues, me ofendes? ¿Cómo no te vuelves a mí?: Vuélvete a mí, que así como el sol destierra la nube y deshace la niebla, así borraré tus culpas, y olvidará tus pecados (Is. XLII).

CAPÍTULO xxxv

De algunas razones por que los hombres viven descuidados, sin llorar las ofensas de Dios, y sin aspirar a la virtud ni a la perfección cristiana.

Las razones por qué el hombre duerme profundamente en su tibieza, y no se levanta del pecado, ni se da a la virtud, como debe, son diversas, y, entre otras, las siguientes:

La primera es, porque no habita dentro de sí, ni ve lo que se hace en su casa, ni sabe quién la posee; mas, vago y curioso pasa sus días en divertimientos y vanidades; y aunque se ocupe en cosas lícitas y buenas en sí mismas, no obstante, de las que pertenecen a la virtud y conducen a la perfección cristiana, ni se acuerda ni tiene pensamiento alguno.

Y si tal vez se acuerda y conoce su necesidad, y es inspirado por Dios a mudar de vida, responde cras, cras, después, después, y nunca dice con resolución hoy ni ahora.

Otros hay que persuadiéndose que la verdadera mudanza de la vida, y los ejercicios de la virtud, consisten en ciertas devociones particulares, gastan todo el día en repetir muchas veces el Pater Noster y Ave María, sin trabajar ni poner la mano en la mortificación de las pasiones propias, que los tienen asidos a las criaturas.

Otros se dan a los ejercicios de la perfección, mas edifican sin los fundamentos de las virtudes, porque cada virtud tiene su propio fundamento, como la humildad tiene por fundamento el deseo de ser estimado en poco, y parecer vil y despreciable a los ojos de todos. Quien abre la zanja y edifica el fundamento de la humildad, recibe luego con alegría las piedras de esta fábrica, que son los desprecios, las afrentas y las ocasiones de producir actos de dicha virtud. Con lo cual aumentándose el deseo de ser tenido en baja estimación y concepto, y recibiendo los desprecios con alegría, va creciendo el edificio de la humildad; y para que éste llegue a su perfección, se debe pedir continuamente a Dios por los méritos de su Hijo humillado.

Algunos hacen todo esto, mas no por amor a la virtud o por agradar a Dios. De donde nace que su virtud no es uniforme; pues en el trato con los demás, son humildes con unos, y soberbios con otros: humildes con los que han menester, y soberbios con aquellos cuya estimación no conduce ni aprovecha para sus fines.

Otros hay que, deseando la perfección cristiana, la procuran por sus propias fuerzas (que son muy débiles y flacas), y por sus industrias y ejercicios; y no estriban en Dios, desconfiando de sí mismos; por lo cual antes retroceden que adelantan. Ni faltan algunos que apenas han entrado en el camino de la virtud, se persuaden que han llegado ya a la cumbre de la perfección, y desvaneciéndose en sí mismos, se desvanece también su virtud.

Si quieres, pues, adquirir la perfección cristiana, desconfía primero de ti misma; y después, confiada en Dios procura con todo estudio encender en ti un vivo deseo de alcanzarla, renovando y aumentando cada día este deseo. Además de esto estate advertida, y cuida de que no se te huya de las manos ocasión alguna de ejercitar la virtud, ya sea grande, ya pequeña, y si alguna dejaste escapar, mortifícate y castígate en alguna cosa, y no omitas jamás esta mortificación o castigo.

Aunque aproveches y adelantes mucho en la virtud, haz de cuenta que empiezas cada día, y procura ejecutar cualquier acto con tanta diligencia y cuidado, como si en él solo

consistiera toda la perfección; y lo mismo que hicieres en el primer acto has de hacer en el segundo y en el tercero, y en los demás. Guárdate de los defectos pequeños con el mismo cuidado que de los grandes.

Abraza la virtud por la virtud, y por agradar a Dios; pues de este modo serás siempre una misma con todos y una misma ya estés sola, ya acompañada; y sabrás tal vez dejar la virtud por la virtud, y a Dios por Dios. No declines ni a la diestra ni a la siniestra, ni vuelvas atrás. Procura ser discreta, amiga de la soledad, de la oración y de la meditación, pidiendo a Dios que te dé la virtud y la perfección que vas buscando, porque Dios es la fuente de toda la virtud y perfección a que nos llama cada hora.

CAPÍTULO xxxvi

Del amor para con los enemigos.

Aunque la perfección cristiana consiste en la perfecta obediencia de los preceptos de Dios, no obstante, procede principalmente del precepto de amar a los enemigos, por ser este precepto muy conforme a la costumbre del Señor, y a lo que Él practicó en la tierra, y practica en el cielo.

Y así si pretendes adquirir en breve la perfección, debes procurar cumplir exactamente cuánto Cristo manda en este precepto de amar a los enemigos, amándolos, haciéndoles bien y rogando por ellos (Mt. V), no tibia y lentamente, sino con tanto afecto que casi olvidada de ti misma te entregues de todo corazón a su amor, y a rogar por ellos.

En orden al bien que deberás hacerles, guardarás esta regla. En lo que toca al bien de su alma, has de estar advertida, que de ti y de tu mal ejemplo no tomen jamás ocasión de tropiezo; y muestra siempre con el semblante, con las palabras y con las obras, que los amas, y que estás siempre dispuesta y pronta a servirlos.

En cuanto a los bienes temporales te aconsejarás con el recto juicio y la prudencia, considerando la calidad de los enemigos, y tu propio estado y las ocasiones. Si a esto atendieres con cuidado, ten por cierto que la virtud y la verdadera paz entrarán en tu corazón.

Este proceso no es tan difícil como algunos se persuaden; duro es a la naturaleza, no es dudable; mas a quien está sobre aviso para mortificar los movimientos de la naturaleza y del odio, se le hará suave, porque lleva escondida, dentro de sí, una dulcísima, paz.

Para socorrer la flaqueza de la naturaleza te servirás de cuatro medios que son muy eficaces y poderosos.

El primero es la oración, pidiendo a Jesucristo el amor a los enemigos, en virtud de aquel amor con que estando en la cruz, primeramente se acordó de los enemigos suyos, después de su santísima Madre, y últimamente de sí mismo (Lc. XXIII, 43, 46.— Jn. XIX, 27).

El segundo medio será decirte a ti misma: Precepto del Señor es que yo ame a mis enemigos (Mt. V); y así debo cumplirlo.

El tercero será que mirando y contemplando en ellos la viva imagen de Dios, la cual les dio Él mismo en la creación (Gn. I), te excites y te despiertes a amarla.

El cuarto, el precio infinito con que han sido rescatados, que no es plata ni oro, sino la misma sangre de Jesucristo (I P. I, 18, 19), que tú debes venerar siempre y no permitir jamás que sea pisada, vilipendiada y ultrajada. Si estas cuatro cosas contemplas a menudo, amarás, como Dios quiere, a tus enemigos.

CAPÍTULO XXXVII

Del examen de la conciencia.

Este examen suelen hacerlo las almas diligentes tres veces al día: la primera antes de comer, la segunda después de vísperas, y la tercera antes de acostarse. Pero si esto no se pudiere, a lo menos no deberá omitirse el de la tarde; porque si Dios miró dos veces la obra que hizo para el hombre (Gn. I), muy razonable será que el hombre mire a lo menos una vez al día las obras que hace para Dios, de las cuales ha de dar cuenta muy estrecha a su Majestad.

El examen se ha de hacer en esta forma: lo primero has de pedir luz a Dios, para que puedas conocer bien todo lo interior de tus obras. Después considerarás si has estado recogida y encerrada en tu corazón, y lo has guardado de cualquier desorden.

Lo tercero, examinarás cómo has obedecido a Dios aquel día, en todas las ocasiones que te ha dado para servirle: esta tercera consideración incluye en sí el estado y las obligaciones de cada uno.

De su correspondencia a la gracia, y de tus buenas obras, después que hayas dado gracias a Dios, te olvidarás enteramente, quedando deseosa de empezar de nuevo este camino, como si nada hubieses hecho hasta entonces.

Si hallares faltas, defectos o pecados, vuélvete a Dios; y doliéndote de tu ofensa, dile: Señor, yo he obrado como quien soy; y hubiera sido sin duda mayor mi precipicio, si vuestra diestra soberana no me hubiera ayudado y socorrido: por lo que os doy infinitas gracias; ahora, Señor, obrad Vos como quien sois; os lo suplico en nombre de vuestro amantísimo Hijo: y perdonadme, y dadme gracia para que no os ofendo más.

Después por penitencia de tus faltas, y para estímulo de la enmienda, mortifica tu voluntad (privándote de alguna cosa lícita); lo mismo digo del cuerpo, porque esto agrada mucho a Dios. Procura no omitir jamás estas o semejantes penitencias, si no quieres hacer los exámenes de tu conciencia solamente por costumbre y sin provecho ninguno.

CAPÍTULO XXXVIII

Dos reglas para vivir en paz.

Aunque el que vive conforme a las indicaciones que se han propuesto está siempre en paz, todavía quiero en este último capítulo darte dos reglas, que si las observas, vivirás quieta cuanto es posible en esta miserable vida.

La una es que atiendas, con todo el cuidado que te fuere posible, el cerrar la puerta de tu corazón a todos los deseos; porque has de advertir que el deseo es el leño largo de la cruz y de la inquietud, el cual será grave y pesado según la grandeza del deseo; y así, si el deseo fuere de muchas cosas, también serán mayores, más graves y en mayor número los leños preparados para muchas cruces.

Después sobreviniendo impedimentos y dificultades en la ejecución del deseo, se forma el otro leño que atraviesa la cruz, en la cual queda clavado el deseo. Así, pues, el que no quisiere cruz, no desee: y cuando se hallare en alguna cruz, deje el deseo; que en el mismo punto que lo dejare descenderá de la cruz.

La otra regla es que, cuando te hallares molestada y ofendida de tu prójimo, no te entregues a la consideración del agravio, imaginándote que no debiera hacerse esto contigo, ni des lugar a pensar quién es él o piensa ser, u otras cosas semejantes, las cuales no son sino cebo y fomento de la ira, de la indignación y del odio; mas recurre luego en estos casos a la virtud y a los preceptos de Dios, para que sepas lo que debes obrar, a fin de no incurrir en mayores faltas que los mismos que te han ofendido; y de hallar el camino de la virtud y de la paz.

Considera también que si tú misma no haces contigo lo que debes, ¿qué maravilla es que los otros no hagan lo que deben contigo? Y si te complaces en la venganza de los que te ofenden, primero debes tomarla de ti misma; pues no tienes otro enemigo que más te ofenda ni haga mayor daño.

Índice

CAPÍTULO I	9
CAPÍTULO II	14
CAPÍTULO III	17
CAPÍTULO IV	20
CAPÍTULO V	22
CAPÍTULO VI	24
CAPÍTULO VII	26
CAPÍTULO VIII	28
CAPÍTULO IX	30
CAPÍTULO X	33
CAPÍTULO XI	37
CAPÍTULO XII	39
CAPÍTULO XIII	42
CAPÍTULO XIV	46
CAPÍTULO XV	49
CAPÍTULO XVI	51
CAPÍTULO XVII	54
CAPÍTULO XVIII	56
CAPÍTULO XIX	58
CAPÍTULO XX	63
CAPÍTULO XXI	67
CAPÍTULO XXII	70
CAPÍTULO XXIII	72
CAPÍTULO XXIV	76
CAPÍTULO XXV	79
CAPÍTULO XXVI	82
CAPÍTULO XXVII	85
CAPÍTULO XXVIII	87

CAPÍTULO XXIX	89
CAPÍTULO XXX	92
CAPÍTULO XXXI	94
CAPÍTULO XXXII	97
CAPÍTULO XXXIII	102
CAPÍTULO XXXIV	105
CAPÍTULO XXXV	107
CAPÍTULO XXXVI	110
CAPÍTULO XXXVII	112
CAPÍTULO XXXVIII	114
CAPÍTULO XXXIX	117
CAPÍTULO XL	119
CAPÍTULO XLI	121
CAPÍTULO XLII	123
CAPÍTULO XLIII	126
CAPÍTULO XLIV	129
CAPÍTULO XLV	133
CAPÍTULO XLVI	135
CAPÍTULO XLVII	137
CAPÍTULO XLVIII	139
CAPÍTULO XLIX	141
CAPÍTULO L	143
CAPÍTULO LI	146
CAPÍTULO LII	150
CAPÍTULO LIII	154
CAPÍTULO LIV	156
CAPÍTULO LV	159
CAPÍTULO LVI	164
CAPÍTULO LVII	166

CAPÍTULO LVIII	167
CAPÍTULO LIX	170
CAPÍTULO LX	174
CAPÍTULO LXI	176
CAPÍTULO LXII	178
CAPÍTULO LXIII	180
CAPÍTULO LXIV	182
CAPÍTULO LXV	184
CAPÍTULO LXVI	186
CAPÍTULO I	189
CAPÍTULO II	191
CAPÍTULO III	193
CAPÍTULO IV	195
CAPÍTULO V	197
CAPÍTULO VI	199
CAPÍTULO VII	201
CAPÍTULO VIII	203
CAPÍTULO IX	205
CAPÍTULO X	207
CAPÍTULO XI	209
CAPÍTULO XII	211
CAPÍTULO XIII	213
CAPÍTULO XIV	215
CAPÍTULO XV	217
CAPÍTULO XVI	219
CAPÍTULO XVII	221
CAPÍTULO XVIII	223
CAPÍTULO XIX	225
CAPÍTULO XX	227

CAPÍTULO XXI	229
CAPÍTULO XXII	231
CAPÍTULO XXIII	233
CAPÍTULO XXIV	235
CAPÍTULO XXV	237
CAPÍTULO XXVI	239
CAPÍTULO XXVIII	244
CAPÍTULO XXIX	246
CAPÍTULO XXX	248
CAPÍTULO XXXIII	256
CAPÍTULO XXXIV	259
CAPÍTULO XXXV	261
CAPÍTULO XXXVI	264
CAPÍTULO XXXVII	266
CAPÍTULO XXXVIII	268